

CARLOS ZANÓN

Tarde, mal y nunca



se

Cruda, visceral e impactante, *Tarde, mal y nunca* se adentra en los ambientes más marginales de la ciudad para contar cómo sus personajes se relacionan peligrosamente con lo más oscuro de nuestra sociedad: las drogas, la violencia, la prostitución... su realidad cotidiana, su día a día. Epi asesina sin miramientos a su colega Tanveer Hussein, que le acaba de birlar la novia, Tiffany Brissette, a la espera de que todo vuelva a la normalidad. Pero su normalidad pasa necesariamente por la supervivencia en el barrio donde le ha tocado vivir, por los problemas con las autoridades, la crisis y el paro, la creciente inmigración, la bajeza moral y los pocos escrúpulos de quienes le rodean. ¿Qué le deparará el futuro? Con un ritmo frenético y un discurso que no deja lugar a lo políticamente correcto, el autor retrata en esta fascinante novela una Barcelona que dista mucho de ser idílica, que muestra sus entrañas con la crudeza propia de una voz honesta y valiente.



Carlos Zanón

Tarde, mal y nunca

ePub r1.2

Titivillus 27.09.2019

Carlos Zanón, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Tarde, mal y nunca

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

Autor

«¡Quiero mi felicidad! —murmuró con voz pastosa e incomprensible, vocalizando apenas las palabras—. ¡La he esperado durante muchos, muchos años! ¡Ya es tarde! ¡Ya es tarde! ¡Quiero mi felicidad!»

NATHANEL HAWTHORNE
La casa de los siete tejados

Desde el televisor cuentan que, en aquellos tiempos, había quien se ganaba así la vida. Leyendo el porvenir en los ríos, en estanques y espejos. Salva, el dueño del bar, oye sin escuchar todo eso. Atiza contra el plasma el mando a distancia, como si se tratara de una varita mágica a la que, inexplicablemente, le están fallando los poderes.

A su espalda, en la barra y agarrado a un coñac, está Tanveer Hussein. Ha llegado hace un rato con Epi después de una noche muy complicada. Sin embargo, parece haberlo olvidado y está de buen humor. Mira socarrón los intentos de Salva de utilizar la tarjeta pirateada. Le pregunta si necesita ayuda. Supuestamente, hubo un día en que él instaló parabólicas. Salva no contesta. Se levanta las gafas. Las apoya sobre la frente. Acerca el mando a los ojos porque ya de buena mañana ha empezado a dudar de todo. Hay teclas amarillas, rojas, verdes. Todas iguales, todas absurdas.

Cuando Epi y el moro han entrado en el bar, Álex estaba sentado en una de las mesas del fondo. Cruzó Epi el local con largas zancadas al tiempo que echaba, eso sí, una ojeada a su máquina de marcianos favorita. Le ha tranquilizado que estuviera apagada, como un amante encelado que viera a su amada dormir sola. Luego, ha entrado en el excusado con una bolsa de deporte que reza Moscú 1980.

«Lanzadoras de peso búlgaras», piensa Álex. Lo ha hecho de manera automática al leerlo. Epi, que es su hermano, ni siquiera ha hecho un gesto al entrar. Puede que no le haya visto. «Sobacos checos, peludos, ojos esclavos, azules, tristes», deshilacha Álex sus recuerdos televisivos de la olimpiada del boicot yanqui. Se le cuela por detrás de los ojos el sueño, como si después de haber

consultado el reloj se sintiera extraño de estar ahí y no en la cama. Nunca había entrado antes de las siete en el bar de Salva. Pero hoy ha dormido mal. No tenía tabaco. Tampoco café. Así que afrontó la heroicidad de vestirse y bajar al bar que recién estaría abriendo. Ahora tiene delante de él un vaso largo de cristal en estado de ignición. Pasará un buen rato antes de poder tomárselo. Tampoco hay prisa hoy.

Tanveer y Epi. Epi y Tanveer. Había oído Álex que volvían a andar juntos aunque su hermano pequeño no había soltado prenda. Nada bueno podía salir de aquello. Eso lo sabía cualquiera. Cualquiera menos Epi, evidentemente. Álex da dos caladas seguidas a su cigarro mientras trata de recuperar el hilo del reportaje de la tele porque recuerda que a su padre le gustaban mucho esas historias.

Una eminencia de una universidad lejana asevera ahora en la pantalla que si nadie te mira no vales nada. Menuda perogrullada. Tienes un saco en la cabeza. No importa qué hagas ni para qué sirvas. Sin ojos que te enfoquen no hay historia. Ni un antes ni un después. No hay regreso a ningún sitio porque nadie recuerda que estuvieras allí.

«Siempre deprimen un poco estos aguafiestas», dice para sí Álex. Como si alguien le hubiera escuchado, la imagen, de repente, desaparece. Salva emite un sonido parecido a la victoria. Pero ahora aparecen rifles, ropas de camuflaje, chalecos con munición, hombres apostados para disparar. Después, pájaros al vuelo, una codorniz, seguida de otras, una bandada de tontas codornices. Disparos entre las nubes: algo cae del cielo como un fardo y, enseguida, ventajista la mezquindad de los perros.

Álex prefiere a griegos que a cazadores pero nadie va a preguntarle. Tampoco protesta. Acerca, eso sí, la mano al vaso. Ensayo nulo.

Epi está a oscuras en el lavabo. Tiene los ojos clavados en la señal roja del interruptor. Está tan en tensión que hasta nota el serrín bajo los pies. El olor a lejía le empieza a marear. ¿De dónde

sacará la gente fuerzas para hacer eso? ¿Para limpiar cada día el suelo, ordenar su vida, hacer las cosas bien?

Un paquistaní se une a la escena. Entra sonriendo y señala el fondo del local. Salva, desde la barra, advierte que sin consumición no hay meadero. Pero el tipo no entiende o no quiere entender, así que abre su sonrisa seis dientes más y busca la puerta adecuada. Salva maldice al Dios cristiano y a los ejércitos de las Cruzadas por no acabar lo que empezaron, pero vuelve a lo suyo: buscar los goles de ayer.

—Deja eso, hombre, déjalo, si a mí ya me gusta lo de los pájaros. Mira, mira, ahora van por el cerdo —le dice con cachaza Tanveer.

—Jabalí, tarugo, jabalí...

—Bueno, yo no sé *català com tu*...

El paqui empuja la puerta del lavabo y Epi, que no ha pasado el cerrojo, detiene el envite de la hoja con el brazo. Aquél se disculpa, da un paso atrás y se dispone a esperar lo que haga falta. Se gira hacia Álex. Mantiene, eso sí, la sonrisa. Pero el hermano de Epi no reacciona. «Los europeos —quisiera precisarle— somos así: bordes al punto de la mañana. Quizá son cosas de la Revolución Francesa, muchacho.»

Epi asegura ahora sí la puerta con el pestillo. Sigue sin encender la luz. El sudor le empapa la camiseta. Debe recuperar la calma. Salmodia una oración como le enseñaron cuando niño: recitar unos minutos hasta que venciera el sueño. La empieza una, dos, tres veces, pero llegado a un punto —mal presagio— no sabe cómo continuar.

Con todo, sabe que no puede demorarlo más, que no hay alternativa. Toca por enésima vez el mango del martillo que ha sacado de la bolsa y le vienen a la cabeza un montón de tonterías, ideas absurdas fuera de lugar. Como la mala leche que se le va a poner a Mari, la mujer de Salva, cuando tenga que volver a limpiar todo otra vez. Sangre, sesos, vasos rotos, pisadas en el serrín, en la impoluta superficie del encerado de aquel bar. Y piensa, claro, en

Tiffany para infundirse el coraje que parece faltarle justamente cuando más lo necesita. Unos segundos y abre la puerta. Le sorprende encontrarse cara a cara con aquel paquistaní. Epi no lo conoce del barrio. Sólo es otro paria recién llegado, de mirada negra y profunda, que farfulla unas palabras entre castellano y urdu. Apenas sale Epi del lavabo que aquel tío ya está dentro, aliviándose el retortijón.

Tanveer sigue hipnotizado con las imágenes de caza en el televisor. La muerte, el juego entre cazadores y presas. Ahora se habla sobre las bestias, de cómo presienten el peligro en el silencio, en la calma profunda del bosque. La voz en off del documental susurra que al jabalí, al parecer, hay que saber esperarlo. La imagen se descompone ahora, aparecen retazos de otros canales y de nuevo aquellos griegos, la misma eminencia casposa y entusiasmada con lo suyo, hablando ahora de vete a saber qué.

El Pánico, el Desorden, la Desbandada Enloquecida. Las Gorgonas. Eran tres y siempre tenían un ojo abierto, las muy astutas. «Tres como nosotros tres: Salva, Epi y yo. Como los tres mosqueteros, los tres cerditos y Tanveer, claro, el lobo feroz», piensa Álex mientras ve como Epi se coloca detrás del moro. Extrañado, le observa dejar con suavidad la bolsa de deporte a un lado. Tiene los brazos caídos. Lleva un gran martillo en la mano derecha cuya cabeza roza su rodilla. Toda aquella imagen se le asemeja a Álex un desajuste. Un martillo no es un objeto que encaje en esa escena. Esto es un bar. Esto es la vida corriente. Parece más una pantalla de juego de ordenador en el que Epi hubiera encontrado el talismán dentro del lavabo y quisiera utilizarlo de inmediato. Mil puntos de vida: el usuario sube de nivel.

—Vas a tener que pagar por la tarjeta —dice Tanveer—. Nunca has valido para estafar, Salvita.

De repente todo se precipita. Salva se gira para responderle que está hasta las narices de sus comentarios. Pero no acierta a encontrar las palabras porque ve a Epi dos pasos por detrás de

Tanveer con un martillo agarrado con ambas manos, como si esperase batear un formidable envío de Salva.

El repentino silencio del dueño del bar es un grito que avisa a Tanveer de que algo pasa a sus espaldas. Inicia entonces el movimiento de giro y por eso el martillo no le da de lleno. Epi quería un golpe limpio en la cabeza, uno solo, para que Tanveer no supiera nunca quién o qué le había matado. Pero no ha podido ser y ya no puede parar.

Le da con todas sus fuerzas, los ojos cerrados. De hecho, le parece golpear el reflejo bruñido y ajado de un metal. De refilón ha dado contra la clavícula de Tanveer, que ha crujido, y del golpe, aquel metro noventa va al suelo. En la caída, el moro ha empujado las piernas de Epi que también ha trastabillado y caído. Epi sabe que debe levantarse, ponerse rápidamente encima del marroquí, romperle la cabeza.

Salva, por su lado, grita y trata de salir lo antes posible de detrás de la barra. Epi ahora desearía poder dejar correr todo aquello. Pararlo, decirle a Tanveer que todo era una broma, rebobinar la cinta meses, años, vidas atrás. Despertar con un conjuro a su madre muerta, romperse los dedos por atravesar paredes y techos y volver a ser crío, inocente, con una vida fácil por delante. Pero no es posible.

Tanveer, fuerte y grande, se coge el brazo, está intentando levantarse. Resbala en el suelo recién fregado, tropieza contra las tragaperras. El martillo le impacta ahora en la espalda. Tanveer chilla, insulta y maldice mientras agarra de la camiseta a Epi. Tira de él, vuelve a caer.

Ni Salva ni Álex aciertan a decidirse a intervenir porque los golpes se suceden sin criterio, uno tras otro. Tanveer huye a cuatro patas y tropieza con una escalera metálica que ayer casualmente olvidaron los pintores. Tras la escalera, el moro se protege de los golpes de Epi. En uno de éstos, el martillo sale disparado contra la máquina favorita de éste, y la destroza. Todo parece quedar unos segundos en suspenso. Quizás Epi piensa ahora que todo está

perdido. Por el contrario, Tanveer comprende que tiene una oportunidad. Se agarra, malherido, con ambas manos a la escalera. Extrae las fuerzas necesarias para levantarla e intentar estrellarla en la espalda de su adversario.

—¡Maricón de mierda, te voy a matar! ¡Estás loco, hijo de puta! ¡Sé por qué lo haces, maricón, pero hay que saber follárselas, hijo de puta!...

El golpe sacude a Epi con furia y lo envía contra la pared. La fortuna le hace reencontrarse con el martillo. Así que lo agarra con fuerza, esquivo un nuevo y débil ataque de Tanveer, toma impulso y rompe la frente a Hussein de un golpe. Éste se tambalea, abrazándose a su agresor para no desplomarse. Epi le mira, sin saber cómo soltarse de ese abrazo moribundo. Finalmente, el moro se desliza resbalando sobre la lejía y el serrín. En el suelo, bajo su cabeza, se va formando una mancha de sangre que va iluminándose con el resplandor de las combinaciones de las máquinas tragaperras que, a su alrededor y visto lo que ha sucedido con una de ellas, parecen contener la respiración.

«Remátalo, remátalo», oye decir Epi dentro de su cabeza.

Pero no puede hacerlo. Llegó hasta allí pero ya no irá más allá. Tiene los hombros caídos y la mirada fija en el cuerpo de Tanveer. Ha despertado del sueño y ya no puede reconquistar la fuerza que estalló dentro de sí hace unos instantes. Desfondado y roto mira a su hermano, a quien ahora sí que ve, que le observa paralizado. No aciertan a decirse nada.

En ese momento se abre la puerta del lavabo y aparece el desconcertado paqui medio borracho. Ve a un hombre tendido en un charco de sangre y a dos tipos que le miran fijamente, como esperando un porqué de todo aquello. Nadie le impide que salga corriendo del bar. De todas maneras. Epi, que nunca ha estado allí, le lleva ya unos segundos de ventaja.

—¿Está muerto? —insiste Salva.

—Claro que sí, joder, ¿no has visto el golpe?

Al parecer no hay prisa por llamar a nadie.

—Yo subo a casa para decirle a la Mari que no baje si no quiere que le dé un telele.

—Llámalas por teléfono.

—Mejor subo.

—¿Y yo me quedo solo con éste?

—Sí, hazle compañía. No tardo ni cinco minutos. Y en cuanto baje, llamo a la poli.

Salva sale del bar y baja la persiana hasta la mitad. Dentro, Álex, para no mirar la agonía, se fija de nuevo en el televisor que, sin razón alguna, ha vuelto a cambiarse de canal. Ahora aparece Madonna en la MTV. Anda por un horizonte de senderos de flores mejor que Cristo sobre las aguas. Es bonito distraerte con algo hermoso cuando tienes a un tipo con el cráneo supurando sesos y sangre a un metro de tus pies. Piensa Álex que sería maravilloso refugiarse bajo las faldas de Madonna. Vivir en Nueva York. Ser inmensamente rico. No haber nacido en esta mierda de ciudad con tanta bicicleta y tanto soplapollas.

Las alas negras de un presentimiento le oscurecen de repente la cabeza y le bloquean los centros nerviosos. Su hermano ha matado a Tanveer. Salva y él han comprendido que le pueden endosar el muerto al pobre paquí, a quien Alá, Yahvé o alguna de sus diosas de cincuenta mil brazos y cabeza de elefante le trajo en mala hora hasta aquí. Pero ¿qué impresión merecería su inocencia si alguien quisiera ahora un café y no le disuadiera una persiana medio bajada? ¿Qué hace él junto a un cadáver? ¿Por qué sigue en el lugar y en el momento equivocado? Además tiene ahí aquella bolsa recordatoria de la última olimpiada bolchevique. Así que algo le indica que es momento de irse a casa y dejar al moro con la buena de Madonna. Álex alarga la manga de su jersey y con ella recoge el martillo. Lo introduce en la bolsa de deporte y sale a la calle. Refresca. Es un milagro que con todo este follón no haya nadie chafardeando. Álex se coloca bien la chaqueta. Tensa el cuerpo, apaga la vela de la nariz con un pellizco nervioso, trata de olvidarlo todo y pasar pantalla. Levanta los brazos y sueña que tiene polvo

arácnido con el que hacer desaparecer la ciudad, columpiarse entre los edificios, ser la sombra que se refleja en terrazas y ventanales.

Dentro del bar, Tanveer tiene los ojos abiertos pero no ve. Boquea. Está en las últimas. Oye una canción dentro de su cabeza. Escucha la música mientras huele su propia sangre, mientras la nota emerger en la boca. Él no sabía que tener los ojos abiertos no te asegura poder ver. Tampoco sabe quién es Madonna así que poco importa. Pero a ella parece no hacerle gracia esa afrenta. Por eso cree Tanveer que sus propios orines son los de aquella mujer que en sueños se le mea encima. Al parecer Madonna aún conserva las malas maneras de cuando vivía en las calles, a dieta de palomitas y polvos rentables.

Tanveer y Tiffany Brisette estaban encerrados en aquella habitación tan estrecha, tan llena a reventar de objetos de los que, al parecer, era imposible desprenderse. Y bajo toda aquella montaña de peluches, ropa sucia, recién planchada o acaso olvidada, ceniceros y cedés, una cama individual, una mesita de noche, una silla, un espejo.

Desde allí podían escuchar cualquier ruido que proviniera del resto del piso. Sonidos que se acercaban, pasaban de largo, amortiguándose hasta sin saber dónde ni cómo se desvanecían. La madre y la hermana nunca molestaban más allá de algún paseo al lavabo.

Se pasaban el rato frente al televisor, y hacían como si ellos, Tanveer y Tiffany fueran invisibles. Por su parte, Percy, el niño de Tiffany, sabía que no debía acercarse a la habitación cuando ella no estaba sola. Al niño le gustaba mirar, de eso estaba convencido Tanveer. A él no le importaba que lo hiciese, pero Tiffany no soportaba que les espíase. Para evitar que el polvo se le agriara, el moro solía traer algo para que el crío tuviera con lo que distraerse mientras ellos se encerraban en la habitación. Y si quería mirar, que aprendiera a hacerlo sin que se enterara su madre. Como había hecho él. Como hacía todo el mundo.

El suave chasquido de la puerta al cerrarse era la señal que hacía que Tanveer se acercara a Tiffany. Quedaba entonces él a su espalda. Siempre quieto, por detrás de la chica sin que ésta, en ningún momento, se girara. Automáticamente apagaban la luz. Ella le oía respirar. Aspiraba su aroma. Sudor, tabaco, alcohol, menta o vete tú a saber qué dichoso olor era ése que se le metía en la nariz. Pasaban luego unos segundos. Tiffany notaba el puño de él en la

nuca. Al principio como un roce que no quisiera ser confundido con caricia alguna. Después la presión se hacía más y más insistente. Tiffany conocía bien las reglas. Por eso seguía sin girarse. Tampoco preguntaba ni hacía nada más que esperar como si estuviera colgada del émbolo del aliento de Tanveer. Éste, pasados unos segundos, y sin dejar de presionar con el puño, ponía la palma de la otra mano en la boca de la chica, como si quisiera que se la empañara con un imaginario vaho que saliera de sus labios. Después, el puño de la nuca se convertía en una mano abierta que oprimía el cuello y la otra mano era un puño contra la boca de Tiffany. Tanveer ya estaba frente a ella. En ese punto decía: «Bésalo», y ella fingía no haber oído. Él insistía y le empujaba la cara hacia el puño que permanecía inmóvil frente a la boca. Finalmente obedecía. Besaba el puño, sus nudillos. En alguna ocasión él, sin razón aparente, deshacía el puño y le daba un guantazo. Un golpe plano, simple. La misma mano que acaricia puede pegar. Ésa parecía la lección. Aunque Tiffany intuyera el golpe no lo evitaba. Después de besar el puño, él abría la mano y le ofrecía la palma para que siguiera besando. Y entonces, sólo entonces, ella hablaba. La Reina Comecorazones que desfilaba marcial por el barrio, ahora farfullaba y hacía mohines, balbuceaba monerías de mujer que malfingiera ser una cría.

Los ojos del moro se ponían turbios, húmedos como los de un borracho. No podían expresar nada más que la cascada de deseo que le inundaba. Le gustaba palparla sobre el vestido, colar sus manos bajo el top y abrirlas para cubrirle el pecho. Hacer de sus dedos tenazas sobre aquellos pezones que habían ya dado de mamar. Él le pedía que le dijera cómo colarse todo él, gigante y torpe, dentro de ella y ser él su hijo, y no Percy. Tiffany retrocedía unos años y le acariciaba el pelo, le cogía entre los brazos y le amamantaba, sin encontrar palabras que no fueran fantasías, sueños, ecos y nanas de palabras y canciones, dichas y cantadas por tantos antes que ella.

Quedaban frente a frente callados. Él estiraba los brazos y los posaba sobre los hombros de la chica. Lentamente los oprimía hacia abajo hasta que ella, de rodillas, esperaba a que él se la metiera en la boca. A ambos les gustaba que todo pareciera como la primera y última vez. El miembro de Tanveer Hussein le golpeaba en la garganta, provocándole arcadas cuando las sacudidas eran violentas. Pero ella no decía nada. Más tarde se cobraría la venganza. Cuando él presionara su vientre de mujer con la cabeza o la izara con las manos agarradas al dosel de su culo y la reventase de placer. Cuando andaran ya de noche, calle abajo, matándose de ginebra y risas, cocaína y gente más o menos amiga. Cuando dieran vueltas y más vueltas por las calles que quedan más allá del barrio. Cuando él pagara ropa, cena, copas, el precio de su sexo y su libertad, todo lo que a ella se le antojase.

Algunas veces, Tanveer traspasaba la línea en esa su demostración pactada de fuerza y de sumisión. A veces bastaba con cualquier cosa que ella interpretara mal o que él considerara una falta de respeto. En esos momentos a Tiffany le hubiera gustado aniquilarlo, destruirlo con sus propias manos como a una figura de barro. Todo aquello acababa con esas visitas a altas horas de la noche, del brazo de su pobre madre, a la comisaría. Detenían al moro y salía del Juzgado con una orden de alejamiento. Pero ni él ni ella podían evitarlo y todo aquello no era sino otro escenario de cartón piedra detrás de los protagonistas. Eso sí, Tiffany tenía entonces un poder sobre su hombre que, al paladearlo, le sabía acre en la boca, le encendía los sentidos, como si pudiera convertirlo en algo físico. Una llamada suya y el quebrantamiento de la condena llevaría a Tanveer a la cárcel. Otro tipo de llamada, y se encerrarían la tarde entera en la habitación o en el piso franco que el moro compartía con gente que nadie conocía del todo. Tanveer sabía las dos caras del juego y, aunque le enfureciese perder la iniciativa, en el fondo, experimentaba algo parecido al sosiego, al orden, a la seguridad que da saber que aún existen jaulas, chivatos y guardianes.

Tiffany se odiaba antes y después de sus encuentros con Hussein.

Echada en la cama, ya sola, en el perfume a sudor y violencia que emanaba de la colcha de hilo, pensaba en lo que había hecho y sentido y no se reconocía, del mismo modo que ya en la calle, al verle tan fanfarrón y bocazas, le miraba y recordaba pidiéndole trozos de una infancia que ni uno ni otro pudieron tener. En esos momentos, en la calle, cuando sus miradas se encontraban, no había nada más que decirse. Él sabía que ella lo sabía y viceversa. Como si cada uno tuviera secuestrado el secreto del otro y ninguno de los dos pensara ni por un momento en pagar rescate por ellos.

Aunque Tanveer también se odiaba. Por atarse a Tiffany. Por desearla y a la vez conseguirla tan fácilmente. Por no haber sido el primero y saber que no sería el último. La madre de Hussein era española de Tánger. Su padre moro y musulmán —como decía siempre la vieja— había muerto varias veces, por lo que es probable que estuviera en la cárcel o que un día huyera para siempre de aquella mujer. Nunca sacó nada en claro respecto de esa cuestión. Pero él, en su interior, sabía la verdad. Las mujeres de por aquí no son generosas, todo lo pactan, todo lo negocian y así no hay manera. Del mismo modo que también sabía que un día su padre volvería a por él. Y que entonces le partiría la cara en dos antes de decidir si se iría con él de regreso a Marruecos.

Tanveer no creía en nada que no se pudiera robar ni en nadie a quien no se pudiera engañar. Como mucho, y llegado el caso, salvaría la etérea figura de la abuela paterna con la que se crió junto a su madre, cuando su padre los abandonó. Vivían en una casa de adobe y ladrillo encalado o al menos así la recuerda. En esa casa y en aquellos años de la infancia había depositado Tanveer Hussein todo, absolutamente todo. El Futuro, lo Correcto, la Verdad, la Ley. Las calles, el dinero, las mujeres dispuestas a dejarse hacer, los pringados que casi rogaban que les estafaras, la televisión que enseñaba tetas, colores, coches, que humillaba a los suyos, o mucho peor, que edulcoraba la realidad con discursos paternalistas

y débiles, no eran sino luces de ciudad que atraían como sólo lo hace el demonio. Que siempre acaban por estropear y condenar al buen chico criado en el campo que sólo quería divertirse un rato en la feria. Al incrédulo chaval que tras los primeros tragos no sabe volver a su casa y debe seguir adelante. Tiffany también pertenecía a la misma trampa de los placeres que le había orquestado la vida. Tiffany era el vicio al que no renuncias hoy porque piensas poder hacerlo mañana. Una debilidad que le avergonzaría confesar delante de la abuela, sentada al atardecer en su casa de adobe y ladrillo encalado.

Era Tanveer alto y moreno. Desde el primer momento en que llegó al barrio no quiso, ni hubiera podido, pasar desapercibido. Fue pavoneándose aquí y allá con el torso desnudo, exhibiendo tatuajes, medallas, pulseras y abdominales. Corría con sus deportivas Nike, se drogaba mucho y bebía lo innombrable. Fumaba Winston de prestado, era hábil con la navaja, daba unas hostias impresionantes —de esas que suenan, retumban y suben desde las aceras, piso a piso por los edificios— y, de tanto en tanto, trabajaba con un tío que no era tal en la construcción. Traficaba, claro, tenía antecedentes juveniles que pasaron a mayores y conoció durante unos meses la cárcel. Si le daba por vestirse bien para impresionar a una mujer, se ponía un chándal que costaba tanto como el alquiler del piso que pagaba su madre, aquella bendita trabajadora en un almacén de tallas grandes; si se aburría, buscaba jaleo robando a los Erasmus del barrio, amedrentando a cualquiera o yéndose de putas con Epi cerca del Tanatorio Municipal. Como hizo la noche anterior a esta madrugada en que su compañero de juergas le ha reventado, para su sorpresa, los sesos.

Tanveer llegó cuando las cosas habían empezado a cambiar. Uno de esos momentos en que se percibe que la cotidianeidad se ha movido, ha sido zarandeada para ser recompuesta, pero ya de otra forma. El entorno empezó a cambiar con la tenacidad de lo inexorable, y en el imaginario del barrio los viejos residentes empezaron a sentirse incómodos. Porque poco a poco acababan

siendo expulsados de bares, plazas y calles, mientras, a su juicio, los otros, los que tenían que estar agradecidos y humillados por encontrar un trabajo y un futuro, acaparaban ayudas gubernamentales, puestos del rastrillo del jueves y la mirada de las cámaras de televisión.

Era cierto que hacía años que los inquilinos se sucedían, entraban y salían de aquellas casas, ocupando las viviendas de los que estuvieron vivos y hoy estaban muertos, de los que convivieron y ya sólo son nombres de familias de evadidos. Músicas extrañas, palabras nuevas y ese desagradable tesón en querer conquistar el nuevo mundo para sí. Y es que, cuando un buen día los aborígenes del barrio que quedaban por aquí pasaron revista, se dieron cuenta de que les habían abandonado a su suerte. Que otros muchos, los listos, con hijos fuera del barrio, habían escapado a las montañas y habían dejado atrás todo aquello que fuera inservible, lento o torpe. Y que en el vecindario sólo quedaban tarados, pobres, yonquis, borrachos y viejos.

Álex entra en la portería de su edificio. Cruza corriendo el pasillo donde están los buzones. Mira a un lado y a otro. Opta por no coger el ascensor. Lanza su brazo sobre la barandilla metálica y de una tacada se hace dos, tres escalones. No quiere encontrarse a nadie. Es muy temprano pero ya han pasado demasiadas cosas. Ni vecinos amigos ni vecinos esquivos o simplemente viejos enemigos. Tampoco sombras o espíritus. Porque hoy todavía no se ha tomado la medicación y aunque aún no han hecho aparición seguro que están convocados a la fiesta. Ha de tomar la pastilla siempre después de desayunar, porque en caso contrario la acidez de estómago le amarga el día. La bolsa de deporte le golpea en la pierna en cada giro de rellano. Ya se ha deshecho del martillo en un contenedor que ha encontrado de camino. Nadie le ha visto. Ser esquizofrénico tiene sus ventajas en lo que respecta a tomar precauciones.

Entra con la respiración agitada. Llama a Epi con la sospecha descreída de que quizás haya ido a refugiarse a casa. No dejaba de ser una buena opción y, por eso mismo, bastante improbable de que su hermano la eligiera. Seguro que a estas horas ya se habrá inventado una mucho peor. Al final del pasillo está encendida la luz de la habitación de su madre. La luz que nunca se apaga. No se hacía cuando aún vivía la vieja y por no se sabe qué superchería idiota ni él ni Epi quieren apagarla, tres meses después del óbito. Igual creen que la vieja volverá a ponerse a berrear como cuando, creyendo que estaba dormida, se la apagaban.

La vieja no está pero Álex aún la ve, la oye, la siente en todos lados. Seguro que es su mano la que guía la falsificación de su fe de vida para seguir cobrando la pensión y la ayuda familiar. Es ella la

que les protege de la asistente social que no para de telefonar. Y claro que sería sano entrar en aquella habitación y ahuyentar los fantasmas. Entrar a sangre y fuego en armarios y cajones. Quemar los muebles, las fotos de santos y familiares. Pero es empresa de tal magnitud titánica que la habitación ha ido, día a día, deviniendo en museo y así se va a quedar.

Otra posibilidad es que Epi haya ido a refugiarse con Tiffany. Sería buena idea llamarla. Aún recuerda Álex el día en que su madre y Tiffany se conocieron. La vieja arrugó la nariz cuando la chica dijo su nombre. De hecho, maliciosamente, se lo hizo repetir dos o tres veces:

—¿Qué nombre es ése?

—Pues un nombre.

—¿Qué santa es ésa?

—Santa No Me Toque Las Narices, señora.

—Eres un poco maleducada. En tu casa ¿no te enseñan nada de urbanidad? ¿De dónde eres?

—De aquí —mintió Tiffany.

—Bueno, tus padres.

—De Perú.

—Ya. ¿Y cómo es que tú naciste aquí?

—¿Por qué no le dices a tu madre que lo deje ya?

Luego aprendieron a llevarse bien. Pero al final de sus días, tampoco a ella era capaz de reconocerla. La intoxicación hepática que sufría hacía que apenas entendiera nada. Sólo le daba por ver la tele y hablar con el marido fugado, con el primer novio y el último amante, con la abuela muerta, con Jesucristo también muerto y con Elvis Presley, éste sí, vivo para siempre.

De repente suena el teléfono justo al lado de Álex. Le cuesta unos instantes distinguir que ese timbre no sale de su bolsillo, ni de su cabeza, sino que lo hace del inalámbrico que está ahí, al alcance de la mano. Duda en descolgar. No reconoce el número que aparece en el visor. No es un móvil. ¿Qué hacer entonces?... Cabe la posibilidad de que sea Epi llamando desde una cabina.

—¿Álex?... ¿Eres tú?

—Sí.

Salva, quizá desde el bar.

—Chico, me has dejado con todo el fregao...

—Lo siento —contesta, busca fuerzas para seguir respondiendo, para pensar—. He tenido un cague. No sé. Piensa que si entraba alguien y me pillaban con el cadáver, seguro que me llevaban por delante. A ti no te va a pasar nada. Eres el dueño del bar. Era lógico que estuvieras allí pero yo...

—Les he dicho que estabas conmigo... —le interrumpe Salva.

Acaba de saltar la alarma en la cabeza de Álex. Rápidamente piensa que quizá Salva tenga la llamada pinchada, que le ha vendido a la poli y ha condenado desde ya mismo a Epi. Será precavido.

—¿Por qué tenías que ocultarlo?

Salva calla. Duda. Puede ser que haya captado la desconfianza de su interlocutor o que realmente tenga a su lado a los *mossos*. Álex se empieza a impacientar mientras espera a que el dueño del bar muestre, de una vez, las cartas.

—¿Desde dónde llamas, Salva?

—Desde casa.

—¿Quieres algo más? Tengo cosas que hacer.

Álex entra dentro de la habitación de su hermano. Ojalá éste hubiera regresado y estuviese ahora mismo tumbado en la cama, piensa, como en un intento de confundir la pesadilla que había ocurrido con los deseos. Pero no, no ha habido tanta suerte. Las sábanas revueltas, ropa sucia en el suelo, la pantalla del ordenador bajando lágrimas verdes, azules y rojas del eMule y una de las mil zapatillas de Epi, perdida y desorientada, contra la puerta de la habitación.

—No te preocupes.

—¿Por qué iba a estar preocupado?

—Les has dicho que he salido corriendo tras el paqui a ver si le pillaba, ¿no? Se ha metido en el metro. No he podido darle alcance.

Corría mucho. Ya sabes cómo corren esos.

—De todas maneras, quieren hablar contigo.

—¿De qué?

—Álex, me cagüendios, no estoy para jueguecitos. Eres testigo de un asesinato, ¿qué esperabas? ¿Enviarles una postal? Pásate por el cuartelillo de Embajadores. No me sabía tu número de móvil y suerte que la Mari tenía en casa el teléfono de vuestro piso, aunque no quiero ni pensar para qué. En fin, pásate porque, si no, van a ir a buscarte a casa y eso no gusta a nadie.

—Me paso. Me he pegado una corrida para nada. El cabrón del paquí corría como un poseso. Le he perdido en el metro.

—Me lo acabas de decir, Álex. Tranquilízate, ¿quieres?

—Ya sé que te lo había dicho.

—Vale.

—¿Qué tal se ha quedado Tanveer?

—Aunque no te lo creas, boqueaba un poco cuando llegó la ambulancia.

—¿Se salvará?

—No lo creo.

—Que Alá lo tenga en su seno.

—No seas bruto, Álex.

—Lo digo en serio.

—Pero si Tanveer era medio español.

—¿Y qué tiene que ver eso, Salva? Uno cree en lo que cree.

—Ya.

—Verás cuando se entere mi hermano.

—Igual ya lo sabe —contesta enigmático el dueño del bar.

—¿Cómo puede saberlo?

—Bueno, Álex, yo qué sé...

—Te dejo, Salva.

—Vale.

—Otra cosa.

—¿Qué?

—Gracias.

Joder, Epi se ha cargado a Tanveer. Parece que no era real o no todo lo real que había sido hasta ese momento. Le vuelven a temblar las piernas a Álex. Levanta la cabeza y se encuentra con su mirada reflejada en el espejo. Aún se reconoce. Todavía no es la sombra de un muerto. Eso sí, está viejo y cansado. Lleva el cabello encrespado, indómito, semejante a un bosque que un incendio haya decidido debilitar sin aniquilarlo. Tuvo Álex años atrás una cara angulosa y huesuda pero ahora le cuelgan sacos a modo de mejillas. Su piel es cetrina, con unas sombras violetas que, por lo tozudas, más bien parecen tatuajes bajo los ojos, pequeños y separados.

No, no le gustaría que los *mossos* vinieran a casa. Además, antes ha de hablar con Epi. Insiste en llamarle al móvil, como ya ha hecho mil veces, pero sigue apagado o fuera de cobertura. Busca el número de Tiffany pero con el cambio de aparato lo perdió y no hizo nada por recuperarlo. Si Epi debía olvidarla, cualquier ayuda era poca.

Entra de nuevo en la habitación de Epi, asesta una patada a la vigilante zapatilla que pasa a esconderse bajo la cama como si de un perro miedoso se tratara, y busca no sabe qué. Quizás el teléfono de la chica. Quizás una clave que le diga dónde está su hermano. Revisa los objetos que hay encima de la mesa. También se le pasa por la cabeza que el móvil pudiera estar por ahí pero no, afortunadamente, no hay rastro del teléfono. Sin embargo, entre los papeles, con aquella desastrosa letra infantil sobre servilletas de papel, aparecen notas de Epi dirigidas a Tiffany. Empieza a leerlas pero no puede acabar de hacerlo. Todo aquello le pone enfermo. Por prudencia, decide llevárselas consigo. Mejor que nadie las encuentre nunca. Piensa en aquella chica y en aquella otra ocasión. Cuando la vio allí, sobre esa misma cama. Álex se había quedado dormido y llegaba tarde al cambio de turno del aparcamiento donde aún hoy trabaja. Salió a trompicones de su habitación y se encontró la puerta del lavabo cerrada. Epi estaba dentro, y se percibía la presencia de alguien más en la casa, en el dormitorio. Abrió Álex un

poco más la puerta de la habitación de su hermano y la intuyó debajo de aquel amasijo de sábanas y mantas, embarullada en el desorden, en aquel hedor caliente a sudor, tabaco y sexo. Ella era la dueña de aquellos suaves ronquidos, aquel trozo de carne tierna llena de calor, vísceras y navajas de afeitar que su hermano le había presentado sólo unos días antes.

No es que Tiffany fuera nada del otro mundo. Más bien baja, con cara de luna y ojos grandes. Tenía las cejas tatuadas de azul como único signo que la hiciera distinta a cualquier otra. Ya se intuía que, con la edad, engordaría y perdería las formas porque ya el niño le había ensanchado las caderas. Pero tenía algo que te iluminaba si estabas a su lado, que te hacía brillar. No hacía falta explicar nada. Si ella te había elegido a ti es que tú eras alguien especial. Por la misma razón, ser abandonado por Tiffany era volver a una oscuridad eterna e impenetrable, imposible de rasgar. Un jugador hábil sabría cómo abandonarla diez minutos antes de que lo hiciera ella, se decía Álex. Él hubiera podido hacerlo mejor que Epi. Pero Tiffany nunca fue suya. Fue un tiempo de su hermano, y en realidad ahora lo ve con más claridad si cabe: aquello fue como si, con el mismo número, le hubiera tocado a Epi premio y ruina a la vez.

Álex se tumba en la cama de su hermano. Cierra los ojos. Intenta calmarse. Debería no perder tiempo. Levantarse y tomar la medicación antes de que todo se le vaya complicando en la cabeza. Sabe de sobra que luego decidir qué hacer resultará más sencillo. Pero allí sigue, tumbado, con los ojos cerrados. Es ridículo, piensa, tener cuarenta años y seguir aún bajo custodia. Prisionero a los ojos de casi todo el mundo. Hacer caso al doctor, que le dice que no beba ni se drogue, que respete los horarios de la medicación. Obedecer aún a lo que le decía su madre. Cuida de tu hermano. Paga el alquiler.

Saluda a los que te saludan y también a los que no. Y luego están todas esas voces que oye y reconoce dentro y fuera de su cabeza, siempre ordenando, advirtiéndole, asustando.

Sale de la habitación y va a la suya. Sólo ha de cruzar el pasillo pero siguen las malas noticias. Cuando está a punto de entrar en su cuarto le parece ver una túnica que se esconde. Ya es demasiado tarde: lo ha visto. Cierra los ojos, entra en su habitación, toma la caja de las pastillas a ciegas, y rasga el envoltorio y traga una con dificultad. A la primera ocasión tratará de bajarla con un buen vaso de agua. En la penumbra de su propia habitación puede controlar los movimientos casi sin abrir los ojos pero ya fuera, en el pasillo, acabará rompiendo cualquier cosa. Así que ha de abrirlos. Tiene que controlar el pánico. Lo sabe. Verá imágenes absurdas, la puerta del cuarto pintada de sangre, a Lázaro de vuelta a la vida andando como Travolta por el pasillo. Verá y verá. «Todo son ilusiones de mi cabeza», se dice, y recuerda que tiene razón, que tiene que concentrarse en la realidad como le aconseja el doctor. Pero si él ve lo que ve y oye lo que oye, ¿qué más se necesita para que algo sea real?... Todo es de locos. La vieja siempre llamaba por el nombre de su hijo pequeño, nunca por el suyo. Y tipos como el que está apostado, vestido con una túnica, no son sino la mierda que su madre le metió en la cabeza. Tantos santos y mártires, tanto polvo, llagas y desierto. Nota la píldora incrustada en la garganta. Traga y traga saliva. Podría ir al lavabo o a la cocina pero no se atreve ni a moverse. Ha de correr. Hacerlo todo rápido, engañar a todas las figuras que le salgan al paso. Corre hacia la cocina y se encierra en ella. En la pila coge un vaso y abre el grifo. Se bebe el agua de una sola vez. Es agua tibia. Está asquerosa. El calentador, claro, encendido. Quizás ha sido él y se olvidó de apagarlo. Quizás hayan sido los otros. Pero la cocina siempre es lugar de refugio. Terreno sagrado. La potente luz de los fluorescentes ahuyenta a los no muertos. Desenchufa el calentador y deja correr el agua. Un buen trago de agua fresca le aliviará. Después, abre la puerta de la cocina y echa a correr.

No hay nadie que le pueda ver. Nadie que, como hacía su madre, le pueda recriminar que corra por el pasillo con los ojos cerrados. Se palpa, al mismo tiempo, los bolsillos para comprobar

que lleva consigo las llaves, la cartera, el móvil y se lanza hacia la puerta. Cree saber quién va detrás de él, quién quiere tocarlo. Es Cristo implorándole. Quizá quiere que crea en él, que le ayude con los panes o los peces o que deje de bajarse música, que entre todos están acabando con los autores. Da igual. «Vuelve a Nazareth, pirado», piensa Álex. Pero enseguida se asusta de la blasfemia: «Dios puede leer dentro de ti», le decía su madre. Al cerrar la puerta y salir a la escalera, oye los gritos de los fantasmas que se quedan dentro, creciendo como árboles a nuestras espaldas, tachando uno a uno los minutos que quedan para que regresemos y puedan volver a asustarnos.

Epi se detiene en la calle mirando hacia el semáforo. Está en verde. Puede pasar, pero ya se ha saltado tantos discos en rojo que casi ha de recordar qué normas rigen para coches y peatones. Por unos instantes no tiene ni idea de dónde está. Los pies le abrasan dentro de las deportivas. Va hacia la esquina, andando, recuperando el resuello, con la mano en un costado, como cuando niño, tratando de acallar los latidos del corazón. Pasan varios coches. Un autobús. Camina hacia la siguiente esquina. Quizás allá se oriente mejor. Ha salido del barrio, pero sabe que ha de volver. Mira el móvil. Lo enciende. Las llamadas de su hermano aparecen, pero enseguida suena el pitido de que la batería está en las últimas y decide apagarlo. Seguro que aquel bicho estará destinado a mejores ocasiones aquel mismo día. Al llegar a la esquina, se queda de pie un buen rato. Con la mente en blanco. No lleva encima la bolsa con el martillo. Quizá la ha dejado en el bar o la ha tirado por el camino. No lo recuerda. No es que espere salvarse de ésta, pero no estaría de más no conceder demasiadas facilidades.

Tiene frío. Se toca la boca porque se nota raro el labio. Como si se le estuviera hinchando. Se mira después la yema de las manos por si la boca le sangrara. Las sienes le laten. Es todo tan confuso. Incluso ahora, después de tomada y ejecutada la decisión. Las cosas están quietas hasta que se ponen a correr y entonces no saben parar. Mira las esquinas de los edificios, las terrazas, los coches, pero tiene la mirada atrofiada de tanto ordenador y de jugar con una mirilla en los ojos. Hasta el mismo hecho de cerrar y abrir tiene algo de guardar y reiniciar la misma partida.

La violencia real le ha resultado sórdida, poco estética pero con una tremenda capacidad de generarle desesperación. Los golpes no

dan donde quieres. Tus fuerzas no son las que crees. Duele recibir pero también duele dar. Pero lo terrible es la certeza del todo o nada. No hay segundas oportunidades. Has de seguir adelante. No hay nada detrás de ti. La adrenalina sabe a miedo, a esto va de veras.

Epi prefiere no pensar mucho en lo que ha pasado. Su obsesión está puesta en Tiffany. Verle la cara, oírsele decir, hablar y comprobar cómo escucha con atención lo que ha de decirle. Detrás de él hay un alféizar en el que podría sentarse. Quizá pararse un poco le ayude a pensar con claridad, saber qué hacer exactamente a continuación. Pasa un taxi. Nadie te busca dentro de un taxi. Epi levanta la mano, pero el coche no se detiene. Repara entonces en su pinta. Tiene el jersey manchado de sangre y la cara, seguramente, de miedo. Se quita el jersey, le da la vuelta y se lo vuelve a poner. Sin darse cuenta, está temblando, vete a saber desde cuándo. Le empieza a doler todo el cuerpo. La espalda sobre todo. El hijo de puta le dio bien con la escalera. Mañana no podrá moverse. También le empieza a molestar un pie. Se tambalea apoyándose ahora sobre uno, ahora sobre los dos para hacerlo descansar. Es posible que se haya roto algún dedo. Pasan unos minutos y llega otro taxi con la luz verde encendida. Epi levanta la mano, el auto aminora la marcha y se arrima al bordillo.

Es una mujer la que conduce. Le mira detenidamente a través del retrovisor. Lleva el coche una de esas placas separadoras de seguridad, con su cestita para pasar el dinero. Epi nunca ha estado en la cárcel. Supone que la zona de las visitas debe de ser algo así. El abogado comprometido con la justicia, la novia destrozada, mano contra mano en el cristal. «Te esperaré a que salgas, pero dímelo, en mí puedes confiar: ¿dónde está el dinero?»

—¿Adónde le llevo?

—No lo sé.

—Pues si no lo sabe usted.

—Quiero decir que no recuerdo la dirección.

—De todas maneras, pongo el taxímetro.

—Voy a casa de mi novia. No está lejos de aquí. Llego tarde. Te voy guiando.

El taxi se dirige a casa de Tiffany. Igual debería telefonarla antes. Es muy temprano todavía y la Brissette tiene mal despertar. Algo no funciona bien, piensa Epi, cuando el fugitivo ha de esperar a la puerta de la casa de la chica a que ésta alivie su mal genio con el primer café de la mañana. Estas cosas no pasan con los superhéroes. Éstos, a cualquier hora, entran por las ventanas. Bajan por las escaleras de incendios hasta callejones humeantes. Y ellas siempre están esperando a que ellos aparezcan, y ellos, claro, son ellos quienes se hacen esperar.

La mañana se despereza poco a poco. Otra jornada de sol, otro día para curar resfriados. Ajena a la representación de la vida, la luz, anaranjada, acoge a los edificios, iluminándolos de tal modo que le parece a Epi que los va descubriendo, que antes de anoche no estaban allí y que ahora la luz los levanta del suelo y trata de ponerlos en pie. O peor aún: que, a pesar de los avisos, aún no se han ido. Como fósiles de dinosaurios los bloques de cemento permanecen en el mismo sitio y la luz los trata de enderezar para que echen a andar, pero no es posible: anclados en el mismo sitio, esperando a que el tiempo pueda enterrarlos de una vez.

—¿Puedo telefonar desde su móvil?

—Lo siento. Sólo es para trabajar.

—Quiere decir que sólo es para hacer llamadas a centralita.

—No. Simplemente que no se puede utilizar para según qué cosas.

—¿Qué cosas?

—Como que lo utilicen los clientes, por ejemplo.

—Esto es una emergencia.

—¿Qué clase de emergencia?

—En los bares, los clientes pueden utilizar los lavabos.

—¿Qué clase de emergencia?

—Ninguna. —Epi cambia el tono de la conversación ante la actitud de la conductora—. Pero al menos procura llegar en línea

recta. Eso sí que te habrá enseñado tu marido a hacerlo.

—Cuidadito con lo que dices. Éste es mi coche y en él se sienta quien quiero yo.

—Era sólo una broma.

—Sin puta gracia.

Cosas como éstas le exasperan. No las entiende. No comprende por qué la gente elige ser borde porque sí. Pero al menos la discusión ha servido para algo. A partir de ese momento la taxista se esmera en llegar a tiempo a los semáforos. Ahora hasta parece que tenga más ganas que él de llegar a destino. Están ya muy cerca. A un par de cruces. En eso ve pasar en dirección contraria un coche de los *mossos* con las luces puestas, pero sin sirena. Epi supone que irán al bar de Salva. Entonces es como si escuchara a Álex regañándole, diciéndole que sólo a un imbécil se le ocurriría matar a Tanveer y acto seguido ir a ver a Tiffany Brissette. Y tendría razón. Como siempre. Por increíble que parezca, Epi no ha reparado en la policía. Sabe que debía hacer lo que ha hecho. Y suponía que con eso bastaba. Eligió el modo de hacerlo sin sopesar muchas otras opciones. Lo que tenía más a mano. Y después, lo que pasara después, a partir de la recepción que de los hechos tuviera Tiffany, simplemente, no había pensado en ello. Se veía en la cárcel pero no en cómo ni dónde le detenían. También se veía en la tele, esposado, metiéndose en el coche mientras un cerdo de aquéllos le cogía por la nuca y le hacía doblar el cuello. ¿Por qué siempre hacían eso? ¿Porque lo vieron un día en la tele y lo repiten? Que él sepa a nadie le gusta darse con la cabeza contra el capó de un auto.

Ahora que está a punto de ver a Tiffany cae en la cuenta de que debería haberse preparado algo así como un discurso. Lo suyo no es explicarse y, de lento, nunca le dejan acabar del todo. Necesita que le den tiempo, espacio, aire. Siempre andan interrumpiéndolo, especialmente ella. Pero hoy es distinto. Lo que tiene que decir sólo tiene una voz y unas palabras: las suyas. Como un resplandor que

iluminara su conciencia, repara en que cabe otro lugar en el que parar el tiempo.

—Cambio de planes.

Epi le da la nueva dirección. La taxista chasquea los labios y sigue a lo suyo. Pone el intermitente y en el siguiente cruce cambia de dirección. Enciende Epi el móvil y llama a Tiffany. Tres, cuatro timbrazos y cuelga. Que se despierte primero. Ve como la taxista le está mirando por el retrovisor. Repite la operación y vuelve a colgar.

—Es de mentira. Estoy llamando de mentira.

Epi sonríe. Le divierte vacilar a la taxista. Se la puede imaginar luego, entrevistada, preguntándole si había notado algo extraño en aquel pasajero que llevaba un jersey al revés y que le pidió llamar por su móvil. Lo orgullosa que estará afirmando que ella se enfrentó a él, que se negó a que utilizara el suyo. En esto, Tiffany contesta, por fin, a la llamada.

«El carácter es el destino.»

Eso reza sobre una placa metálica, en la entrada principal del instituto Miqui Panero. Álex saca la mano de la chaqueta y, sin dejar de caminar, coloca un dedo entre los barrotes de la verja. Clac, clac, clac, clac. Como hacía cuando de niño era alumno de ese instituto. Ya ni mira aquella placa que el tiempo ha ido deteriorando. Recuerda, eso sí, que relucía como un demonio cuando él estudiaba. Leyó aquella frase todas y cada una de las mañanas. Su padre fue profesor en ese centro. Siempre certificaba palabra por palabra el lema, aunque nunca quiso desvelarle el secreto último que, a buen seguro, encerraba. «De mayor lo entenderás», le decía. Pero ahora era mayor y seguía sin entenderlo.

Tampoco estaba su padre para explicárselo. Fue muy difícil tenerlo como profesor, verlo deambular por las clases, objeto de las burlas y las historias inventadas por los compañeros. Álex se hacía el sordo y el ciego; incluso se llegó a sumar a aquellas obscenas escenas de calvario. El aspecto de su padre ayudaba al escarnio. Gafas de culo de botella, chalecos pasados de moda, chaquetas oscuras sucias de pelo de gata. El profesor Dalmau perdía el hilo de

sus propias explicaciones, era casi de obligado cumplimiento copiar en sus exámenes, y en sus clases podía pasar cualquier cosa. Y sobre todo, lo que le resultaba más ridículo a Álex era aquella pasión absurda y anacrónica a la que nunca renunció. El brillo de sus ojos cuando hablaba del iracundo Aquiles, de la muerte de Patroclo, que supo demasiado tarde que Troya estaba defendida por hombres fuertes y que el más fuerte de todos ellos era Héctor. Al final resultó que también él fue un hombre misterioso, pues nadie hubiera imaginado que pudiera enamorarse de otra mujer. Que un buen día saliera por la puerta para ya no volver. Que, en definitiva, Ítaca le importara una mierda.

Sabe Álex que, mejor pronto que tarde, ha de hablar con los *mossos*. Pero a nadie le gusta ir a una comisaría ni a un ambulatorio. Nunca estás completamente seguro de que esa puerta que ahora se cierra vaya a volver a abrirse para ti. De todas maneras, antes ha de hablar con Epi y ponerse de acuerdo en las declaraciones. Sin embargo, su hermano sigue sin contestar al teléfono.

Enfila la calle de la derecha. En el bar de Salva fijo que estarán ya levantando el cadáver, tomando pruebas y todo eso. Cruza Álex frente al campo de baloncesto del barrio, situado al lado del instituto. Es casi la hora de entrar y algunos chicos están apurando las últimas jugadas, con las carteras bajo las canastas y las deportivas rechinando los dientes de leche contra el cemento. Algo más allá, miran fingiendo despreocupación un grupo de chicas adolescentes, que no paran de masticar chicle, enseñar hilillos de tanga y ensayar coreografías al ritmo de un confuso *sha la la ra la la*.

Son las nueve y se abren las puertas del Miqui Panero. Álex atraviesa una de las turbas de escolares que se dirigen en estampida hacia la entrada del instituto. Ojalá tuviera suerte y se encontrara a Tiffany llevando a su hijo a la guardería y así se ahorraría la mitad del trayecto.

«¿Qué pasó en aquellos momentos por la cabeza de Epi?», se pregunta su hermano mientras se desliza entre la multitud de

chavales sin tomarse la molestia de ver a quién empuja o dónde pone los pies. Hasta ahora no se ha preguntado por qué su hermano ha decidido joderse la vida como lo ha hecho. Pero probablemente no se ha hecho la pregunta porque la respuesta parece obvia. Por eso es más que posible que Epi esté con Tiffany o que, al menos, se haya puesto en contacto con ella.

En la primera esquina gira a la izquierda y se mete por una calle peatonal, sorteando una furgoneta y llega a la calle de la chica. Espera que aún viva con su madre, pero lo cierto es que desde que Tanveer saliera hace unos meses de la cárcel apenas la ha visto. Todo el mundo supuso que volvía a estar con él y el carácter de Epi, al agriarse, no hizo sino confirmar esa idea.

Con la chica viven doña Fortu, su madre, Jamelia, la hermana mayor, y el crío de Tiffany. Sus padres están separados en parte gracias a las maniobras nunca clarificadas de Tiffany. Todo aquel episodio sirvió a Tiffany Brisette para reafirmar su ascendente en aquella casa, en especial sobre su madre. Sin embargo, también acabó por derrumbar a su hermana, una chica triste que vino ya tarada en el viaje de avión, vestida siempre con ropa de abuela, colgada del brazo eterno de mamá y adicta a las galletas Oreo y a las canciones de Luis Miguel.

La fijación de doña Fortu con los nombres extravagantes parecía haberse inoculado como una enfermedad en Tiffany, quien llamó a su hijo de soltera Percy José. Como si un nombre fuera algo más que un nombre. Una especie de conjuro con el que convocas al porvenir y, ya puestos, le ganas la mano. Todo lo bueno, lujoso y extravagante puede depararle el futuro a alguien llamada Tiffany Brisette, pero ¿qué le puede deparar a quien se llame Pilar o Amparo? Quizá no fuera eso, sino sólo un sendero a la inversa de una especial idea de venganza. Probablemente haber leído libros no da derecho a llamar a tu hija Fortunata Jacinta. Y es más que posible que la madre de Tiffany albergara esperanzas de que al llegar a la patria de Benito Pérez Galdós se la considerara de inmediato, al escuchar su nombre, algo así como una cultísima

prima lejana. Pero evidentemente no fue así. Tenía cara de india, en Perú era más pobre que las ratas y nadie en el barrio iba a perder tiempo con la novela realista. Así que se le colocó desde que puso los pies por estas calles un doña Fortu de tebeo franquista, pura mofa, muy lejos a buen seguro de sus ilusiones.

Aquella casa era un desastre en su intento de no serlo. Se gastaba lo que no se tenía, se esperaba lo que nunca llegaba y no existía enseñanza acumulada. Todo eso llevaba a Tiffany al desespero. En las épocas en las que tenía que acabar metiéndose bajo ese techo, tratar con ella era imposible. Se convertía en un ser imprevisible e irritante. Sin avisar desaparecía por espacio de semanas o meses dejando a su hijo con la abuela Fortu y con Jamelia para reaparecer, como una plaga bíblica, atenazada por los remordimientos y la mala suerte.

A un lado de la calle, una entidad bancaria, en el otro, un bar, y más o menos en el centro, el número 36. Álex está casi seguro de que se trata del tercer piso, puerta A o B. Prueba con ambos pero en ninguno dan razón. Insiste e insiste pero es inútil. Le parece extraño. Es muy temprano: alguien debería estar. Se dirige hacia el bar. Mira dentro. Poca gente. No está Tiffany por ahí. De repente, algo le hace girar la cabeza. Alguien está saliendo del edificio de Tiffany. Es Jamelia, llevando al crío al cole. De hecho se están dirigiendo hacia donde está Álex, cogidos de la mano, con paso decidido porque ya llegan tarde.

Es difícil saber si Jamelia ha visto o no a Álex. Lo cierto es que se ha parado en medio de la acera. Son apenas diez metros de distancia entre ellos, pero bastan para parecerle a Álex desesperantes. Le encantaría gritarle que tiene un cadáver que colocar, un hermano gilipollas que les puede joder a todos y a un montón de *mossos d'esquadra* esperándole en comisaría. De repente, mujer y niño se vuelven a poner en marcha y cuando llegan a su altura, Álex puede cortarles el paso. Para Jamelia no queda otra opción que empujar a Álex o ir por la calzada con ese niño que hace todo lo posible por liberarse de la mano de su tía.

—Hola, Percy, ¿qué tal el cole?

—Epi, Epi, Epi...

—Sí, sí, te oigo. No estoy comunicando. Yo no soy Epi, soy su hermano, Álex. ¿Te acuerdas de mí?... Antes venías mucho por casa, ¿no te acuerdas?... Oye... ¿dónde está tu mamá?

—Epi, Epi, Epi.

Álex piensa que uno se da cuenta de que se hace viejo por pequeños detalles. Como no poder mantenerse en cuclillas más de medio minuto o como que la paciencia con los niños te dure todavía menos.

—Jamelia, necesito hablar con Tiffany. ¿Sabes por dónde para?

Álex espera que tarde o temprano diga algo que se pueda considerar una respuesta, pero por el momento no contesta. A fin de cuentas, tampoco le está pidiendo nada peligroso ni complicado de entender. La chica parece estar asustada. O estar muerta de vergüenza. De todos modos, es su estado natural ya que siempre parece al borde de un ataque de apoplejía cuando alguien le habla en la calle. Se lo vuelve a preguntar, pero Jamelia sigue callada,

mirando al suelo, como contando los segundos que faltan para que el interrogador la deje por imposible.

—Por favor, estoy buscando a Epi. Es importante.

—Epi, Epi, Epi...

—Sí, exacto, Epi. Tiffany seguro que sabe dónde está. ¿Aún está en casa durmiendo la fiesta? Joder, Jamelia, dime al menos si has visto a Epi.

—Epi, Epi, Epi...

—Percy, cállate ya, guapo, por favor. —El niño parece entender y obedece—. ¿Ha venido esta mañana por aquí?... Jamelia, puede ser cosa de vida o muerte.

Lo dice sin pensar. Pero le asalta la duda de si es cierto lo que acaba de decir. Quizá lo de Tanveer sólo ha sido el Primer Acto de la Gran Cagada. Pero no, aquello no tendría sentido. La participación de Tiffany en el asesinato de Tanveer ha tenido que ser de musa con o sin su consentimiento. No tiene sentido pensar otra cosa de Epi.

—Jamelia... necesito...

Quizás es por el cambio en el jadeo de su respiración, por un leve movimiento de cabeza, pero Álex presiente la promesa de una mirada entre la maraña de sus cabellos, y con ella una respuesta. Así que decide esperar sin decir palabra, dejando que el silencio y la premura la aplasten. Aprovecha para examinarla como a una mujer y dejarse llevar por la ensoñación de amarla y sacarla de su ensimismamiento. Cuánto amor debía de tener dentro a la espera de que alguno lo dejara escapar. Penetrarla, oírla gemir en su habitación de niña. Pero sin saber muy bien por qué la imagen erótica se le vuelve, de repente, miserable.

—Yo, yo, yo no sé...

Álex se defiende de su mezquindad diciéndose que para ser una mujer a la que se pueda desear, Jamelia tendrá que dejar de teñirse con agua oxigenada, depilarse esa pelusilla en las patillas y no mirar con esos ojos de demente con los que mira ahora que empieza a hablar...

—Yo...

Lo malo de las voces interiores que te hablan, de la música alta en los coches y de las ensoñaciones sexuales es que te distraen. Quizá por eso Álex nota demasiado tarde que le alzan del suelo por la entrepierna y le zarandean.

—¿Qué pasa, tío? ¿Qué haces tan lejos de tu topera?

—¡Hijo de puta, menudo susto me has dado!

—¿Te has enterado de lo de Tanveer?

Allaoui es argelino, guapo, de rasgos achinados. Además es el único ser de la tierra que aún hoy sigue bebiendo coca cola light al limón. Es el barbero oficial del barrio y luce un tatuaje vertical desde la oreja derecha hasta el final del cuello que reza I LOVE VANESSA. Pero si hay algo que no le gusta a Allaoui es que le pregunten por la tal Vanessa. Es tranquilo y simpático, como si las lociones que heredó del anterior barbero, el señor Juan, tipo tranquilo y simpático, propiciaran esta particularidad. Le ha visto desde el bar y ha decidido salir a saludarle. Ahora lleva el pelo corto, teñido de rubio platino, pero es bastante probable que mañana lleve ya otro tinte y otro peinado.

—¿Qué pasa con Tanveer, tío?

—Que se lo han cargado esta mañana en el bar de la Mari.

Álex puede notar la mirada aterrorizada de Jamelia a su espalda. Quiere liquidar con el argelino lo antes posible para no perder el momento en que la chica parecía querer hablar. Como si no tuviera suficientes problemas, el niño ha vuelto con la canción:

—Epi, Epi, Epi...

—Le han dado un par de tiros —precisa Allaoui.

—Joder...

—La poli. Esos hijos de puta nos van a matar a todos por no ser blanquitos como tú...

—¿En serio?

—Al parecer le quisieron cachear y Tanveer pasó del tema. Ya sabes lo loco que podía ser a veces y... eh... ¡chaval!

Percy echa a correr en dirección a la puerta de su casa. Ha decidido no ir al cole. Álex trata de detener a Jamelia cuando sale tras él con la esperanza de que el crío, al menos, se parará frente a la puerta del edificio donde vive. Pero eso es esperar mucho de él. Percy sigue corriendo una vez ha llegado a la altura de la portería. Llega hasta la esquina, gira a la derecha, desaparece. Álex deja entonces que Jamelia vaya detrás de él con un correr apurado a causa de sus zapatos bajos, que poco tenían que hacer contra las deportivas del hijo de Tiffany.

—Se lo han llevado al Clínico. Ya sabes, la poli no deja las cosas a medias. Los moros, al parecer, lo estamos jodiendo todo. Por culpa nuestra hay aquí más pasma que nunca. Imagínate que volamos la Sagrada Familia.

—No me extrañaría.

—Eres un cabrón racista y catalanujo.

Álex no ha tenido en cuenta la extraordinaria capacidad de fabulación del barrio. Pero se dice que haría bien en no confiarse y acordarse del Coyote. Esa enorme roca que parece marchar en dirección contraria puede invertir su sentido con otro rumor y aplastar no sólo a Epi, sino incluso a él mismo. No en vano él es hermano del asesino y estaba en el lugar en que a la cabeza de Tanveer le dio por dejarse reventar.

—¿Te tomas algo conmigo?

Álex está a punto de rechazar el ofrecimiento aun sabiendo que las dosis de persuasión de Allaoui son casi invencibles. Pero, de todos modos, cree que sería bueno empezar a poner diques a la verborrea de la vecindad. Él ha visto como aquel paqui se ha cargado a Tanveer, así que ¿por qué no proclamarlo a los cuatro vientos? ¿Por qué no empezar por la barbería más concurrida del barrio?

—Venga, un café rápido, que tengo cosas que hacer.

Entonces suena el móvil en el bolsillo interior de la trajinada cazadora de Álex. Éste se queda fuera mientras Allaoui entra en el bar. Dentro está quien dice llamarse «Malick, Maestro Keta», sea

eso lo que fuere. El negro está sentado al final de la barra, cerca del pasillo que lleva a la cocina y los lavabos. El chaval al que llama sobrino reparte unas notas de papel ofreciendo sus servicios a la clientela. A Álex, que ahora entra de mal humor en el local, también le ha dado una. Ni tan siquiera la lee. Conoce aquellas fotocopias de color verde y amarillo. El marketing del charlatán ha inundado el barrio del milagroso catálogo de sus prestaciones: solución a todos los problemas de tu vida. Puede convocar a los espíritus más rápidos que existen y solventar cualquier dificultad amorosa de forma radical e inmediata. El Profesor recibe de 8:00 a 22:00. De hecho, apenas descansa el Profesor Malick. Resultados cien por cien garantizados en un plazo máximo de tres días. Problemas de matrimonio, trabajo, negocio, enfermedades de origen desconocido, sentimentales, recuperar la pareja, atraer personas queridas, romper hechizos, impotencia sexual, problemas judiciales, suerte genérica y euforizante en la vida. El profesor Malick lo resuelve todo gracias a su poder innato y sobrenatural. También habla con Jesús y con Mahoma. Con los muertos y con los ausentes. Huelga decir que trabaja de manera seria y garantizada.

Localiza Álex al barbero y va a sentarse frente a él a una mesa apartada, que nota húmeda. Se fija en que aún brillan los surcos que la bayeta ha labrado en la superficie de formica hace apenas nada.

—Conversación breve.

—Se ha cortado. Supongo que poca cobertura.

—¿Quién era?

—¿A ti qué te importa?... Mi hermano.

—¿Te llamaba desde el Nokia que le pasé? Seguro que aún no sabe ni cómo va.

—Seguro.

Álex deja el móvil sobre la mesa. Espera que Epi vuelva a llamar enseguida. El curandero negro ha empezado a hablar. El camarero le escucha embobado aunque con una sonrisa burlona en la cara. Para no perder tiempo Álex decide acercarse él mismo a la barra.

—... y al que ustedes llaman Jesús no era Cristo sino alguien, un hombre que fue inhabitado por Dios el tiempo que Él estuvo dentro de él. Un poder espiritual que podía transfigurarse, moverse a la velocidad del rayo. Por eso los hombres no crucificaron a Cristo, sino a Jesús y quizá ni tan siquiera a Jesús, sino a otro. Cuentan los escritos...

—... y un carajillo de coñac...

—De acuerdo.

—... que cuando Simón de Cirene se ofreció a ayudar a Jesucristo con la cruz en su martirio, éste se transfiguró en Simón y una vez fue porteada la cruz hasta la cima de la colina, Jesucristo fue hasta otra colina cercana al Gólgota y se rió viendo lo engañados que estaban aquellos romanos y judíos crucificando a Simón dentro del cuerpo de Jesús...

—A quien no debió de hacerle mucha gracia fue a Simón —dice el repartidor que está esperando que le sellen la copia rosa de su albarán para poder seguir con la ruta.

Su comentario prende como una llama en todo el bar y el jolgorio es tan inevitable que hasta el Profesor Malick reconoce que más le vale mudar la máscara de su rostro en una sonrisa de mil dientes blancos y relucientes, y dar por reventada la charla por unos minutos.

—Ciertamente, el bueno de Simón no acertó con los favores...

—¡Eh, butanero! —se añade otro parroquiano cachondo dirigiéndose al grupo de repartidores paquistaníes, que andan desayunando bajo los turbantes—. ¿No es el tal Simón vuestro patrón? ¡Con el primero con el que os cruzáis en la escalera, os abrazáis y sube él la bombona!...

La audiencia parece irremisiblemente perdida. El Profesor Malick podría intentar recuperarla hasta llevarla a ese estado de silencio respetuoso en el que estaba hacía unos minutos. Es obvio que se ha equivocado con el relato. Siempre depende de los propietarios de las orejas que escuchan el hecho de que una historia funcione o no.

Quizá fuera mejor intentar el uno contra uno o esperar a que cambie la mayor parte de la clientela.

Álex le ve acercarse. Mira en su dirección y acierta a vislumbrar una silueta que se esconde detrás de las cubas de vino, tras una puerta que será el almacén o quizá los lavabos. En cuanto entra en algún lugar, la cabeza se le va a los sitios oscuros y allí coloca sombras y personas que sólo él ve. Quizás en esta ocasión sea Simón de Cirene. Y es que a nadie le gusta que se rían de uno después de ser ajusticiado con crueldad en una cruz.

El Profesor trae consigo su taza de café caliente.

—¿Qué tal, hijo? Tú no te has reído —le dice mientras deja la taza delante de él.

—No soy de mucho reír.

—Falta un carajillo de coñac. Era un café y un carajillo de coñac.

—¿Seguro?

—Sí.

—Ahora se lo arreglo —dice el encargado tras la barra.

El negro sigue allí a su lado, mirándole fijamente. La insistencia altera a Álex. No le piensa dar bola. Conoce a esos tipos que se aprovechan de la falta de fe. Piensa que hacen buenos a curas y monjas. Al menos éstos tienen la dignidad de no asegurar un cien por cien de solvencia en un tiempo máximo de tres días.

—Hasta mañana no reirás. Hoy no habrá risas para ti. Pero llamará quien esperas que llame.

—Siempre acaban llamando, ¿no?

—No siempre.

—Sí. —El carajillo queda sobre la barra gracias a la diligencia del encargado—. ¿Cuánto le debo?

—Nada —responde el Profesor Malick—. Ahorra todo lo que puedas. Lo vas a necesitar. Ella está loca. Todos lo están. Tú eres el cuerdo en la nave de los locos. Vuelve cuando quieras. Hoy pago yo. La próxima, mañana, la pagarás tú.

—Gracias... —dice estúpidamente Álex en medio de su repentino azoramiento.

El Profesor Malick suelta una carcajada que no deja de ser un aviso para la concurrencia. Hoy está de broma. Así que no le ha importado lo que ha pasado hace unos minutos. Ya de vuelta a la mesa, Allaoui está ya liquidando la contraportada del diario.

—Sin llamadas.

—Me ha invitado el loco ése.

—¿Malick? Es buen tipo. Y listo. Además tiene una buena estrategia comercial. Algo así debería emplear yo en mi negocio, amigo. ¿Te gusta el fútbol?

—No mucho.

—Pero ¿serás del Barça?

—Del Espanyol.

—Joder, ¿y eso?

—Cosas de mi padre.

—¿Te gusta mi jersey? —le dice a Álex señalando el suéter blanco con rayas marrones, azules y amarillas que recorren hombros y brazo—. Barato y bonito. ¿Quieres uno?

—¿Robado?

—Springfield. Rebajas.

—Explícame lo de Tanveer.

—Lo que te he dicho. La gente está muy harta. Unos porque están hasta los huevos, otros porque sí, porque se aburren y una bronca no deja de ser una jugarra. Quieren hacer... ¿cómo lo llamáis aquí? Movilizaciones y esas historias. A los de aquí os encanta todo eso, ¿a que sí? —Allaoui no espera a que Álex conteste—. La verdad es que aún no sé si me caía bien o mal Tanveer. Era paisano, pero no tenía bien el alma.

—Ya da un poco igual el estado de su alma.

—Sí. ¿Y Tiffany?

—¿Tiffany? Supongo que le habrá dado lo mismo.

—¿Por qué dices eso?

—Por decir algo.

—Allaoui, me sabe mal aguarte la... movilización, pero no fue la poli quien le voló la cabeza. Yo estaba allí.

—¡No jodas! ¿Quién fue?

—Pues a ver, yo estaba en el bar de Salva y la Mari...

—¿La Mari?... Pero si fue de madrugada...

—Déjame explicártelo, ¿vale? Era a primera hora de la mañana. Acababan de abrir. La Mari ya no estaba. Había limpiado pero se había ido a su casa. Me gusta tu jersey.

—Álex, no te me rayes ahora con el jersey.

Lo cierto es que aunque Allaoui atiende no parece dar mucho crédito a lo que Álex le explica. Quizás es que no se lo toma en serio. Conoce de hace tiempo a los hermanos y aun siendo buena gente, cree que uno más y otro menos, ambos están un tanto pirados. No es un gran testigo alguien a quien ha visto quedarse en blanco, no recordar trozos de conciencia, nombres, instantes como agujeros, vértigos de sí mismo, señales, quizá, de aquellos desfases de antaño con las drogas de las que, por lo que se cuenta en el barrio, se metía como aspirinas. O cuando le agobia la paranoia de las visiones y se le mete en el cuerpo la certeza de que le siguen o le escuchan o vete a saber qué.

—¿Un paqui?

—Uno de esos callados y con cara de ser oscuros, ¿sabes lo que te quiero decir? Entra el paqui y se mete en el lavabo. Llevaba prisa. No sé, estuvo como cinco o diez minutos dentro. De pronto sale el hijo de puta con un martillo en la mano, va hacia Tanveer y le parte la cabeza.

»Uno, dos, tres golpes. Salva y yo intentamos detenerlo pero aquello era una bestia. El tío no era muy grande, pero aquel martillo debía de pesar una tonelada.

—Vaya manera de morirse: a martillazos.

—Tanveer cae al suelo. El paqui nos mira a Salva y a mí, nos avisa con gestos de que no hemos visto una mierda y se larga corriendo.

—¿Ya está?

—Sí. Fin del cuento.

—Pues ahora te explico lo que sé yo. ¡Niño! ¿Tú quieres algo?

—No, gracias...

—Vale.

—¿Cómo que ahora te explico lo que sé? No te estoy hablando de oídas. Te estoy explicando lo que pasó. Yo estaba allí.

El Profesor Malick pasa a su lado. Sonríe a Allaoui, que le responde con un cómplice y cariñoso «¿Qué pasa, Malick?». No es una pregunta. Tampoco parece ser una invitación, pero el africano se detiene junto a la mesa. Llega el nuevo carajillo como si saliera del fondo de la capa del Maestro Keta. Álex trata de mantenerle la mirada y también sonríe, pero en ese momento se activa el móvil sobre la mesa. Aparece en el visor el nombre de Epi iluminándose y apagándose, vibra sobre la mesa y hace castañetear platillos, cucharillas y tazas. Álex se lleva el teléfono al oído, se levanta para salir, pero de inmediato se detiene. No oye nada. La conexión apenas ha llegado a establecerse. No es un problema de cobertura. Es un problema del idiota de su hermano. Pulsa la rellamada sin salir de la cafetería porque sin saber muy bien por qué no quiere dejar solos al brujo y a Allaoui. Es como si temiera que se fueran a hacer confidencias, como si el Profesor Malick y sus espíritus rápidos y eficaces fueran a determinar cuántos días de vida le quedaban a Álex o cualquiera de los mil secretos que guarda uno a veces sin saberlo. No es posible acceder a ese móvil, le dice la voz. Salta el buzón de voz. Chapuza de epopeya todo esto. Vuelve a sentarse.

—... dicen que para escuchar confidencias lascivas o conversaciones blasfemas lo más apropiado es el hueso de melocotón. Sabe guardar el eco de las palabras, pero sólo si ellas contienen una conversación erótica o de asesinato, conspirativas...

—Y los de la CIA sin poder parar los atentados. Joder, planta campos y campos de melocotones por todo Houston. ¿A ti te gustan los melocotones, Álex?

—No.

—En fin, os dejo. Llegan clientes —dice levantándose de la mesa y señalando una de las mesas al fondo del bar, donde se está

sentando una prostituta rubia—. Por cierto, barbero, me parece muy interesante tu negocio de ayuda a mis hermanos. Hemos de colaborar.

—¿De qué coño habla? —pregunta Álex en cuanto se ha ido.

—Yo qué sé. Es médium. Te lee la mente. Yo le sigo la corriente. ¿Hoy curras?

—No. Mañana.

—Oye, otra cosa... ¿tu hermano tiene esa furgoneta tuneada de cristales de macarra, enmoquetada y toda esa historia?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Ayer a última hora de la tarde vino tu hermano a buscar vitaminas. Y estos últimos meses ha pillado casi de continuo. No sé anoche, pero últimamente se subía a la furgo con el Tanveer o algún que otro perla e iban de ruta. Qué hacían o dejaban de hacer no lo sé. Pero me ha llegado que la poli busca una furgoneta como la de tu hermano.

En la barra, el encargado hace gestos a un tipo que acaba de entrar. Le señala al barbero, que había puesto un cartel en su establecimiento indicando dónde podían encontrarle si le buscaban, ya fuese con buenas o mejores intenciones.

—Ya voy, ya voy... Pues eso, he pensado que una cosa iba con la otra. Lo de la furgoneta y Tanveer. Que los polis los siguieron anoche, se los encontraron, Tanveer se envalentonó y...

—Allaoui, yo lo vi. Fue con un martillo o un palo. En la jeta, tío. Y ojalá hubiera habido un poli por ahí.

—No sé. Yo sí que no estaba allí. Pregúntales a los *mossos*. Ellos sabrán qué pasa con la furgoneta.

Allaoui se levanta, apoya la mano en el hombro de Álex y le propina un pellizco de complicidad que acaba por doler. Durante unos segundos, la cabeza de Álex repara en que quizá las cosas no sean tan sencillas como ha creído ver en el asesinato del moro. Al mismo tiempo, por el rabillo del ojo ve como una sombra se mete debajo de una de las mesas y desde allí le observa. Álex finge no reparar en ello. Los fantasmas no existen. Las sombras no andan ni

se esconden bajo las mesas de las cafeterías. Seguro que su hermano sabrá, en algún momento del día, solventar su inoportuno problema con la telefonía móvil y las cosas empezarán a arreglarse. Seguro que será así. Y mañana reirá tal y como le ha pronosticado el brujo, reirá y reirá sin parar.

Quizá Tiffany haya oído hablar de agujeros negros que lo engullen todo. Tiras una piedra y no cae ni vuelve a ti. Mujeres que esperan llamadas de hombres que nunca van a llamar. Llamadas que desde el principio se sabe que no van a producirse. Quién le iba a decir a ella que se parecería tanto a esas mujeres. Pendiente de Tanveer y aguantando el retraso de Epi. Quién le iba a decir que tiraría piedras que no caerían nunca al suelo. Y eso que, por lo general, Brisette trata de no ensimismarse pensando. Hoy, sin embargo, tiene la sensación de que debe hacerlo. Mirar en derredor e interpretar las cosas, las palabras, las señales que están aquí y allá. E incluso recordar. Hacerlo como si uno echara a correr hacia atrás. Pero le cuesta mantener la atención en sus pensamientos, tener el pulso firme al ir de espaldas.

A veces le asaltan imágenes, flashes que no sabe si son reales o fantasías. Pero si cree que pueden hacerle daño se las saca de encima de un manotazo, como se hace con las palomas en una plaza. En una ocasión la madre de Epi le explicó que antes no había palomas ni aquí ni en ningún otro lugar de Europa. Que se trajeron de Oriente para curar de melancolía a una mujer rica. Y que ya nunca regresaron a casa. Algo las retiene aún hoy en día en plazas y tejados. Como si estuvieran prisioneras de no se sabe muy bien qué. Un poco como ella misma.

Siempre había sido ella la que elegía. La que hacía esperar. Abriendo las aguas a su capricho, causando los acontecimientos, ocasionando terremotos y, si se le antojaba, curando heridas y pérdidas.

Pero no era desleal o al menos ella no se ve así. Nunca calentaba a alguien para dejarlo a medias, como hacían otras.

Tampoco engañaba de mala fe. Claro que a veces se divertía, como hacían todas, pero tampoco iba mucho más allá. También ella deseó y entregó el premio una vez al mejor, otra al peor o al que le dio lástima, al que le hizo reír una noche, a quien quiso pagarle ropa buena y fiesta larga.

Está sentada en el suelo del piso semivacío donde la ha citado Epi. Las persianas están bajadas, pero por los agujeros de los listones, que parecen muescas de tiros, entra la luz directa y primera de la mañana. El polvo se le mete en la garganta. Recuerda aquella vez que las abejas pusieron un enjambre en el cajón de las persianas. ¿Dónde pasó eso? ¿Fue al llegar a España? En el primer piso donde vivieron, casi con toda seguridad. Papá no dejó entrar a nadie en la habitación. Selló la habitación con trapos colocados bajo la puerta para que, una vez enloquecidas, no huyeran por ahí las abejas. Bien mirado no fue ninguna heroicidad. Se trataba sólo de comprobar que el panal estaba vacío después de haberlo ido envenenando a lo largo de varios días, pero a Tiffany aquella larga espera al otro lado de la puerta, la salida de su padre con aquella construcción extraña entre las manos y el suelo a reventar de cáscaras de insectos le parecieron otra muestra del valor y autoridad que exudaba su progenitor a determinadas horas del día. Ésa era la mitad buena de su padre, que no compensaba bajo ningún concepto la otra.

Ahora se arrepentía de haber dado tanto pábulo a Epi. La inesperada llamada, la urgencia en verla que mostró, ese arrancarla casi literalmente de casa y emplazarla aquí, en el piso franco que Tanveer Hussein usaba con sus compinches. Epi la había engañado asegurando que no debía quedarse en su domicilio por nada del mundo. Que también irían a por ella. Pero ¿quiénes? ¿Y por qué? Tiffany no entendió nada. Pero estaba metida en tantos trapicheos que decidió pecar de precavida antes que de incrédula.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Qué ha pasado?

—Nada, cariño, nada. Ya te explicaré.

Tiffany odiaba que Epi la llamase *cariño*. No era ni mucho menos un latiguillo casual sin importancia. Epi lo dejaba ir para reconstruir una familiaridad que no existía ya entre ellos, para regresar poco a poco a aquella parte de sus vidas. Era un poco como aquella historieta que recordaba de su estancia en el colegio de monjas. El camello que es el pecado y te pide que le dejes entrar en la tienda porque allá afuera se desata una tormenta terrible. Primero mete una pata, luego la otra, la cabeza y después, casi sin darte cuenta, ya no puedes sacar al puñetero camello de tu vida. Tiffany se recrimina por haberle permitido usar ese *cariño* sin colgarle el teléfono. Pero quería averiguar qué demonios era lo que realmente había sucedido para que llamara a las ocho de la mañana. Una hora para muy pocas heroicidades.

—No quiero juegos, Epi. No lo jodas.

—Pero ¿por qué no me haces caso aunque sea una sola vez?

Estaba muy nervioso. Hacía mucho tiempo desde la última vez que lo vio así. Tiffany tuvo un mal presentimiento. No quiso que se apoderara de ella la impaciencia. Cogió la medalla de la Virgen, se la puso en la boca después de besarla, el gesto inconsciente al que recurría para encontrar un poquito de calma. Estaba allí, parada en medio de la sala, descalza, con aquella camiseta XL de la Mala Rodríguez que le llegaba casi hasta las rodillas y que le servía de pijama. Acababa de saltar de la cama para responder al teléfono y Epi no se aclaraba. Se le oía mal, la voz metalizada. Tiffany decidió que se echaría un agua en la ducha y se vestiría rápido. Probablemente, desayunaría en el bar y así no tendría que dar explicaciones a su madre. Con todo, no había reparado en que la mujer, despierta por los timbrazos del teléfono, estaba detrás, abrazándose a su batín rosa como si le fuera la vida en ello.

—No pasa nada, mamá. Vuelve a la cama.

—¿Quién es?

—¡Nadie, joder, nadie! ¡No chilles que el niño duerme!

—Tiffany, por favor... —suplicaba Epi desde el auricular con su voz medio humana medio robotizada.

—Por el amor de Dios. Has despertado a toda la familia. Ahora estoy tratando de devolver a mi señora madre a la cama y además casi no te oigo.

—¿Ahora? ¿Me oyes mejor ahora?

—Sí.

—Es que tengo poco saldo o poca batería, no sé. Tengo que ir apagando y encendiendo el móvil. Nos vemos en quince minutos en el piso de la calle Granada. Es importante. Te lo aseguro.

—¡Pero no me dejes así! ¡Dime qué pasa!

—Yo estoy bien.

Salió de la habitación y volvió a la suya. Se vistió y frente al espejo pensó por enésima vez que quizá no había sido una gran idea tatuarse las cejas. También tuvo tiempo de lacarse el pelo y antes de salir dando un portazo dudó si decirle a su hermana adónde iba. Finalmente no lo hizo. Ahora, en el piso, lo lamentaba de una manera lejana, inconcreta, con un sentimiento semejante a la desidia. La misma que le impedía en estos momentos rebuscar en el bolso, marcar el teléfono de casa en su móvil.

Cansada de estar sentada en el suelo, se levanta, se sacude el polvo de la culera del pantalón. Debe de hacer años que nadie barre por aquí. Se dirige a la habitación donde está el colchón y el armario con algo de ropa. Sabe que eso le va a traer malos recuerdos, pero también que no quiere ni puede resistirse a la tentación de entrar. Todo parece estar igual que la última vez. Quizás esa camiseta azul en el suelo o los vasos incrustados en el parquet son las únicas novedades. Hay papelines con restos mínimos de coca que Tiffany resigue con el dedo que luego se frota contra las encías. Droga que sabe a polvo y escoba, claro está.

Hurga en el bolso hasta dar con los cigarrillos. Enciende uno. No hay cenicero, así que utiliza la papelina. Se sienta en el colchón. Sabe que aún no está sola, que no podrá ser ella misma un secreto mientras esos ojos invisibles no dejen de mirarla. Ojos que no duermen nunca. Que, de momento, aún no miran hacia otro lado. Los ojos de Tanveer.

Tiffany da una calada, deja el cigarro sobre la cómoda y piensa en abrir los cajones. La superficie del mueble es áspera. Una vez colocada, se prometieron barnizarla y pintarla, pero nunca había tiempo para nada. Tampoco aquello fue nunca su casa. Siempre te podías encontrar a cualquiera. El cajón inferior está vacío. El inmediatamente superior tiene un par de braguitas limpias que Tiffany había olvidado. El último de los cajones contiene una novelilla de tapa blanda que nunca acabó de leer por mucho que Álex le insistiera. Pero no era sólo que no le interesara leer, sino que le ponía de mal humor. Sentía que alguien se burlaba de ella, de su incapacidad de mantener la atención en la trama, de que se perdiera entre las filas de hormigas negras que parecían moverse sin ton ni son ante sus ojos. Debajo del libro encontró unos sobres lilas de condones.

Tras cerrar el cajón, da otra calada al cigarro y se deja caer sobre el colchón. Exhala el humo y se tiende boca abajo. Se queda quieta. Cierra los ojos, tiene sueño, va a quedarse traspuesta. Pero antes quiere oler a Tanveer. Revivir la última vez que estuvo allí con él. No, la última no. Todas las anteriores sí, pero la última no. También quiere oler a otras mujeres. Otros perfumes, otro sudor que no sea el de Hussein.

La última vez que estuvieron en el piso el moro estaba raro. Como nunca antes lo había estado. Estrenaban una nueva y reluciente medida de alejamiento y no se acercaba a ella sin que Tiffany no decidiera cuándo y dónde se verían. Les encantaba aquel juego, pero aquella noche Tanveer no era Tanveer. La hizo esperar mucho. No pudo ponerse en contacto con él en toda la tarde. Si no hubiera sido su cumpleaños y no le hubiera comprado una camiseta Raider, a buen seguro hubiera pasado de esperarle. Cuando llegó, se sacó de la manga una memez que ni tan siquiera se molestó en aderezar. Luego, como ella no le creía, se puso tenso y trató de dárselas de duro, pero Brisette estaba de buen humor y decidió poner de su parte. Quería pasarlo bien, para nada una mala noche. Sin embargo, Tanveer seguía pensando en otras cosas, quizás en

otra mujer. La invitó a cenar, sí, pero apenas bebió. Cuando al final de la cena ella le espetó que estaba raro, él se excusó diciendo que estaba hecho polvo. La marcha de la última noche le había dejado muerto.

—Menos lobos, Tanveer. Noches salvajes hemos tenido todos.

—Ayer fue distinto, niña. Nos pasamos.

—Igual te estás haciendo viejo.

—No es eso. Bueno, da lo mismo. Tú a lo tuyo. A tener siempre la razón.

—¿Saliste con Epi?

—Sí.

—¿Solos?

—Claro.

—¿Adónde fuisteis?

—Por ahí.

—¿Pillasteis?

—También.

Tras la cena, Tanveer no quiso ir a ninguno de los sitios donde solían. Rehuyó amigos y coincidencias. Salieron del barrio y en una tasca colombiana con la persiana medio echada, Tiffany bebió hasta volverse loca. Fue el alcohol barato lo que le giró la cabeza y le hizo echar las tripas en el lavabo primero y más tarde en la calle. Eso y el miedo, la certeza de que Tanveer se le escapaba, la sensación de que él no disfrutaba con ella ni sabía qué pensaba a cada minuto.

¿Por qué no obviar aquella última noche con Tanveer y recordar las otras veces? Cuando él se convertía en su padre y en su hijo, cuando la reñía por estar tan buena y por ser tan puta, cuando él la adoraba por tener piedad y curarle. Rebuscaba ella entre el pecho ensortijado de él como si quisiera comprobar que debajo había un corazón. Para oírsele latir y después arrancárselo de un bocado. Volver a sentirse la hembra, y pedirle perdón, clemencia, el castigo más grande que se pueda imaginar. O dejarle fuera de la habitación mientras ella se estiraba desnuda sobre este mismo colchón, bajo las mantas. Y él entraba como un ladrón, sin saber cómo sería

recibido, y le abría las piernas y se la metía. Y ella le golpeaba después, le introducía los dedos en el culo hasta el dolor, le arañaba y le odiaba tanto como le deseaba.

¿O por qué no recordar, por ejemplo, el día aquel de la gasolinera?... Aquel jueves en el que ella tanto se había enfadado con él, y acudió con unas amigas a una discoteca donde sabía que Tanveer iría a buscarla. Mientras llegaba se cameló a un pobre desgraciado que dijo llamarse Luis o Ángel, ahora no puede recordarlo. Cuando Hussein apareció y los vio tan juntos en un rincón, fue para allá y parecía que iba a matarlo. Lo zarandeó mientras le apretaba un puño contra el rostro, como si fuese a atravesarle el cráneo con él. Tiffany se asustó con la escena, con la violencia que desprendía aquel hombre. Pero debía reconocer que era un poco lo que ella esperaba que sucediese. Como sentirse Dios; decidir los acontecimientos, provocar caprichosamente momentos de una intensidad cegadora. Los monos de Seguridad les invitaron a marcharse y ellos obedecieron. No era bueno que llamaran a la policía. Se subieron todos a la furgoneta de Epi. Fueron dando vueltas hasta encontrar al tal Luis, o Ángel o como se llamara el atontado aquel y sus amigos. Tardaron más de una hora, pero al final los vieron junto a un Skoda metálico, repostando en una gasolinera. Tanveer le dijo a Epi que parara a una distancia de unos metros de los primeros surtidores y que dejara el motor en marcha. Fue Hussein directo hacia la máquina de refrescos en la que Luis o Ángel estaba introduciendo monedas. Tiffany se bajó de la camioneta al medio minuto sin un objetivo muy preciso. Tenía miedo y no sabía si prefería atemperar los ánimos o disfrutar de aquello. Epi y dos de las amigas de Tiffany, cansadas y con las pinturas de guerra ya deslucidas, comentaban que todo aquello era una locura. Una de ellas se bajó con el objeto de llegar a la avenida y parar un taxi. La otra chica dudó, pero finalmente se despidió de Epi y echó a correr detrás de su amiga. Se quedaron en la esquina, a la espera de una luz verde que las llevara de regreso a casa.

El efímero ligue de Tiffany se dio cuenta demasiado tarde de la presencia de Tanveer. Éste le arreó un puñetazo en la cara que le hizo trastabillar y caer hacia atrás con la mala fortuna de darse con la cabeza en el bordillo. En el suelo, inconsciente, el chico empezó a temblar. Luego supieron que no lo había matado, pero aquel cuerpo sometido a espasmos, con la lengua colgando fuera de la boca, un charco de sangre cual corona gótica de santidad y los ojos fuera de sí, hacía presagiar lo peor. Tiffany se fue acercando a la escena poco a poco. Estaba sorprendida y fascinada. No podía apartar la mirada. Le repugnaba, le asustaba y le atraía, todo al mismo tiempo. Entonces Tanveer arrebató la manguera con la que estaba repostando a uno de los acompañantes de Luis o Ángel —un hombre, aterrorizado en el suelo, a ratos inmóvil, a ratos temblando— y lo regó con gasolina. Después regresó al Skoda y echó combustible encima del coche, donde se habían refugiado otros dos chicos, que salieron aterrados de allí dentro. Luego arrojó la manguera al suelo, junto al cuerpo de Luis o Ángel, y se largó de la gasolinera a buen paso, pero sin correr ni tampoco mirar atrás.

—Lo has matado.

—Ná, sólo le he dado un puñetazo.

La furgoneta arrancó y se tragó los tres primeros semáforos que encontró, uno en verde, otro en ámbar y el último ya en rojo. Parecía uno de esos juegos de la Play en que te vas comiendo obstáculos. Nadie habló durante el trayecto. Siempre era violento que Epi, el ex novio, los llevara al piso de la calle Granada, pero esta vez parecía serlo más. Al apearse, Epi, rutinario, solía arrancar con violencia para que Tiffany supiera que, otra vez más, le había reventado el corazón. Un poco como el Halcón en aquellos viejos cómics de *Los Vengadores* en los que éste cedía a Jane a alguien que no era humano. Pero Tiffany pensaba con criterio que no era culpa suya que Epi no tuviera dignidad y siguiera haciéndoles de mamporrero. Si no quería salir con ellos, bastaba con decir que no, con dejar pasar la vez.

No esperaron a subir al piso. Se lo hicieron en la portería. Tiffany cerraba los ojos y veía todas aquellas imágenes —la gasolina, el olor a miedo y sudor, el alcohol, el calambre de la violencia, el chaval convulsionándose preso de un ataque en el asfalto gris, las luces de las farolas estrellándose contra la furgoneta a toda velocidad— y se le bloqueaban los sentidos. Ya en la casa, lo volvieron a hacer. La mano de Tanveer se iba hinchando. Los dedos parecía que iban a estallar, constreñidos por anillos que atenazaban sus falanges. Una cara está llena de huesos. Uno a veces olvida eso. En el lavabo, bajo el grifo, le sacó uno a uno los anillos, apaciguó con agua fría la hinchazón de aquellas manoplas.

—Putá.

—Sabía que vendrías.

Pero la última vez que se vieron es terca y se impone en los recuerdos. Quiere acudir, hacerse presente. Tiffany no siempre puede impedir que la noche en que celebraron el cumpleaños de Tanveer le llene la cabeza de imágenes amargas. Sí, esa última noche fue distinta. La furia y los celos fueron quienes mordieron la cara y el hombro de Tanveer, no tanto una pasión que no se dignó aparecer por allí. Una vez en el piso, él la golpeó, pero sólo para sacársela de encima. No quiso follar, y decidió irse al poco tiempo de llegar. Tiffany, encelada y aturdida, le exigió que se quedara, pero él no le hizo caso. Sonaron entonces en su cabeza historias sobre mujeres abandonadas en el limbo de una llamada que no llega, mujeres que enloquecen por el rechazo. Historias sobre jugadores que no saben retirarse a tiempo y lo pierden todo.

Aquella noche Tiffany se conjuró a un nunca más. Sería él, como otras veces, quien más pronto o más tarde vendría a gatas pidiéndole un polvo. Y ella se lo negaría. Por supuesto que sí. Al rato, el alcohol la noqueó. Al despertar al cabo de unos minutos y todavía de noche, se sintió sucia y abandonada. En un par de horas estaría llevando al colegio a Percy. Se sintió incapaz de soportar ese día que empezaba. Bajó a la calle. Se tomó un café que le sentó bien. A ella y a su firme resolución de no volver a verle. Sin

embargo, de reojo miraba el móvil por si Tanveer había llamado. No lo había hecho. Quizá fuera demasiado pronto para pedir una segunda oportunidad.

Pero desde aquella mañana de hace casi un mes no ha vuelto a saber del maldito cabrón que la volvía loca.

Estaba harta. Harta de hombres y harta de esperar. Por eso se incorporó de la cama resuelta a salir del piso de inmediato. Ya no quiere que Epi la encuentre allí, ni le importa que le explique de qué va todo esto. Ella es Tiffany Brisette. La chica de las cejas tatuadas de azul. La que nunca llora. La que no espera a nadie.

Epi pensó que podía aprovechar el tiempo que tardaría Tiffany en llegar al piso de la calle Granada para hablar con su hermano. La llamada se le ha cortado y entonces ha decidido ir hasta casa y esperarle allí o telefonearle desde el fijo. No ha querido que la taxista le dejara en la puerta. Le ha entrado una cierta paranoia y le ha pedido que le deje unas cuantas calles antes de llegar. Ha ido cojeando pero a paso rápido, casi marcial. Está dolorido, cansado. Si se echara en la cama podría dormir años. No encuentra a nadie en la portería ni en la escalera. Al entrar cierra por dentro la puerta del piso. Lamentablemente Álex no está en casa.

Busca el fijo que, como siempre, no está en su sitio. Aprieta la tecla de búsqueda y localiza el aparato. De camino hacia él, levanta las persianas de su habitación y del comedor de un solo golpe. Usa tanta fuerza que teme desvencijarlas. La luz de aquellas horas atraviesa de un lado a otro el piso, creando muros dorados de polvo. «El sol regenera los cuerpos, las mentes enfermas», recuerda que su hermano le decía durante una temporada. Probablemente debía de ser alguno de los mensajes que le habían hecho aprenderse de memoria en alguno de los centros de desintoxicación donde Álex estuvo ingresado. Reconoce que Álex ha estado rebuscando entre sus cosas. En el ordenador, algunos archivos del eMule ya están completados. Aprovecha para limpiar la lista. Marca el número desde el fijo. Comunica.

En el lavabo, se quita la camiseta ensangrentada. Se gira frente al espejo y ve los impactos en la espalda, señales azules y moradas, arañazos. Toda la sangre parece ser de Tanveer. Tiene, eso sí, la cara amarillenta. O quizá sólo se lo parece. El pelo lacio y ya largo, las orejas pequeñas y el rostro alargado. Los ojos

pequeños parecen asustados. Como los de un niño en la cara de un adulto. Se vacía los bolsillos. Debería buscar el cargador del móvil. Luego lo hará. Desde el fijo vuelve a llamar a Álex, pero éste sigue comunicando.

Se sienta en el borde de la bañera. Se quita las deportivas y los calcetines. El dedo meñique de su pie izquierdo tiene mal aspecto. Es tan pequeño que no sabe si está roto o sólo dolorido. Alarga el brazo, pone el tapón y abre el grifo de agua fría sobre su pie. No le dará tiempo a mucho porque sabe lo poco que le gusta esperar a Tiffany, pero al menos nota ya la mejoría. Coloca las manos bajo el grifo de la bañera y se lava la cara. Se pone los mismos calcetines y sale del lavabo con el objetivo de buscar otra camiseta, limpia a poder ser. De todos modos, piensa llevar consigo la manchada. Aún no sabe cómo se desembarazará de ella, pero está convencido que de dejarla en casa o llevarla puesta es una de las mil millones de peores ideas del mundo. En eso suena el teléfono.

—¡Epi!

—No grites.

—¿Estás en casa?

—Estás llamando aquí, tío.

—Sí, sí, claro.

—Álex, tienes que ayudarme.

—No hagas más mamonadas. Todo está controlado.

—Tenía que hacerlo, tío, tenía que matarlo.

—Epi, no digas nada, ¿vale? ¿Lo entiendes? ¿Verdad que lo entiendes? Voy para casa y hablamos. No te muevas de ahí.

—No tardes. Me tengo que ir.

—¿Adónde te vas a ir?

—No puedo quedarme.

—Sí que puedes. Déjame que te lo explique. Aún no ha pasado nada.

—Sí que ha pasado. Lleva pasando desde hace ya muchos días.

—¿Qué coño dices? Mira, ahora nos vemos.

—Una cosa.

—¿Qué?

—¿Sabes dónde está el cargador de mi móvil?

No lo sabe. Cuelgan. Epi no ha querido decirle adónde va a ir de inmediato y ha colgado sin contestar. Está sentado en la silla al lado de la mesita donde siempre ha estado el teléfono. ¿Cuánto hacía que no se quedaba así, sentado en ese sitio?... Mira el empapelado de esa parte de la casa. Hubo una época —tan lejana ahora— en que era moda empapelarlo todo, absolutamente todo. De crío, Álex estaba tan familiarizado con el papel que podía ver cosas en éste que —al igual que sucede ahora— nadie más veía. Antílopes escapando de leones feroces, nubes en forma de gigantes alados, elefantes de grandes orejas, egipcios con perfiles perfectos, héroes abatidos por flechas traicioneras. Él se esforzaba, sin éxito, por encontrarlos en el papel. Seguro que todos ellos andarían enojados con él por su torpeza y desdén, por pasar delante de ellos sin prestarles ni la más mínima atención pero es que nunca vio nada de lo que Álex veía. Por cosas así Epi siempre admiró a su hermano. Y sólo con el tiempo adquirió la certeza de que muchas de las cosas que en su día consideró brillantes no eran sino una serie de circuitos que no funcionaban del todo bien en su cabeza.

Ya en su habitación, abre el armario y coge la primera camiseta que encuentra. Se pone una segunda encima por si tiene frío y busca otra cazadora para evitar que le localicen tanto por lo que ha pasado esta mañana en el bar de Salva como por lo que pasó anoche con las putas. Hasta ese momento no había pensado en ello. Y prefiere seguir sin hacerlo. Quizá pueda utilizarlo en su descargo. Todo se le amontona en la cabeza como en una pesadilla de formas que se hinchan, que no caben en el estrecho recinto de su cerebro. Guarda la camiseta ensangrentada en el bolsillo de la cazadora y se promete librarse de ella en cuanto salga de allí. Una alcantarilla será un buen final para ella.

Tiffany ya estará en el piso. Ha de apresurarse. Llega hasta la cocina. Tiene mucha sed. Se toma un par de vasos de agua. La pila está llena de sartenes, platos, tazas y cubiertos. Aprovecha para

taponarla e inundarla de agua hirviendo como si aún fuera posible conservar un cierto sentido de la rutina en un día como hoy.

Vuelve a llamar a Álex desde el fijo, pero en ese mismo momento su móvil señala que Tiffany le está telefoneando. Ha de elegir. Rebusca en su escritorio el cargador del móvil pero no lo encuentra. Tiffany ya ha colgado. Con una maldición sale de casa. Al salir a la calle tiene suerte y localiza un taxi. En cinco minutos podrá estar con Tiffany. Los semáforos ayudan. Le duele en el centro del pecho. Quizás un golpe, quizás el corazón. Tenía que haber seguido su primer impulso. Haberse presentado en casa de Tiffany. La poli no se mueve tan rápido.

—Déjeme aquí mismo.

En unas pocas zancadas llega a la casa de la calle Granada, se mete en la portería y decide subir lo más rápidamente que puede hasta el piso donde, a buen seguro, estará Tiffany haciendo lo que menos le gusta: esperar. En ese momento recibe una llamada. Otra vez Álex. Apenas consigue escuchar su voz.

Álex está en la calle. Ha entrado y salido de su casa una vez ha comprobado que Epi ha estado allí, sí, pero ya no. Está plantado en la acera, sin saber qué hacer. Como una desgarrada antena que estuviera pendiente de poder sintonizar cualquier transmisión, cualquier señal que le indicara hacia dónde ir, por dónde empezar a buscar. Es tan frustrante. Se toca la cara con las manos. Da unos pasos hacia un lado, luego hacia el otro. Trata de no perder el control. Igual sería buena idea tomar de nuevo la medicación, apenas nada después de la última toma. Pero el estómago le quemará, la garganta se le llenará de flemas. Se sienta en el bordillo, en el hueco que queda entre los coches aparcados. Tiene entre las manos el móvil porque quiere ver antes que escuchar que le llama Epi. Pero, de repente, unas piernas se paran frente a él, abiertas, azules, rematadas en unas impecables botas de policía. Las piernas le llaman por el nombre. Al parecer, una vecina les ha indicado que él es Alejandro Dalmau y no tiene suficientes ánimos para negar algo así.

La noche no es una aliada leal. Y despertar, la mayoría de las veces, no deja de ser un alivio. Hacía tiempo que Epi no se fiaba de la oscuridad. Aun así, aquella noche, apenas unas horas antes, había levantado el brazo como para intentar tocarla. Lo estiró hasta dar con el cristal del parabrisas. Eso pareció tranquilizarle. O quizá fue la decepción lo que se iluminó en su cara. Decepción por no haberse mojado la punta de los dedos en esa gigantesca pantalla de plasma líquido que, en ocasiones, le parecía la noche cuando estaba sentado al volante, en su furgoneta.

Todo lo que pasa de noche resulta incomprensible más tarde con el sol. De noche se hacen cosas que no se harían de día. Y la mayoría de las cosas que uno hace de noche no se las cree al día siguiente. Quizá todo se resuma en esos dos mundos de los que le hablaba su padre. Uno oscuro y otro luminoso, opuestos. Los delitos y los amores que se perpetran de noche no deberían ser juzgados, castigados o mantenidos a la luz del día. Las líneas blancas del asfalto no se ven cuando brilla el sol.

La noche, además de ser desleal, agota. Pagaría millones por pegarse un buen baño. Detenerse en la carrera durante la noche es un error. Te vienes abajo. Te dan caza los fantasmas. De joven no lo sabes, pero poco a poco empiezas a aprenderlo. Tampoco es que sea un viejo. Veintitantos años no son nada, pero si le diera por colocar todas las noches con sus farras y borracheras, sus muchas decepciones y pocos polvos a lo largo y ancho de esta avenida que atraviesa la ciudad, podría casi llenarla.

El problema acaece cuando hallas lo que quieres y lo pierdes. Sin aviso. Lo encuentras una noche cualquiera casi por azar. Lo reconoces, lo tienes y, en su caso, a pesar de tratar de retenerlo con

todas tus fuerzas, lo pierdes. Entonces te haces viejo de golpe, entonces ya has visto, ya sabes, no puedes volver a no ver, a no saber. Y claro, has de seguir saliendo cada atardecer con la esperanza de encontrar por segunda vez aquello que te hizo feliz, como si los milagros abundasen, pero sospechas que nada será tan bueno como eso que tuviste. Que por mucho que uno busque y parezca encontrar, el final dejará sabor a fallido, a demasiado tarde, a equivocado.

Su hermano dice que el que la sigue, la consigue. Pero también dice que lo mejor que puede hacer es olvidarla. Álex dice tantas cosas. En realidad, todo el mundo habla tanto. Por algo es gratis eso de hablar. Eso es algo que desde niño le ha impresionado. Cuando, en televisión, a alguien le hacían una pregunta, el tipo interrogado sabía siempre contestarla rápidamente y extenderse en su respuesta, relacionar unas cosas con otras, dar a su contestación una convincente apariencia de inmaculada verdad. Él, por mucho que buscara, nunca podía encontrar tantas palabras en su boca. Desconfiaba de ellas. Había gente que se escondía detrás de las palabras. Gente que las utilizaba como cuerdas, cinta aislante con la que rodean tu cuerpo, te cruzan los labios, te inmovilizan hasta dejarte tieso. Gente como Tiffany. Gente como Álex.

Las palabras nunca habían ayudado a Epi. Por mucho que tratase de explicar qué sentía por Tiffany, nunca había sabido expresarlo. No había manera: los sentimientos salían muertos de su boca. Era amor, sí, pero también era algo más. Tiffany le producía la sensación de que a su lado todo encajaba, de que ya no hacía falta seguir buscando, de que no importaba lo que pensarán, dijeran e hicieran todos los demás. Sólo ella y él sabían qué pasaba cuando estaban solos. Cuando la tenía por casa, cuando se aseguraba de que aquella noche no saldría, cuando llamaba a su puerta, cuando acudía a la cita, cuando sonreía al verle, cuando se decía a sí mismo que sí, que ahora era suya, que había valido la pena esperar y luchar por conseguirla.

Él y Tiffany, al principio de todo, con una botella helada de cerveza en la mano en un antro oscuro de esta ciudad. La música fuerte, las paredes empapadas por la humedad, rodeados de desconocidos, puestos de cualquier cosa, fumando, bebiendo, besándose, sabiendo que más tarde harían el amor y que el fin estaba ahí, cerca pero sin acabar de llegar del todo. ¿Cómo podía explicarse con palabras semejante alud de emociones?

Notó Epi la nariz húmeda. Le estaba bajando el moco. Deslizó una de sus manos que le estaba cubriendo la cara y se lo secó con ella. Se dio cuenta de que tenía un rastro sanguinolento. No debería haber esnifado tanta piedra, pero ahora ya daba lo mismo. Tanveer tardaba más de la cuenta, aunque ojalá no volviera. Ojalá alguien lo matara por él.

En las Casas Baratas a veces es de lo más sencillo y a veces terriblemente complicado encontrar al tipo que te sirva la droga. No hay ninguna razón lógica, pero ocurre así. ¿Qué haría si Tanveer apareciera ensangrentado, agarrado a sus tripas, arrastrándose hacia la furgoneta? ¿Se daría a la fuga, se haría el camarada, le salvaría la vida llevándole al hospital?... No puede evitar pensar que hay ocasiones y personas que dependiendo del momento, sobran o encajan. Porque iría a muerte con ese tío si no fuera por Tiffany. Sería su hermano de sangre. Igual le quiere más de lo que quiere a Álex, porque su hermano siempre acaba por menospreciarle, por hacerle sentir idiota.

Sabe que, en cierta forma, teme y necesita a Tanveer como teme y necesita a Tiffany. Los necesita porque cuando le hablan o piden su presencia, le sacan del anonimato, le hacen sentirse importante, visible para el resto del mundo.

Tiffany, Tanveer, Epi. Sí, alguien sobra en aquel mundo que podía ser idílico. De hecho, se trata de una ecuación de lo más sencilla: sin Tiffany, Tanveer y Epi serían colegas inseparables. Sin Tanveer, Tiffany estaría con Epi. Y ya está. Porque para Epi, en ese punto, se acaban todas las matemáticas.

—Déjame marchar, chaval, venga, yo...

Epi había olvidado por completo a la puta. Estaba en la parte de atrás de la furgoneta, esperando ella también a que volviera Tanveer. Quizá se había quedado traspuesto o simplemente estaba demasiado concentrado en sus pensamientos. La miró. Era más bien fea, de unos treinta y bastantes; quizá más joven. Difícil precisar eso debido al maquillaje, las horas de la madrugada y el estado en que Epi se encontraba. Pelirroja de tinte barato, facciones bastas y tetas brutales. Él trata de no mirar ni a las tetas ni a la cara. Por una timidez absurda y para evitar que después pudiera reconocerle. Por eso respondió sin mirarla.

—Oye, no te pongas pesada. Te vamos a pagar. Mi amigo ha bajado a buscar mierda y viene ya. Si te portas bien te daremos algún tirillo.

—No, no, yo paso de todo eso.

—Bueno, mejor para todos. Métete *p'adentro* y no des la tabarra.

—¿Dónde estamos? ¿Me dejaréis luego en donde me habéis recogido?

Era un tantear el terreno más que una pregunta, pensó Epi. Como los taxistas cuando te dan la brasa. Te calibran. Saben de qué vas. La mujer intentó entonces acceder al asiento del copiloto. Epi le cerró el paso, alargando lo más que pudo el brazo hasta hacerla recular.

—Al menos dame fuego, samugo.

—Okey, pero no me jodas la moqueta. Aquí tienes el cenicero. Venga, métete para dentro.

La mujer observó en su mano el cenicero de vidrio mientras dejaba caer la ceniza con parsimonia y precisión en el centro exacto de la circunferencia transparente. Sin embargo, no regresó al fondo de la furgoneta. Seguía ahí, con la testa a apenas un palmo de la cabeza de él, de rodillas, acodada entre los asientos delanteros y con el culo en dirección a la puerta trasera de la furgoneta. A Epi le recordó cuando llevaban el perro guardián. También hacía lo mismo. Lo mismo menos fumar y dar por saco, por supuesto.

—Si quieres te la chupo.

—No quiero.

—Te cobro aparte y baratillo. Así hacemos algo.

—Ya hacemos algo: esperamos.

Un silencio y la mujer, de nuevo, a la carga.

—Sí que tarda tu amigo.

Epi optó por no responder. Quizás así se diera cuenta de que quería estar solo y en silencio. Reconcentrado. La cabina se estaba llenando de humo. Agitó el ambientador de lavanda que estaba colocado en el respiradero. De aquel artilugio salió una vaharada casi agradable, y la mujer entendió el mensaje.

—¿Qué hora es ya? ¡Uf, Dios mío! Mira, me pagas, yo me largo y me pillo un taxi...

—Oye, ¿cómo te llamas?

—¿Yo? Carmen...

La paciencia se le había acabado. Ya daba igual que le viera la cara perfectamente. Con el tiempo que llevaban los dos solos podría dibujarle un retrato a la cera.

—Mira, Carmen, estamos en la entrada de un barrio jodido. Si sales no llegas a la primera farola. Mi amigo no puede tardar.

—Es que como no hacemos nada aquí todo el rato...

—Venga, estate quieta. No tardará.

Desapareció la cara como escondida en las raíces ennegrecidas de su pelo rubio y cayó la cortina de cuadros grises y rojos que separaba los asientos delanteros del espacio de carga de la furgoneta. En ese momento, Epi tuvo la sensación de estar metido en una de esas películas de atracos a bancos justo cuando todo empieza a ir mal y nadie sabe con certeza qué se está jodiendo y cómo impedirlo. Era todo tan absurdo. Estaba jugándosela con alguien a quien pensaba matar esa misma noche, o mañana, o a la primera oportunidad en que reuniese las fuerzas necesarias para eliminar al que sobraba en aquella función. ¿Qué sentido tenía aquello?...

Algo iba mal. Seguro. Tanveer estaba tardando mucho. Pero sus presentimientos fallaban el doble de veces que acertaban. Trató de

tranquilizarse. Si le había pasado algo a Tanveer, mucho mejor, ¿no? Lo que daría por estar ahora enfrente de la Play o en el bar de Salva matando marcianos. O en la tragaperras. Como aquella gloriosa tarde en que apareció, como Moby Dick, el tercer limón. Una entre mil. Pero sabía que si el moro no aparecía ya mismo, esta vez no pulsaría la tecla del Avance. Dejaría marchar a la puta, cerraría la furgoneta e iría en su busca a los dos o tres sitios donde pillaban droga cuando la del barbero se les había acabado. Iría a buscarle. Era difícil de explicar. Una cuestión de lealtad masculina y feudal. Como si fuera más sencillo matar a alguien que dejarle colgado.

Epi fue el primero que vio a Tiffany en el barrio. No era como el resto de las chicas a las que uno había visto crecer, ésas que te habían gustado y dejado de gustar. Sucedió como en las viejas historias. Había aparecido de la nada, abandonada en las calles para quien quisiera cogerla. Y él quiso, claro que quiso. Pero ella no se dejaba pillar fácilmente. Tonteaba con él, le confundía, le bailaba el agua, gustaba a todos. Era de locos. Una vez, en el portal, ella se dejó besar. No abrió la boca al principio. Luego ya sí. Aquella noche Epi apenas pudo dormir. A la mañana siguiente fue hasta su casa para dar una vuelta por aquí y allá. Nadie entendía cómo aquella india podía salir con él. En su casa no tragaban con el cuento. Todo eran avisos, todo problemas. Pero ellos se veían cada día, iban a cualquier jaleo, se ponían del revés, paseaban por el centro comercial, soñaban con comprarlo todo mientras ella devoraba palomitas de colores y elegían para ver una de miedo o de acción.

Claro que también tenían broncas y ataques de cuernos porque todo el mundo murmuraba y Tiffany parecía estar siempre en cualquier sitio menos en el que debía estar. Pero ella siempre sabía dar la vuelta a las cosas. Él la creía porque cuando estaban juntos él se sentía completo. Todo iba bien, o al menos así lo recordó después de perderla. Con mamá enferma y Álex condenado a los horarios del parking, la subió a casa y se puede decir que casi vivieron la ficción de ser un matrimonio. Hacían el amor a todas

horas —él recuerda que ella lo empujaba para abajo cuando se iba a correr, que se le quedaba ronroneando después de los espasmos —, veían películas en el sofá o proyectaban salidas a la montaña que nunca llegaban a realizarse porque se quedaban dormidos o porque comprendían que no se les había perdido nada en las alturas. Todo idílico hasta que llegó Tanveer para estropearlo.

—Oye, tío, yo...

Había que reconocer que la mujer tenía el don de la oportunidad. La ira que le estalló dentro a Epi le sorprendió a él mismo. Se vio rodando con la puta por la moqueta hasta dar con una de las paredes donde estaban instalados los amplificadores más ensordecedores de toda la ciudad. Encima de ella, tenía cogida sus muñecas y la blusa se le había corrido hacia arriba mostrando una ubre mal inyectada de silicona, medio sujeta con las varillas de un sostén rojo más eficaz que bonito. Epi miró la cara aterrada de la puta y se detuvo. Le preguntó si se iba a estar quieta y ella asintió con la cabeza. No tenía ningún plan con ella, así que sólo por curiosidad le bajó la copa del sujetador de uno de sus pechos y descubrió el pezón gordo, negro y caído, como un interruptor de la luz y se lo metió en la boca. No llegó a morderlo. Sólo lo chupó y lo enderezó con el propósito de regresar al asiento del conductor.

Después, un silencio extraño mientras Epi se mesaba con furia el pelo. Oyó un chasquido en la puerta trasera. Fingió no oírla marchar. Enseguida Tanveer estaba de vuelta sentándose en el asiento con un grito de alivio.

—¡Hostia puta con el gitano!

—¿Todo bien?

—De puta madre. No me dejaba marchar. Tienen una fiesta guapa. Oye... ¿y la guarra?

—Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? ¿La has dejado marchar?

—Sí.

—Pues vamos a por otra.

Por la alegría que llevaba puesta, Tanveer se había traído encima parte de la fiesta que acababa de dejar.

Tiffany se levanta del suelo una vez se ha consumido el enésimo cigarro. Recoge el bolso, saca el móvil y duda si hacer una última llamada a Epi. Pero no, no lo va a hacer. Ni ahora ni nunca. Que se pierda el tarado ése. Tarado como su hermano, como su madre. Por algo el padre, nada más atisbó el horizonte, dejó que se lo tragara la ciudad para siempre. Sin señales, avisos o dirección. En eso que suena el móvil. Su hermana le explica que han llamado de la escuela para pedir que pasaran a recoger a Percy ya que tiene unas décimas de fiebre. Aquella mañana estaba raro: hasta se le había escapado por la calle. Jamelia puede ir a buscarlo. No hay problema en eso. El problema surge cuando le dice que no se puede hacer cargo del niño el resto de la mañana: tiene la primera entrevista de trabajo de su vida en uno de los supermercados que han ido abriendo por el barrio. Dicen que pagan bien. Hasta dispondrá de un par de días de fiesta. Jamelia parece estar muy ilusionada. Los sentimientos se le convocan contradictorios. Por un lado se alegra de que su hermana pueda empezar a tener una vida normal. Pero por otro siente un no sé qué de celos. Como si por primera vez en su vida Jamelia estuviera más cerca que ella de conseguir construir algo sólido y bueno.

Pero nunca se deja maltratar mucho tiempo. Enseguida se dice que ella podía conseguir ese empleo sólo con proponérselo. Pero la basura ésa de trabajar en el supermercado, de momento, no es para Tiffany Brisette. Jamelia sigue con su disculpa, y eso siempre desespera a su hermana. Parece que hoy sea una obligación tener paciencia con todo el mundo, que todos los gilipollas del mundo se le peguen al culo.

—Tía, coño ¿qué me quieres decir? ¿Que pasas de tu sobrino una vez más? Estoy acostumbrada. —La dosis de injusticia y crueldad que inocular en su voz le empieza a hacer efecto como un antídoto dulce y eficaz—. Ya me hago cargo de él yo misma. Tenía cosas que hacer pero bien, da igual. Lo mío nunca importa. ¿Mamá no está por ahí?

—No, ha salido a comprar.

—Lo que pasa es que me tendrás que traer a Percy aquí.

—¿Adónde? Tengo la entrevista a y media.

—Te da tiempo. Irás justa pero llegarás —asegura Tiffany a sabiendas de que Jamelia deberá ir a todo correr para llegar a la hora concertada. Sublime travesura, pues—. Estoy en el piso de la calle Granada. El de los paisanos. Sí, tonta, el veinte, segundo segunda.

—Pero he de coger el bus porque...

—Sí sales ahora mismo, no hace falta. Toca el timbre, te abro y el niño sube solo —concede Tiffany a la hermana mayor—. No es necesario que le acompañes hasta arriba. Venga, date prisa. Os espero, pero yo también tengo cosas que hacer.

Cuelga con un insulto a su hermana, dándole igual si ésta le ha escuchado o no. Ahora toca esperar. Mierda. Como cada mañana, piensa en llamar a Tanveer con cualquier excusa, pero no, tampoco hoy lo va a hacer. Tiffany es ochenta por ciento orgullo y el resto amor propio, como le gusta decir a doña Fortu. No se va a rebajar con ese hijo puta. Es más, aquella noche dejará de ser buena y saldrá de fiesta. Irá a aquellos sitios donde o bien recala él o bien siempre habrá alguien que le pueda informar de en qué anda la Brisette. De lo guapa, drogada y divertida que estaba. Con quién se la vio ya muy de madrugada. Aquellos bares y locales que él debe abandonar en cuanto ella aparezca. Los mil metros de la medida de alejamiento pueden ser una barra de hierro o una goma caliente que sólo depende de su clemencia. Y esta noche, el pálpito le dice que va a romperle las rodillas con la barra.

Un portazo en la portería, pasos subiendo las escaleras. Supone que es Epi y decide teatralizar el encuentro. Primero, morros por la espera y los misterios, y después ya veremos. Se apresura a encender otro cigarro y va hacia el otro extremo de la habitación, echando un vistazo por la ventana que alguien, pero no ella ni la lluvia, debería limpiar alguna vez. Es un bonito día, piensa, para dar una vuelta por el barrio o acercarse a la playa. Cualquier cosa menos estar ahí, encerrada en un triste piso vacío. Le extraña que Epi tarde tanto en subir un par de tramos de escalera. Decide descomponer la pose de vampiresa en el rincón más alejado y entreabre la puerta. Desde allí comprueba que sí, es él. Está a mitad del último tramo de escalera, apoyado en la pared, con una pierna levantada y apoyada contra la barandilla. Habla por el móvil con alguien cuya identidad, evidentemente, quiere ocultarle.

¿De qué va todo esto?...

Aquello de tontear —por pura gimnasia vanidosa, a veces— con Epi cuando no estaba con Tanveer no dejó nunca de ser una bomba que podía estallar en cualquier momento. Por eso mismo, la única manera de desactivarla era —como en las películas que tanto le gustan a Epi— quitar el cable rojo cuando toca quitar el cable rojo y quitar el azul cuando toca el azul. O bien eso, o bien hartarse de todo y arrancarlos a la vez y que se hunda el mundo. Creía controlar el juego porque ella es la única que sabe a ciencia cierta que hay un juego. Eso es siempre una ventaja, ¿no?

Los hombres son seres torpes que, en ocasiones, parecen extremadamente cautos y hasta retorcidos. Pero sólo lo parecen. Eso lo descubrió muy pronto. Cuando era una niña que casi cambió las muñecas por un bebé. ¿No era ésa una prueba más de que el mundo era una mierda desde siempre? Se quedó preñada de aquel tipo que ya ni recuerda cómo era, una noche durante las fiestas del antiguo barrio. Su madre se hizo la víctima, su padre quiso matar al picha brava y la forzó a que abortara ya mismo. Pero aquél puso tierra de por medio, a ella le salió de no se sabe dónde el instinto

maternal, quizá para fastidiar a todo el mundo, y el gran cambio fue mudarse a otro barrio con Percy en los brazos.

A partir de ese momento, su padre, que ya había ejercido más derechos de los que tenía, se hizo la pregunta equivocada. A modo de protección ha olvidado casi todo. Y el resto se lo ha inventado. Recuerda, eso sí, verlo de espaldas a ella. Quizá buscando algo en la cómoda. Aquel trasero desnudo más abonado a la ternura que a cualquier sentimiento de deseo. Nalgas blancas, carne flácida como una masa sobre la que uno quisiera escribir o hacerla ondear como una bandera de rendición.

Ahora también él sabe que con Tiffany no se juega. Le sacó pasta. Casi toda la que quiso. El usufructo del piso para doña Fortu, que ¿ignoraba o sabía lo que había estado pasando en su hogar?... Difícil saberlo. Además, una vez llegas a la verdad, ¿qué se puede hacer con ella? No sirve para borrar ni esconder lo que ha pasado y tampoco para edificar nada firme encima. Pero esa información, poseer ese secreto la hacía ser dueña de los reproches y la voluntad de su madre. De hecho, se separó de su marido sin querer hacerlo. Lo hizo porque Tiffany quería separarse. Así de claro. Negaba doña Fortu aquellas sospechas; tonterías de cría. Es por eso por lo que ella siempre que podía le ocultaba a Tiffany que a veces quedaban a escondidas los dos e iban a bailar. Salsa, por supuesto, bien arrimaditos. Él la cogía de la mano por la calle, la invitaba a merendar, le regalaba flores que Tiffany encontraba luego marchitas en los rincones más absurdos y recónditos del piso. Todo de culebrón. Todo igual que cuando eran novios, allá en Perú. Cuando se descubrían los engaños, Brisette se sentía traicionada y juraba volver a denunciarle. Pero acababa por no hacerlo porque necesitaba a doña Fortu para la intendencia. Y es que un niño necesita un sitio donde vivir. Un cierto orden.

Epi no acierta a abrir. Va probando llaves: no recuerda cuál es. Tiffany es obvio que no piensa ayudar. Y de hacerlo sería con un violento ademán que dejara bien a las claras que la intención no es recibirle sino largarse. Sin embargo, todo se ha complicado ahora.

Su hermana vendrá con Percy de un momento a otro y ella tiene que esperarles. Está irritada por estar de aquí para allá desde el punto de la mañana, a expensas de los otros. Así que, finalmente, ha decidido largarse y resolver lo de su hijo cuando esté en la calle.

La cara de Epi se ilumina al ver a Tiffany. Ésta está tan furiosa que de dejarse llevar por lo que le pide el cuerpo, se lanzaría sobre él, le daría un par de hostias, se ciscaría en su estampa y le amenazaría con meterle en el trullo si vuelve a dar señales de vida. Pero se reta a esperar unos instantes. La curiosidad le puede. Además, Epi, despeinado y pálido, muestra en su cara alargada, un triángulo isósceles formado por sus cejas y su larga nariz algo estirada hacia atrás, el deslumbramiento del hallazgo o la tragedia. Tanto puede ser que se haya hecho millonario como que reventara el metro esta mañana y él fuera el único superviviente. Los ojos le brillan y quieren decirlo todo, pero la lengua calla. Se alisa el pelo y se abalanza hacia Tiffany para besarla, pero ella se aparta a un lado.

—Siento llegar tarde. No he podido venir antes.

—Pero sí has podido hacerme esperar un poco más mientras hablabas por teléfono en la escalera.

Al decirlo, la chica se arrepiente. Por nada del mundo quisiera que Epi creyera que puede albergar una hebra de celos por él.

—Estaba hablando con mi hermano. Tenía poca cobertura.

Al comprobar que Tiffany no va a besarle, atraviesa la habitación hasta la ventana. Como en tantas películas de hombres acorralados, mira a un lado y otro de la calle. Espera encontrar un largo coche negro con un tipo bajo un sombrero, envuelto en una nube de humo azul. Pero no hay nadie. Ni rastro de la patriótica policía del país. Baja la persiana. Cree que es lo más conveniente. Además, de esta manera gana tiempo para no parecer asustado y poder empezar a explicar a Tiffany por qué ha matado a Tanveer. Evaluar sus reacciones. Ser lo suficientemente convincente como para que ella rompa a llorar y se refugie en sus brazos, sabedora de que la

pesadilla terminó y ahora empieza el tiempo en el que volverán a ser felices.

—¿No había nadie?

—¿Dónde?

—Aquí.

—No.

Epi mira alrededor y, como antes Tiffany, comprueba que el piso da signos de no haber tenido muchos inquilinos en los últimos tiempos. Parece, eso sí, más sucio y destartado de como lo recuerda. En lo que sería el salón convencional, un par de bolsas negras llenas de cables y tablas de madera, mandos inservibles de una Play. También el sofá de plástico transparente que Epi recordaba desde siempre y sobre el que va a sentarse.

—Hacía tiempo que no venía.

Ella no responde. Mentalmente está contando cincuenta, cien, doscientos antes de largarse sin decir nada. Acariciando dentro del bolso el manojito de llaves, eligiendo la del piso, la más larga del llavero. Epi se deja caer en el sofá. Éste está casi desinflado y con su peso se hunde sin remisión. Epi, divertido y ridículo, se ve en el suelo, dando vueltas, sorprendido de que la vida sea así de imprevisible. Que puedas pasar de lo más difícil a lo más sencillo, de matar a un hombre a no poder evitar una carcajada. Espera que a Brisette la situación también le haya parecido jocosa. No distingue, mientras rueda por el suelo llevándose todo el polvo en sus brazos y sus ropas, que ese ruido sordo sea un portazo. Y que cuando ha llegado a la puerta, Tiffany haya cerrado la puerta con llave para proteger su huida. La chica baja de dos en dos los peldaños de la escalera. No está asustada. Es más como escapar después de una travesura. Cuando alcanza la calle mira a ambos lados por si tuviera la suerte de encontrarse con la imbécil de Jamelia. Pero no es así. Echa a correr calle abajo con el propósito de cerrar el paso a su hermana mientras trata de llamarla para saber por dónde para, si viene andando o si, finalmente, ha cogido el autobús.

Cuando Epi consigue abrir la puerta y alcanzar la calle es imposible saber para dónde ha escapado la chica. Contiene las ganas de llorar, harto de que nada salga nunca bien. Con todo, decide regresar al piso, tranquilizarse y pensar en cómo salir de todo ese lío, cómo conseguir cinco minutos con Tiffany en los que poderle explicar por qué ha hecho lo que ha hecho y quién era el Tanveer que sólo él conocía.

Pep consigue aparcar el coche cerca de la comisaría. Llega justo para el cambio de turno. Se pasa la mano por la barba y agradece la tersura de su piel, lo bien que le ha sentado la ducha de hace unos minutos. También ha acertado con la música en su camino hasta aquí y estuvo bien ayer la cena en casa. Hasta ahí las buenas noticias. Las malas son que ha recibido el aviso de un asesinato en el barrio. En el bar de Salva y Mari. Le resulta extraño porque la mujer siempre se ha esmerado en que en su local no trapichearan y en que no se le llenara de impresentables. Aún no sabe quién es el muerto ni por qué se lo han cargado. Siguen las malas noticias con que hoy el turno lo tendrá que hacer con Rubén, aquel pedazo de hombre digno de ser mirado y admirado pero no escuchado. Pep suspira con resignación. Coge la chaqueta y baja del coche con dificultad. Sus largas piernas parecen irse construyendo a medida que las saca del vehículo. Ya de pie en la acera, una ráfaga de agradable brisa le cubre la mirada con el flequillo de su pelo rubio. Se lo echa atrás, mesándoselo. Cierra el coche, se gira y su atención recae en la otra acera. Hay un tipo andando de una manera extraña. Como en una de esas viejas películas de cine mudo. A buen ritmo, grandes zancadas. Como si escapara de algo o de alguien. Todos acabaremos así, piensa Pep. Dobla la chaqueta en su brazo. Ha de apresurarse: hace justo un minuto que tendría que estar de servicio.

Es Álex a quien Pep miraba sorprendido. El mayor de los Dalmau está oyendo voces tras de sí pero no va a girarse a comprobar nada. Sigue andando rápido. Nada de correr. Hay pocas cosas más sospechosas que salir corriendo de una comisaría. ¿Qué quieren esas voces? ¿Quiénes son? Quizá la policía que desea

hacerle una pregunta más. O ha olvidado el carné de identidad, el certificado médico, las recetas o hasta es posible que quede aún un papel por firmar en la comisaría. Se riñe por estar tan nervioso, por notar las manos sudadas, la camisa pegada a las axilas. Se dice que él no tiene nada que ocultar. Que no le puede pasar nada malo. Que si no hay más remedio será Epi y no él quien pague por la locura. Pero con la policía uno nunca sabe a ciencia cierta si está limpio. Además, al parecer no sólo les preocupaba que alguien hubiera matado a Tanveer Hussein, sino que, según avanzaban las preguntas, apareció un nuevo interés por una serie de hechos que Álex desconocía por completo. Una furgoneta, consumo y quizá tráfico de drogas, agresiones a prostitutas... Y eso no hacía más que ponerle si acaso más nervioso. Resultaba obvio que había dado por sentado demasiadas cosas: que Epi lo había matado por celos o por despecho, por ejemplo. Ahora piensa que quizás hubiera otras razones.

Álex trata de acompasar sus zancadas a la respiración, tal como le recomendó el psicólogo. Pero la esquina por la que piensa desaparecer parece alejarse como en esas pesadillas en que el bordillo es inalcanzable y el coche se acerca para quebrarte el espinazo. La medicación. Ha de parar en cualquier bar y tomársela de nuevo. Cuando lo hace no escucha voces como las que escucha ahora detrás de él, a su alrededor. Necesita pensar claro y bien. Ya no en lo que le puede pasar a su hermano, sino también en que ese caldo pestilente que se está cociendo no le salpique también a él. Ha de hablar con Salva. Y con Epi y saber qué tiene que ver con todo esto la furgoneta con la que trabaja su hermano y sobre la que le han preguntado tanto. Pero sobre todo ha de dejar de escuchar esas voces, dejar de ver sombras como las que ahora tiene a su derecha.

Quedan apenas veinte, treinta pasos hasta la esquina a la que Álex ha otorgado el rango de salvadora. Por el rabillo del ojo ve una sombra que se ha adaptado a su caminar. Hace como que no está, cierra los ojos pero se siente mareado, teme caer y decide parar y

afrontarlo. Así, el mayor de los hermanos Dalmau se detiene y, con la mirada clavada en el suelo, le habla:

—¿Qué quieres? ¡Lárgate!

Pero nadie contesta. Dudas. Quizás haya desaparecido. O tal vez se trataba de un transeúnte que caminara en la misma dirección que él, y todo ha sido una nueva invención de su mente. Abre los ojos y, lamentablemente, no está solo. No es Jesucristo. No es el demonio. No es la policía y tampoco es un ángel. No es Salva ni Epi. Ni Tanveer o su madre. No.

—¿Quién eres?

—Uno de los leprosos de la cueva de Ben-Hur y he venido a tocarle.

No puede ser verdad. Lleva reloj, se dice Álex. Sus harapos son restos de un traje de ejecutivo arruinado. Es cierto que tiene barba y pelo largo. Que va descalzo y tiene los dedos ennegrecidos y llagados. Es cierto que sus ropas están ensangrentadas por haber sido arrastrado como Mesala por la arena. Pero no es real. En el interior de su domicilio puede llegar a aceptar que sus visiones existan, pero en la calle no se lo puede permitir. No, por favor, no, tú no existes, eres fruto de mi esquizofrenia paranoide, de aquella maldita ocurrencia de papá de ver esa maldita película aquella tarde de Semana Santa de hace mil años.

—No es verdad. Tú eres parte de mi empanada.

—Pues tócame y comprobarás como la carne se me cae a tiras.

Álex mira hacia la comisaría, al fondo de la calle, por si alguien le hubiera observado. No ve a nadie. Sólo una mujer que cruza la calle, que se le acerca y le mira, entre sorprendida y asustada, cuando lo normal hubiera sido que se hubieran fijado en la figura sanguinolenta de un leproso sucio y desastrado. Esa certeza anima a Álex. Ese guiñapo sólo está proyectado en su cabeza. Ésa es, única y exclusivamente, su realidad.

—¿Qué haces?

—Me quito la oreja y me la cambio por la nariz. Son buenos los cambios.

Y el leproso lo hace.

—No me das miedo. No existes.

—Pues entonces tócame y dime dónde está la cueva.

—Idiota, la lepra no se contagia así.

—Muy listo tú. Dime entonces de qué murió san Martín de Porres.

Y Álex alarga el brazo y le toca esperando no notar nada, que todo se desvanecerá en el aire como al despertar de un sueño. Pero no es así. Toca un cuerpo y éste no desaparece. Su tacto es como el de la madera. Frío y húmedo como una mala fiebre. Aterrado, retira la mano y echa a correr. No piensa parar hasta llegar al barrio. Necesita encontrar un antídoto contra la lepra antes de que la piel se le caiga a jirones, o al menos, tomarse la medicación otra vez, aumentarla hasta que se le reviente el estómago y se le duerman todos los nervios.

En ese mismo momento, Epi está comprendiendo que está solo, terriblemente solo. No tiene a nadie más que a su hermano, a Tanveer Hussein, a Tiffany Brissette. Los pensamientos y los argumentos se le lían en la cabeza. Ya le pasaba de niño. Su madre le decía que buscara el hilo, la primera palabra y cuando la encontrara, que estirara del resto. Así de fácil, ¿no? Pero allí dentro siempre está oscuro, hay muchos caminos y, al parecer, todos equivocados. Decía lo que debía callar, callaba lo que tenía que decir y, siempre y en todo caso, lo contrario de lo que los demás esperaban escuchar de él. Ante tanta fatalidad cotidiana decidió hacer lo que le ordenasen hacer. Si obedecía se reducían los errores. Pero claro, también la satisfacción.

También podría pasarse por el bar de Salva. O llamarle. Pero no recuerda el número. Necesita saber qué está sucediendo. Verlo todo desde fuera. Pero salir del piso le parece la idea más descabellada del mundo. El típico error que lo jode todo. No, no lo hará. Prefiere seguir entre esas paredes. Entonces se arrepiente de no habersele ocurrido enviar un mensaje al móvil de Álex para indicarle dónde está, para pedirle que acuda allí. Aún está a tiempo. Enciende el

aparato, desoye sus pitidos de agonía rogándole que aguante un poquito más. Sólo necesita escribir una dirección y que el sobrecito que sobrevuela los cielos azules llegue a su destino. Enviado está, pero no puede saber si Álex lo ha recibido porque el aparato se apaga antes de comprobar que la recepción ha sido confirmada. Lo intentará más tarde. Ojalá su hermano apareciera por aquí lo antes posible.

En un primer momento creía que Tiffany regresaría, que iba a dar media vuelta, que era una de sus pataletas. Pero ni ha vuelto ni parece que lo vaya a hacer. Debería haberla seguido en la huida. Debería haber elegido al azar una de las dos direcciones de la calle y correr tras ella, alcanzarla. Quizá sólo se había enfadado porque la había hecho enfadar. O porque creía que antes de entrar en el piso había hablado con alguna chica y se puso celosa. Ojalá fuera eso. En ese caso sería fácil convencerla de lo errada que estaba. Porque él, Epi, la quiere tanto que hasta ha matado a un hombre para estar junto a ella el resto de la vida. Eso sí que sonaba bien. Trata de memorizarlo. Decirlo de carrerilla. Se irán del barrio de inmediato. Conseguirá un buen trabajo. Ella podrá estudiar para modelo, o idiomas, lo que decía que quería hacer al principio de todo, cuando eran casi novios de verdad. Tendrían niños. Muchos. Debería haber jugado fuerte en aquella época, haberla atado firme entonces.

Pero ¿quién podía pensar que cambiaría todo? Sólo Álex, por supuesto.

—Ése te levanta la chica.

Se refería a Tanveer, claro está. Le molestaba en su hermano aquel aire de suficiencia. El típico del que siempre adivina el final de las películas y te lo cuenta a mitad de éstas para jactarse. En aquella ocasión Epi optó por no hacerle caso. Recuerda perfectamente que estaba tumbado en su cama, dejando pasar el tiempo, matando el rato a la espera de una llamada de Tiffany que hacía ya más de una hora que debía haberse producido. Pero eso

no lo sabía su hermano que, apoyado en el quicio de la puerta, parecía no tener otra función que tocarle las narices.

—No digas tonterías.

—Tú sabes que no son tonterías.

—Además, entonces mejor, ¿no? Desde el primer día has estado dándome el coñazo con que esa tía me jodería la vida. Si se va, de puta madre. Ya no hay problema.

—Pero es que tú ya estás *encelao*.

—No es verdad.

Ambos sabían que mentía. Epi se recordaba enamorado desde siempre y correspondido desde nunca. No acertaba a entenderlo. Más allá de aquella profesora cuya silueta contra las vidrieras te hacía olvidar que las gafas le daban una carita de alelada, o de aquella amiga de su madre, la que acabó en la zona alta, aburrida y alcoholizada de soledad. Después de esas dos fantasías imposibles llegaron las chicas de su edad, compañeras de clase, figuras en la penumbra de bares y discotecas, y seguía pasando lo mismo de siempre. Había algo en Epi que hacía que las mujeres no quisieran ir muy lejos con él. No era tan feo que no quisieran enrollarse. Tampoco era sucio o un bruto. Trataba a la gente con educación, con una distancia que tenía más de prevención que de inseguridad. Pero nadie llegaba a amarle. Como mucho, podían hablar con él las chicas en un extremo de las mesas metálicas del vermú del domingo, mientras los bólidos giraban en el televisor y atrapaban toda la atención del resto de los chicos. Como mucho, quizás, alguna le consideró un amigo, alguien de fiar. Pero nadie pensó en él con deseo, nadie pensó en amarle o, simplemente, ninguna mujer quiso jugar lo suficiente con él como para tratar de romperle el corazón. «Tienes manos de enterrador», le dijo una chica con aliento a desinfectante mientras se le acercaba para que diera lumbre a su cigarro. Epi odiaba a ese tipo de gente ingeniosa. Quizá porque evidenciaba la confusión en la que vivía. Luego, de vuelta a casa, imaginó mil respuestas, insultos y hasta un par de hostias para aquella idiota, embutida en negro, pintarrajeada y borracha,

con la muerte del loro pintada en la jeta, que se atrevió a tanto. Pero lo cierto es que le dio fuego, sonrió y no acertó a decir ni una sola palabra. Si él tenía manos de enterrador, un abrazo suyo sería como un ataúd, pensó. Pero ya era tarde: la réplica se le ocurrió seis horas después de cuando fue, con premura, convocada.

—Estate preparado. El moro te la quita. Fijo.

—Vete a la mierda.

Epi no era tan idiota que no reconociera que su hermano podía tener razón. Y no cabía achacarle toda la culpa a Tanveer. Era más que evidente que Tiffany tonteaba con el moro. Su actitud había cambiado desde meses atrás. Tanto cuando estaban a solas como en grupo. A Tiffany no le apetecía quedar en casa ni hacer el vago con los colegas de siempre. Ahora quería salir casi todas las noches. Cambiaban de bares, y en los nuevos siempre estaba o aparecía Hussein. Ella le hablaba mal de él en la intimidad, parecía odiarlo y en cuanto aparecía le ignoraba o incluso era hasta grosera con él. Pero si alguien cambia su manera de ser por la aparición de otro es porque esa persona le importa. O le gusta. O ya se está acostando con él. Epi se lo había preguntado a Tiffany ante la tardanza extrema de algunas de sus últimas citas. O sus olvidos a la hora de llamar o hacer algo juntos. Y Brissette lo había negado y, como solía pasar, Epi pasaba de ofendido a ofensor, sin que supiera muy bien cómo había atravesado la frontera entre una posición y otra. Pronto aprendió a no mostrarse celoso o enojado. Porque después de cada trifulca o, simplemente, de una conversación, Tiffany decía que le estaba agobiando con sus celos, su afán posesivo y desaparecía durante dos, tres, cuatro días en los que ni contestaba a sus llamadas ni pasaba por casa. La gente hablaba de haberla visto allí o allá. Con Tanveer, muchas veces. Epi se rompía por dentro con las habladurías, pero se obligaba a esperarla y recibirla, perdonarla sin reproche alguno, asumiendo todas las culpas, dando lo mejor de sí, colmando sus caprichos, evitando cualquier error que pudiera darle una nueva excusa para desaparecer otra vez. Hasta que un día Tiffany se fue y ya no volvió.

Alguien le dijo que estaba con el moro. Él la llamó y ella en esta ocasión sí aceptó su llamada. Epi se lo preguntó y Tiffany le extendió la telaraña.

—Lleváis tiempo viéndoos a mis espaldas, ¿verdad?

—No seas paranoico. Aún no hay nada. Lo nuestro no funcionaba desde hacía tiempo. Quiero estar sola. Tanveer sólo es un colega. Ya está. No quiero seguir hablando de esto, ¿vale?

Le fue detrás como un perrito. Era tan evidente que hasta podía doler a quien mirara aquello. Pero a Epi le daba igual. Orgulloso de su amor y de su herida. Porque amarla era lo mejor que le había pasado nunca.

Probablemente Rocío Baeza sea idiota. Ella no se lo oirá decir dentro de su cabeza. Tampoco lo reconocerá ante nadie. Pero sabe que lo es o, si no, que tiene mucha mala suerte o quizás todo a la vez. La noche no es buena. La competencia, mucha y despiadada. Toda esta maldita emigración de carne negra, mulata o pálida como la leche. Pechos siliconados de travestís y fulanas, turgentes nalgas de Colombia, niñas senegalesas y yonquis con brillo en los ojos y tiritas transparentes en los brazos. Rocío Baeza tiene noches malas y otras muy malas. Ésta es de las peores.

Un día le dijo una compadre que, una vez tienes que hacer de puta, lo peor que te puede pasar es que nadie pague por ti. Las otras mujeres entran y salen de los coches. Despiden un insoportable aroma a orgullo y victoria, aducen una fatiga sobreactuada, saben dónde está el centro del mundo y a cuánto se lo hacen pagar. Mientras tanto, ella y alguna otra miran de reojo la escena y fingen no ver el movimiento. Chismorrean alrededor de los bidones en llamas, como si no estuvieran allí por lo que están, como si viniesen a pegar la hebra, a recordar viejos tiempos, a chafardear sobre la Pantoja y el resto de las famosas.

Rocío Baeza se siente como si fuera la última de una simiente que fuera marchitándose poco a poco. Porque el orgullo de Rocío Baeza es tramposo como el recuerdo de unos tiempos en los que se ve a sí misma hermosa, joven, deseable. Cuando el producto nacional era el que imperaba y la vida era distinta, más agradable, fácil y ordenada; más sencilla de entender. Hasta los clientes eran otra cosa. Buscaban lo que siempre han buscado los hombres, pero lo hacían de otra manera. Ahora miras dentro de esos ojos de pupilas dilatadas, dentro de esas bocas profundas como el infierno,

y apartas la vista por miedo. Miedo a saber. Miedo a que el miedo no tenga fondo. Miedo al dolor, a la humillación, a morirse con la cabeza hueca como una muñeca de plástico de las que en Navidad acudían hasta el portal.

Quien escoge a Rocío Baeza es porque es pobre como una rata y porque nadie —a menos que seas la vieja Josefa o alguna drogadicta de piel fina como papel de fumar— se lo hará tan barato. Porque son cincuentones que se asustan frente a esas torres negras o no quieren llevarse ningún susto con rabos troquelados entre las piernas. En el mejor de los casos, algunos clientes la eligen porque tiene unas tetas grandes, desmesuradas.

Y probablemente Rocío Baeza es todavía más idiota de lo que parece porque engaña a Antonio haciendo de puta. Él no lo sabe. Si lo supiera, la mataría. Aunque, en ocasiones, ella cree que se limita a mirar para el otro lado cuando no pregunta con qué dinero su mujer paga esto o aquello. Se prostituye porque no llega a fin de mes. Es triste, de tarados, se dice Rocío, si no de qué. Y no llegan a fin de mes porque el sueldo de Antonio no tapa nada. Porque tienen cuatro hijos. Y es idiota porque tiene treinta y siete años y vuelve a estar preñada de tres meses. A él le gustan mucho los niños y ella se descontrola siempre con los anticonceptivos.

Quizá pudo evitar caer tan bajo. Ahora ofrece mamadas a seis euros con un crío en la barriga, los hijos en casa y el marido en ruta con un camión empeñado de créditos y deudas Cofidis. Su compañera junto a la fogata recibe una llamada por el móvil. Tiene un crío enfermo y la abuela le pasa el parte cada hora. Rocío aprovecha para alejarse un tanto, acercarse a la carretera y probar suerte. Lleva sólo veinte euros en el bolso y son casi las cuatro de la madrugada. No tiene otras chicas alrededor, con lo que nadie verá las probables negativas de los coches que se paren junto a ella. Rocío Baeza aún tiene enredados en la cabeza los problemas de la familia real con la princesa esa tan borde, y el ladrón ese que engatusó a la pobre Isabel con lo de la alcaldía de Marbella. Llega un coche y ella sonríe. Se sube el cuello de la cazadora tejana que

ha distraído a su hija mayor y cruza las piernas al andar enseñando la carne marcada por el frío y algún moratón de los dedos de Antonio. El vehículo se acerca, reduce la velocidad al atravesar la línea del arcén, pero los dos chavales que están dentro, al verla de cerca, se ríen en su cara y aceleran.

La puta mira a un lado y a otro con aprensión por si alguien ha contemplado la escena. Puede distinguir al fondo a Berta y a Irina. Las lágrimas de impotencia y de pena se le agolpan y las deja salir. Protegida por la oscuridad, gira la cabeza ante la nueva remesa de coches que se acercan. Los faros la atraviesan por detrás y a través de sus piernas se forman columnas de luz que iluminan la grava de la calzada. Cuando los coches se alejan, se cierra a su alrededor la oscuridad más negra y húmeda que pudiera imaginar. Rocío Baeza reza a su virgen buena. A la misma que rezaba su madre. Y la madre de ésta. La que en la capilla de su pueblecito, aquel blanco y hermoso que visitaba cada verano en casa del tío Nato, estaba tras una reja y un montón de velas encendidas. La que obró el milagro en aquel mal tan feo de la Inés, la que protegió a la chica que esperó al soldado que al regresar no quería cumplir con la promesa dada. Reza a la misma virgen. Y las palabras le salen como dichas por primera vez, aunque se despista, mezcla las oraciones y tiene que volver a empezar. Unos faros potentes la enfocan ahora por la espalda. Rocío oye que el auto frena a unos metros tras ella y baja la intensidad de las luces. Se oye música a mucho volumen. Alguien ha abierto una puerta y ha puesto pie en tierra. Cree reconocer la canción. La misma que el tío Nato tarareaba cuando Bambino cantaba en la radio. Rocío tiene un buen presentimiento y se gira con ganas. Un tipo con los brazos en jarras la espera al lado de una furgoneta. El otro está en el interior, tras el volante.

—Hola, cariño, ¿qué tal si te vienes con nosotros a dar una vuelta?

Parece alto y fuerte, posiblemente moro. El de dentro parece español. Más enclenque, con la cara girada hacia un lado, da compulsivas caladas a un cigarrillo. A Rocío no le gustan ni los tríos

ni los moros. Pero tampoco le gusta volverse con veinte euros en el bolsillo, que ni coger un taxi va a poder para regresar a tiempo y preparar los desayunos y las batas y bajar a comprar.

—Con dos a la vez no lo hago. Si se baja uno, vale.

—Que no te vamos a hacer mal.

—Eso dicen todos.

—Okey. No discuto con mujeres. Primero uno y luego otro.

—Cincuenta euros. Cada uno.

—Nada de eso. Ochenta por los dos.

Tanveer lleva una camisa abierta. Parece guapo. Rocío duda que llegue a la treintena. Sus ojos son brasas. ¿Para qué quieren putas siendo todavía críos? ¿No pueden conseguir mujeres por su cuenta, mujeres normales?

—Enséñame la pasta, que una ya ha visto muchas cosas.

—Mira, desconfiada. —Tanveer saca un par de billetes de cincuenta del bolsillo del pantalón y se los muestra—. Te los vas a tener que ganar.

—Primero uno se baja de la furgoneta, y cuando acabemos sube el segundo.

—Que sí, que ya te he oído. No seas pesada.

—Aparta el coche un poco más hacia allá.

Rocío señala unos setos que hay a diez o quince metros de donde hablan. El vehículo sigue las instrucciones y hace crujir la gravilla bajo los neumáticos. Los cristales son ahumados, las llantas brillan como cuchillas. Parecen chicos limpios. Una puede confiar en eso, se dice la mujer. El moro indica al conductor que baje de la furgoneta una vez haya aparcado. Que primero irá él. Epi trata de que no le vea la cara la puta e intenta que parezca timidez. La llave de contacto mata el ruido del vehículo. Tanveer hace una reverencia a Rocío y, antes de abrir la puerta trasera de la furgoneta, le avisa:

—Vas a alucinar. Estarás como una reina. La reina de las avisas.

Y acierta. El interior de la furgoneta parece casi una tienda árabe de ésas que salen en las películas de aventuras. El suelo, las

paredes y el techo están enmoquetados. Parece piel de tigre, imitación, supone. Hay también una mesita al fondo con botellas de whisky y vasos largos de cristal. La luz de dentro es tenue y va cambiando de color. Roja, amarilla, azul. Como en una de aquellas boites en las que se había dado tantas veces el lote con sus novios cuando aún era casi una cría. Le parece estar en un sueño, en uno de esos regalos que hacen en la televisión para convertir a cualquiera en alguien especial por unas horas. El moro no la ayuda a subir. Ella se agarra a la puerta y pugna a duras penas por lo ajustada que lleva la falda. Ya dentro, se gira y ve como Tanveer, de un salto, se mete dentro de la furgoneta, cierra la puerta y se acerca hasta ella. Rocío no está segura de que sea moro. Quizá sea gitano. Para ella tampoco se trata de un buen indicio.

—¿Quieres beber algo? ¿Te apetece pegarte un tirillo?

—No, nada de drogas. Pero no me iría mal un whisky con algo, por favor.

—Póntelo tú. ¿Qué te piensas que soy yo? ¿Tu camarero?

Rocío Baeza no entiende este cambio de humor. Mira alrededor. La puerta está cerrada, pero no sería difícil abrirla y echar a correr, pedir ayuda a alguna de las compañeras. Pero, por otro lado, se dice que ¿a qué tanto morro fino? No será la primera vez que la tratan como basura. Primero buenas palabras y cuando estás metida en faena eres el puto agujero del mundo.

No, no va a escapar. Se va a sacar una buena pasta. Será un rato y ya está. No puede volver a casa con las manos vacías, sólo con frío y tristeza. Además, las compañeras también sabrán que se ha hecho su bisnes esta madrugada. Que Rocío Baeza no está acabada. Así que, mientras el hombre está encorvado sobre uno de los cuatro grandes altavoces que hay en las esquinas del interior del vehículo, pegándose unas rayas de coca, ella se acerca a la mesita también tapizada donde está la botella de licor. Una bolsa de hielo de las que venden en las gasolineras queda a sus pies. Está abierta y no le cuesta coger un par de cubitos y meterlos en uno de los vasos largos. Sin que la vean, limpia el borde del vaso con la manga

de la cazadora que deberá dejar en el armario de su hija antes de que se vaya al instituto, y se sirve el whisky. Se palpa en el bolsillo el paquete de tabaco donde guarda los preservativos. A los moros les gusta hacerlo a pelo. Pero eso con ella no puede ser. Por el crío que lleva dentro. Por Antonio.

Rocío se lleva a los labios el vaso y deja caer en su boca el líquido anaranjado. Un escalofrío le recorre todo el cuerpo. Con el whisky nunca sabe. A veces le sienta bien y a veces fatal. Decide sentarse en uno de los extremos y sacar el preservativo para que esté a la vista y no haga falta explicar nada. Como al final de un espasmo, Tanveer se endereza, girándose de repente. Sus movimientos son rápidos pero algo torpes. Está muy puesto. Rocío se da cuenta y se asusta un poco. Que acabe pronto y amanezca ya. Los ojos enrojecidos se fijan en ella. De pie, el moro se desabrocha la bragueta y le pone la palma de la mano sobre la cabeza para ponerla de rodillas. Parece una prensa que la quisiera aplastar. Rocío se resiste. Teme que se le caiga el vaso porque tal y como está de impoluta aquella furgoneta, no cree que le hiciera ninguna gracia al cabrón ese. Y la maldita falda tampoco le deja arrodillarse si no la recoge un poco. Sin saber muy bien cómo, consigue dejar el vaso sobre el altavoz que queda más cerca de ella y cae de rodillas. La mano que le aprisiona la cabeza no deja de apretar. La falda se ha rasgado en algún sitio.

—Venga, hijaputa, métetela en la boca, ¡vamos!

Ella obedece. Ahora la mano le aprieta en la nuca. Le vienen arcadas en cada embestida. Mientras se la está chupando empieza a rezar. A pensar en sus hijos. En su marido. En la promesa de no ser nunca tan idiota y no volver nunca más a esto. Y también piensa que luego hasta los malos ratos se olvidan. Te tomas un café con leche calentito en el torrefacto del mercado. Y al salir de la cafetería sólo queda la pasta conseguida. Unos euros para comprar lo que no tienen sus hijos, para girarse un cartón en el bingo, para seguir pagando el alquiler. El moro por fin ha eyaculado. Grita de placer,

levanta los brazos y golpea con furia el techo, como si fuera un gran simio.

—¡¡¡Venga ya, vámonos, vámonos!!! ¡¡¡Bambino!!!

Rocío Baeza se limpia la boca con un pañuelo de papel. Se ha tragado lo menos posible del jarabe de aquel tipo.

Sigue de rodillas cuando le parece que el coche se ha puesto en marcha. La música atrona por los cuatro altavoces de la furgoneta. *Yo tenía el orgullo de cien potros desbocados y entre risas se lo di a una mujer, lloriqueando, de muñeco por la vida.* De repente, siente que un puñetazo la derriba. El vehículo coge velocidad. Nadie escucha sus gritos cuando Tanveer la golpea en la cara, la tira al suelo, le rasga lo que le quedaba de la falda, le rompe la blusa y le saca las tetas del sujetador.

Rocío sabe que se está jugando la vida. Por eso muerde, grita y pega. Lloro, reza y suplica. Le habla del niño que lleva dentro, de los amigos gitanos que le abrirán en canal, de un montón de cosas hasta que siente la sangre en la boca y la impotencia y el cansancio la hacen desistir. Durante algo más de dos horas Tanveer la va penetrando y dándole aquí y allá. Hasta intenta hacérselo por atrás pero las hemorroides de la mujer se lo impiden, por lo que el moro se enfurece aún más. No parece tener fin ni su erección ni su furia. Nada que le consuele, que le satisfaga.

Cuando nadie te quiera, cuando todos te olviden, y el destino implacable, yo quiero ver tu final.

La furgoneta se para en los semáforos. Rocío grita, y aquel monstruo está tan seguro de sí mismo que ni tan siquiera se lo impide. Ambos saben que nadie podrá distinguir sus gritos de la música que suena desbocada y les aplasta contra el suelo. De vez en cuando la insulta. Le dice que es vieja y fea, que tiene venas azules alrededor de los pezones. Que él tiene una novia preciosa con las cejas tatuadas a la que colma todos los días. Que el hijo que lleva la puta en la barriga nacerá muerto después de esa noche. Que cuidado con largarse de la boca...

En cierto momento, la furgoneta se detiene. Tanveer le dice que puede irse. Le coge con las manos la cara ensangrentada, molida a golpes, y le da un suave beso en los labios. Entonces coge el bolso, roba dinero y móvil. Rocío le ruega que le deje algo para coger un taxi y volver a casa. El hombre le agarra del brazo, le arrastra por la moqueta del suelo de la furgoneta, donde se abrasa la espalda y, una vez abierta la puerta trasera, la empuja fuera.

Yo estaré en el camino donde tú me dejaste, con los brazos abiertos y un amor inmortal.

Rocío Baeza se incorpora con dificultad. No tiene ni idea de dónde se encuentra. Durante un buen rato camina con torpeza mientras mira en torno suyo sin reconocer nada de los edificios que circundan el descampado donde la han dejado. Sólo el neón sobre uno de los hoteles la orienta un poco. Comprende que está a horas de su casa, que está amaneciendo, que la cazadora de su hija está hecha jirones y manchada de sangre. Mira la furgoneta que se aleja con el temor de que vuelvan y la arrollen. Pero no lo hacen. Se ha detenido algo más allá. Arranca cuando el semáforo se pone en verde. Necesita un café. Necesita una pistola para matar. Necesita que Antonio vuelva lo antes posible para dormirse en sus brazos y decirle que se ha caído escaleras abajo, pero que el niño está bien, aún lo siente dentro de ella: vivo y grande como el odio.

Epi mira por la ventana a través de la luz sucia que deslumbra en los cristales, como en un sucedáneo de no pensar. En un espasmo de clarividencia, sin embargo, decide darse cinco minutos y volver a pensar en volver a pensar qué hacer. Ya tranquilo con aquella gran determinación tomada, recuerda aquellas ocasiones en las que, en noches calurosas de verano, miraba por ventanas muy parecidas a éstas. A las terrazas de los otros vecinos, a la calle, a alguno de esos ruidosos transeúntes que traían la bulla desde algún bar o verbena. La canícula era tan sofocante que, en ocasiones, sólo conseguía conciliar el sueño si se estiraba directamente en el suelo, sobre las baldosas. Sus vecinos eran familias numerosísimas, primos y hermanos a decenas, todos juntos noche y día. Los hombres jugaban a las cartas, canturreaban o montaban algún trasiego. Las mujeres subían capazos de ropa húmeda para tender en los alambres que cruzaban de extremo a extremo el terrado. Delgadas, con el pelo recogido atrás, la piel morena, sus piernas desnudas bajo faldas estampadas de flores. Suelas de goma atrapadas apenas por la juntura de plástico ente los dedos pulgar e índice. El chasquido de las playeras reventaba aquel universo de mirón de Epi. Parecía que les gustaba calzarlas tanto como a sus propias hijas que, a la menor oportunidad, las lanzaban al cielo en un latigazo de éxtasis.

Aún hoy, que su familia ya no existe, puede Epi reconocer dentro de él el odio que sentía hacia los suyos. Tan catalanes, tan civilizados, tan urbanos. Aquella equilibrada entidad familiar de cuatro miembros. Ahora sólo quedan ellos dos, Epi y Álex, pero un hermano no es nada, poco más que un conocido al que un buen día ya no quieres saludar. Su madre, la profesional del disimulo. Único

habitante de un mundo ciclótico que parecía nacer cada día con nuevas reglas de seguimiento: del cariño y protección más abrumadores al puñado de sal en medio de la herida infectada. Su padre, angelote torpón ajeno a todos los atributos viriles que uno espera encontrar en un padre. Sabía muchas cosas, sí, pero ninguna de las que un crío podía enorgullecerse en el barrio. ¿De qué servían sus historias de griegos y romanos, todos aquellos libros esparcidos por estanterías y vitrinas y el respeto reverencial que le tenían las vecinas de la escalera? ¿De qué servía si no sabía arreglar nada en casa, si no sabía ni dar una patada al balón, si la única vez que le invitaron los vecinos de enfrente a jugar al tute no se quitó la camisa en toda la tarde, le chulearon toda la pasta y fue el hazmerreír de la partida el resto del verano? Cuando el viejo desapareció —una fuga perfecta, traicionera e incluso admirable—, al contrario que para Álex, a Epi le resultó un alivio. No tendría que evitarle, excusar y defender por el vecindario.

—Mamá, me gustaría tener familia.

—Ya la tienes.

—No, más familia.

Su madre le pasaba la mano por el pelo, le besaba en la cabeza, aspirando su olor a niño. Ella parecía entenderle. Se quedaba mirando con él aquella terraza llena de gente, de luces, gritos y canciones que surgían del pequeño tocadiscos Cosmos de su vecinita Sonia.

—Algún día la tendrás. Tendrás hijos y más hijos. Y tu mujer tendrá hermanos y hermanas. Seréis muchos y me invitaréis a vuestra terraza y yo iré, claro que iré.

«¿Cómo se pudo estropear todo?», se pregunta ahora mientras se retira de la ventana y mira en derredor para no olvidar nada, no dejar pistas y poder salir —quizás— en dirección al bar de Salva para que el asesino vuelva al lugar del crimen, que todo el mundo sepa la verdad y que sea lo que Dios quiera. Nada cambiará de ahora en adelante: no hay suficiente fe para ello.

Está a punto de salir cuando suena el timbre. Como le queda más cerca la ventana, mira por ella pero no acierta a ver a nadie. Así que descuelga el interfono. Quizá sea Tiffany. No dice nada y escucha. Oprime el botón y abre la puerta. Ahora sí que está seguro de que, en breve, la chica desandarà el camino de vuelta: su hijo está subiendo las escaleras.

El susto va quedando atrás. Álex ya se siente mejor. Tanto que empieza a pensar que lo del leproso no es sino una pesadilla que algún día tuvo y ahora ha regresado, regurgitada en su cerebro. Como alguno de aquellos retrocesos con los que castigan los micropuntos. Malditas drogas. Si aún tuviera intacto el cerebro. Él, que había sido el orgullo del barrio delante de un tablero de ajedrez, ni sabría ahora los movimientos de la mayoría de las piezas. Peones y reyes. A su alrededor sólo ve de éstos. Y reinas, claro está. Reinas como Tiffany.

Está en el bar de Salva. Se ha tomado la medicación horas antes de cuando le volvía a tocar. Período de lucidez. A veces, minutos. En otras ocasiones, horas. El hecho de haber ido a la comisaría le ha quitado la suficiente presión para empezar a pensar que puede reorganizar todo aquel lío. Sabe, eso sí, que no tiene mucho tiempo. Que hay asuntos que desconoce por completo. Como lo de la furgoneta.

Sí, maldita droga, pero lo que daría por estar puesto. Cuánto añora un buen chute. Sólo uno y arreglaba todo esto en un instante. Mata el recuerdo de la droga más que a ésta en sí. El regusto agri dulce de su nostalgia. La sombra del pasado glorioso de antes y durante. E incluso te llega aquella sensación de luchar —levantarlo a pulso nada más despertar— contra aquello que al tiempo necesitas y odias. Cada día el mismo esfuerzo, la misma derrota. Y luego saberse a un lado, mirando cómo la noria gira sin uno.

¿Y antes? ¿Hay recuerdos antes del primer chute? Pocos. Uno de ellos es de adolescente. Bajarse con un libro de tapa blanda —en el bolsillo, las hojas leídas dobladas hacia atrás, como se hace con un brazo en una pelea— a tomar el sol a la calle. Buscar uno de los

montículos de escombros que los operarios municipales dejaban, no se sabe muy bien si por olvido o mala leche, en algunos rincones del barrio, sentarse y leer. Si Álex creyera en las coincidencias y en que existe un mapa de energías que sólo nos sorprende porque no sabemos leerlo, ahora obtendría un respaldo a esas creencias. En el bar de Salva están los de siempre, eso sí, más parlanchines y excitados que nunca, habida cuenta de las novedades acaecidas aquella madrugada. De hecho la parte del local donde yació Tanveer está vacía. La policía ha examinado lo que ha querido y no ha dicho nada al respecto, pero nadie quiere sentarse allí. Están el *senyor metge*, Abel, el Profesor Malick en su periplo por los bares de todo el barrio, y al fondo, veintitantos años más tarde de la imagen que tenía Álex en la mente hacía unos instantes, sentado a una mesa, Helio, un adolescente de su edad que un día, en un mal encuentro, le rompió en mil pedazos un libro sólo porque él lo estaba leyendo. A partir de ese día, Álex ya no buscó el sol en la calle para leer. De hecho, apenas probó eso de leer. Tantos años después —Álex lo sabe de oídas— Helio se dedica al negocio de la construcción. Recluta albañiles, encofradores y vigilantes de obra entre lo más duro del sector. Más que buenos trabajadores, Helio alista chusma violenta o desesperada. Los tiene un par de mesas más allá. Él los llama, generalmente, por el apodo o por un insulto que a Helio y sólo a Helio le hace gracia. Los ecuatorianos, los marroquíes, alguno recién salido de la Modelo, se levantan y aguantan el chorro, la humillación, porque saben, o han oído a otros que saben, que a mayor humillación y aguante, mayor premio.

—Tú, mono hijo de puta, mierda de indio... ¡mira que sois feos todos vosotros!...

Salva observa la escena y no se da cuenta de que Álex está tras la barra, apenas a un metro de él. Mari le pregunta qué quiere.

—Ponme un café. Así compenso los calmantes que llevo dentro.

Salva se sorprende al verle. Está secando un vaso que en realidad está seco desde que empezó la escena de Helio

repartiendo la semanada. Evidentemente no le gusta lo que está pasando hoy en su bar.

—¿Qué haces tú aquí?

—Tomar un café. ¿Desde cuándo te has convertido en la oficina de Helio?

—No me hables. Esta madrugada debo de haber pisado mierda. Antes lo de antes y ahora esto.

—Pero este circo lo hacía donde Jacinto.

—Lo han cerrado. No sabemos por qué. Pero, por el amor de Dios, espero que lo abran pronto. Mira —dice ahora dirigiéndose a Mari— que ha estado dando por saco la poli toda la mañana y ahora... No vendría mal que se dieran un paseo por aquí.

—*Com el Colombo* —tercia el *senyor metge*—, *que sempre tornava*.

—Hostia, Salva, el Colombo, ¿te acuerdas?

—El puto coño de la madre del Colombo.

—Salva, menos palabrotas y maldiciones y te vas a la mesa y le dices que no lo quieres aquí. —Mientras habla, Mari está señalando el cartel que recuerda el derecho de admisión.

—Tú te quieres quedar viuda para traspasar el bar.

—No es mala idea, no.

Los gritos continúan en el rincón. Cada cierto tiempo sale del local uno de los trabajadores de Helio contando el dinero o con él en el bolsillo, con la cabeza gacha y los ojos ardiendo de odio.

—Salva... ¿hablamos?

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Vente *pal* lavabo.

El Profesor Malick se sienta en el taburete que ha dejado libre Álex junto a la barra. Mientras, éste y Salva entran en la despensa que queda frente al aseo, el mismo cubículo de donde hace apenas unas horas que ya semejan siglos, su hermano permaneció a oscuras. El dueño del bar se cerciora de que no hay nadie en el lavabo. Abre la puerta y en un movimiento de pura rutina tira de la

cadena. La estancia está llena de neveras y torres plastificadas de envases que les rodean como estatuas de un templo pagano. Salva se queda en el quicio de la puerta. Apostado en un ángulo desde el que puede atisbar si la poli, sea o no Colombo, aparece por la puerta.

—Antes que nada quiero decirte que me he portado como un gilipollas al proteger al pirado de tu hermano.

—Has hecho bien... —acierta a decir Álex.

—No estoy tan seguro. Mira, conocí a tu padre y a tu madre y... ¡Joder, éramos todos amigos! Todas las puertas del barrio estaban abiertas, los niños merendaban en cualquier casa... —Álex se conoce aquella cantinela, pero no es momento de ponerse impertinente—, y de repente, nadie respeta nada. Ese Tanveer no era más que otro hijo de puta viviendo de mis impuestos y de pasar droga, llenándose los bolsillos con subvenciones aquí, porque en su país no tenían cojones de salir a la calle y protestar contra los jeques. Muerto está y bien que lo está.

De cerca, Salva parece medio metro más bajo que tras la barra. Quizá se deba a que esté encorvado, como si protegiera sus pulmones de todo el humo que transita por el local.

—Se lo llevaron seco, aunque si te digo la verdad he oído de todo. ¿Qué coño estaría pensando tu hermano?

—No lo sé. No sé ni dónde está.

—Pues la poli le está buscando. Si se centra y habla con ellos, puede que no pase nada. De hecho no hay testigos. Ahora, si la caga, a mí me dan por saco por encubrirle —advierde Salva mientras baja aún más la cabeza para hablar flojo.

—Podías haber dicho que no habías visto nada.

—Es lo que he hecho. —Un brillo de astucia ilumina los ojos de Salva antes de hacer asomar el cuerpo porque se oye una bronca de Helio con uno de sus subalternos—. Ya te lo expliqué: estaba en la cocina, oí follón, salí en cuanto pude y vi al moro en el suelo y al paquistaní largándose. ¿Tú qué has contado?

—Es mi hermano. Yo lo vi todo.

—Pero habrás dicho que yo no he visto nada.

—Más o menos.

—¿Cómo que más o menos? ¡Me vas a joder la vida! ¡Ya sabía yo que...! —De repente Salva empieza a manotear, crispado.

—Que no, que no. Estate tranquilo. He dicho que durante la pelea estaba tan asustado que no vi a nadie. Que de haber estado tú también habrías intervenido. Y no lo hiciste. Que te vi luego.

—¿Seguro?

—He dicho que durante la pelea estaba tan asustado que no vi a nadie.

Va repitiendo las mismas cosas que acaba de decir. Salva quiere creerle. Trata de descubrir en los ojos de Álex si es sincero o no. Éste le rehúye la mirada, no por ocultarle la verdad, sino porque nunca puede aguantársela a nadie. El viejo se apiada de él. Lo tiene ahí delante, con unos hombros que pudieran abarcarse casi con una mano, y esas incipientes arrugas como estrías de arcilla alrededor de los ojos, en una de esas caras aniñadas que el tiempo convierte en bulldogs al envejecer. Por un momento, Salva retrocede en el tiempo y recuerda a Álex cuando era un niño e iba en el asiento de atrás de su coche mientras acompañaba a su madre para llevarle a casa de la abuela y así tener un par de horas para estar solos en una pensión. Él y la madre de Álex y Epi. Quién se acuerda de aquella pasión que supieron guardar en secreto la década larga que duró. La fuente de la que mana esta lealtad que nunca se conocerá de dónde brota.

El *senyor metge* se acerca al lavabo. Al verlos trata de decir algo, alguna broma, algo que no sea ni procaz ni muy idiota. En su lengua abotargada de alcohol y rutina no encuentra nada especial y opta por pedir perdón y entrar en el baño. Álex y Salva callan y esperan hasta que oyen el estallido del inodoro. Cuando el supuesto ex médico está de regreso en la barra, Salva vuelve a pedir la más absoluta certeza en lo que ha dicho. Álex lo jura por lo más sagrado.

—Tanveer no era buena compañía. Se decían tantas cosas de él, de él y, últimamente, también de tu hermano. Y los *mossos*, por

lo que preguntaban, también estaban al tanto de esos asuntos.

—¿A qué te refieres?

—Pues yo qué sé, barbaridades.

—Concreta un poco más, Salva. Tengo que saber por dónde piso.

—Tampoco atiendo mucho. Cosas de drogas y vicio. No sé, ya sabes que no me gustan esas historias y menos de alguien que he visto desde niño.

—Pero Epi no trafica. De eso estoy seguro. Yo lo sabría.

—Yo qué sé. Pregúntaselo cuando lo veas. Me voy, que si no la Mari me mata. Y ya no quiero volver a hablar contigo por lo menos en un año.

—¿No sería eso sospechoso?

—Bueno... —El viejo duda—. Entonces no vengas hasta mañana o pasado.

Cuando Salva se va, Álex entra en el lavabo para orinar. Antes de salir se mira en el espejo. Está sudado, inquieto, cansado. Y tiene algo más que un presentimiento. Como si todo esto no hubiera hecho más que empezar y el asesinato de Tanveer fuera sólo la excusa de Dios para lanzar los dados contra la pared y emplazarse a apostar contra sí mismo. Se moja la cara. Eso le irá bien. Puede visualizar a Epi en ese lavabo. Su terquedad en desgraciarse la vida.

—Me he bebido tu café —le dice al regresar a la barra el Profesor Malick.

Helio llega ahora a su lado y le pregunta a Mari cuánto le debe. No le reconoce —¿cómo hacerlo?, él no significó nada para el matón—, pero por si acaso —¿es que le sigue teniendo miedo?— Álex opta por no mirarle. Hiede a coñac, sudor y crueldad. Y probablemente él, de reparar, olería el miedo de Álex. Paga Helio con creces sus consumiciones y deja caer los billetes con desprecio sobre la superficie de cristal, bajo la que languidecen ensaladillas rusas, pulpos y huevos como cadáveres en su nicho. Después el tipo se larga, pero antes de que salga por la puerta Mari le espeta

un «¿Cuándo vuelven a abrir el Jacinto, Helio?» que queda sin respuesta.

Pide Álex otro café a Mari, quien con un seco movimiento de muñeca coloca el poso bajo la máquina y oprime la tecla adecuada, que salta y se ilumina con el chasquido de la eficacia. Debe de ser difícil para ella —piensa Álex— andar sobre estas aguas, sobrevivir entre tanto fanfarrón, tanta violencia, tantos niños miedosos escondidos en cuerpos de hombres. ¿Por qué se quedó también aquí? ¿Por qué no pudo escapar cuando los listos se fueron del barrio?

—En el Libro de Dios —empieza a explicar el Profesor Malick— existían las Ciudades de Acogimiento. ¿Sabes tú qué son esas Ciudades de Acogimiento?

Álex niega con la cabeza a esos ojos amarillos incrustados en la superficie negra y rosada de su interlocutor.

—Tú podías matar a alguien. Queriendo o por error. Por ejemplo, estabas con la azada y se te escapaba la cuchilla y matabas a alguien. Cualquiera cosa. La familia del muerto podía hacer justicia contigo. Ésa era la Ley de los Hombres. Por eso si salías corriendo de tu ciudad y te ponías a salvo tras las murallas de una Ciudad de Acogimiento estabas protegido. Allí tenías derecho a un juicio justo, nadie podía tomarse la justicia por su mano porque imperaba la Ley de Dios.

—¿Por qué me explicas esto? —contesta Álex mientras trata de encontrar el móvil con el que seguir intentándolo con su hermano. Mete la mano, se topa con las notas escritas de su hermano y decide que no es buena idea sacarlas a la vista del Maestro Keta.

—Porque me vas a pagar el café. ¿Qué buscas?

—Mi móvil.

—Lo has perdido.

—No jodas.

No, no lo tiene. ¿Qué puede haber pasado? Álex no atina a saber dónde se lo debe de haber dejado. Es probable que se le haya caído en la carrera desde la comisaría, pero no tiene bemoles

para desandar el camino. Tal vez el propio Malick se lo ha birlado para asegurarse el truco.

—No busques que no lo tienes.

—Pues venga, señor mago, ¿dónde está? Salva, cóbrame, que necesito cambio.

Enseguida Mari le deja, en la mano extendida, tres monedas mojadas de agua y detergente. Con ellas, Álex se dirige hasta el teléfono público que se halla en un extremo de la barra. Supone que tendrá suficiente con esas monedas. La llamada a su hermano es tan estéril como las decenas de llamadas que ha hecho a lo largo del día de hoy. No desespera. Le gustaría recuperar el sentimiento de controlar la situación que tuvo en un ya lejano punto de hace unos minutos. Si no fuera por la pérdida del teléfono, todo estaría bien encarrilado. La conversación con Salva le ha indicado que sólo con poder contactar con su hermano, aleccionarle o convencerle de lo que debe hacer, decir y callar, esto no tiene por qué acabar mal. Y sí, es cierto, se dice también que hay un montón de cosas que pululan aquí y allá, detrás de todas esas preguntas de los agentes que él no esperaba que hicieran, pero Álex decide, de momento, no pensar en ellas. Su responsabilidad para con su hermano pequeño se ceñirá al asesinato de Tanveer. Si el muy idiota se ha metido en otras historias, ése es un problema que él no va a intentar solucionar.

Llama ahora a su propio teléfono. Al principio, le cuesta acordarse del número. No puede esperar más y saca del bolsillo las notas de Epi y las despliega sobre la barra. Se empapan de la cerveza derramada en una última consumición. Álex no lo evita. Sabe que es mejor que desaparezcan. Ni entiende cómo es que aún las conserva. Las vuelve a leer. Algunas parecen escritas con sangre. Psicópata de todo a cien. Un montón de faltas de ortografía hacen que el desespero y la obsesiva voluntad de saber de su hermano le parezca menos de verdad, como si creasen una distancia insalvable entre quien escribe y quien lee, que evitara cualquier tipo de empatía o compasión.

La buena noticia es que el móvil está encendido. La mala es que nadie parece querer cogerlo. Igual aún no lo han encontrado. Estará sonando en la acera o en el bolsillo del afortunado ladrón. Por un momento, la mente le juega una mala pasada y se burla de él. Quizás el hombre de la lepra le haya robado el teléfono y esté haciendo llamadas apresuradas a san Martín de Porres antes de que se le caiga la oreja o la boca. Ni él mismo se hace gracia.

Antes de que salte el contestador, cuelga y vuelve a marcar. Con la mano rasga en un montón de pedazos las notas ya mojadas. Las deja en el cenicero. Más timbrazos. Mira a Mari sirviendo con desparpajo a un cincuentón de talle alto, cinturón prieto, camisa de imitación y raya al lado. Álex no le reconoce del barrio. No es español. O quizá sí, ¿quién sabe ya?

—Dígame...

—Hola, ¿quién es usted?

—Es usted quien ha llamado. Identifíquese.

—Oiga...

—Está llamando a la comisaría de distrito.

—Ah, hola. —A velocidad de vértigo, Álex parece entender y asustarse a la vez—. Esta mañana he estado por allí y me he dejado el móvil y...

—¿Un Sharp negro?

—Sí, claro, al que estoy llamando.

—Se ha quedado en el control. Puede pasarlo a buscar cuando quiera.

Al colgar, Álex recuerda con claridad cómo dejó el teléfono sobre la cesta y, al parecer, no lo recogió tras pasar bajo el arco de seguridad. Le puede, con todo, el terror de volver allí. Es un miedo ilógico, lo sabe, pero no por ello menos real. Sin embargo, ha de ir lo antes posible si quiere evitar problemas. El tipo que hablaba con Mari se larga con el carajillo a una de las mesas que queda cerca de aquella en la que cuatro viejos están rompiendo contra el mármol fichas de dominó.

—¿Sabes quién es ése? —le pregunta Mari.

—No.

—El padre de Tiffany. Casi, casi pudo ser familia tuya —bromea Mari con una sonrisa bajo el bigote.

—Pensé que estaba en el trullo —responde Álex mientras vuelve a mirarlo con la curiosidad de ver en él un atisbo de la maldad que propagó su hija.

—¿En la cárcel? Eso son invenciones de la niña. Viene a menudo a darse una vuelta. Parece una película del oeste todo esto hoy, ¿verdad?

—¿Y lo de la medida de alejamiento?

—De acercamiento la tiene, chaval. Vete creyendo todo lo que decimos las mujeres y vas apañado —exclama Mari mientras hunde sus manos en el agua caliente del fregadero. Un poco de agua le salpica la nariz, que se limpia con el hombro mientras sigue hablando—. Como decía mi santa madre. Las mujeres son muy malas: a ningún hombre se le hubiera ocurrido nunca fingir los orgasmos.

—Ya.

—Si te quedas un ratillo, le verás salir, cruzar la calle y marchar con doña Fortu allá donde la bruja de su hija no los vea.

Álex no puede entretenerse más. Pero a Mari le gusta tanto hablar que es casi imposible un hueco por el que escapar sin que se acabe molestando.

—Ese tío es un gañán, de acuerdo, pero es simpático. No sé, tiene algo. Dicen que lleva dentro sangre brasileña. Igual es eso. ¿Sabes que también habla alemán? Lo aprendió él solito. Se iba los domingos al Mercat de Sant Antoni a comprarse libros nazis de la Guerra Mundial y con un diccionario aprendió a leerlos.

—Tampoco te creas tú todo lo que dicen los hombres.

—Eso me lo creo. Es un listo. Al llegar al barrio tenía familia pero no trabajo. Se lo montó de instalador de aires acondicionados. ¿Ves ése de ahí? Lo puso él. Aún funciona. Pues el tío vio que había una congregación de testigos de Jehová en el barrio y, ¡zas!, cada sábado y domingo los tenías a él, a la mujer y a las niñas limpias y

peripuestas, más quicas que yo qué sé, cantando loas al Altísimo. En tres meses todos los fieles tenían un aire acondicionado comprado, servido e instalado por el señor. Luego, la familia, como era de prever, perdió la fe.

—Me voy, Mari. He de recuperar mi móvil.

En la calle Álex mira si tiene dinero suficiente para coger un taxi e ir lo antes posible a la comisaría. Parece que no hay suerte. Pero el bus, a estas horas, suele ir bien.

Conmocionada, Jamelia deambula por la calle. Aún le arde la cara por el tortazo que Tiffany le ha dado hace unos minutos. Trata de olvidarlo pero no puede. La ha abofeteado en medio de la acera, y ahora siente la agresividad hervir en su interior. Debe impedir que esta maldad aniquile la ilusión que portaba dentro hasta que se tropezó con su hermana por la calle. Ha de recuperar la calma, aunque sepa que ya no llegará puntual a la entrevista.

Es Tiffany la única culpable de aquello. Con todas esas ínfulas de reina a la que se le tiene que permitir todo. Y sí, quizás hubiera tenido que hacerle caso y no coger el bus. Así se hubieran encontrado antes. O haber cogido el móvil al salir de casa. Quizás hubiera debido acompañar al crío hasta el piso donde se supone que su madre le esperaba, pero llegaba tarde a la entrevista y bien podía subir solo, ¿no? ¿Acaso no le ha dejado su propia madre horas y horas solo en casa frente al televisor?... Se suponía que Tiffany estaría arriba esperándole. ¿A qué venían ahora esos escrúpulos con el niño cuando la criatura ya ha visto mucho más de lo que debería ver un niño? Le abrieron la puerta, ¿no? Pues el crío debe de estar con Tanveer o con Epi o con quien esté ahora su hermana. Ella no es la madre de Percy. Su madre es ella, Tiffany.

Las lágrimas, los mocos, el sudor de ir corriendo, sin tiempo para pensar, ella que había preparado con especial esmero la entrevista a la que llegaba tarde. Se había puesto perfume robado a su hermana y polvos de talco, se había duchado a primera hora de la mañana para ultimar los preparativos. Notaba impregnado el cuerpo de sudor, algo que nada ni nadie puede evitar ni paliar. Seguro que apestará en la entrevista. Temía que se rieran de ella, de la pobre tonta. Temía defraudar al señor limpio y encorbatado, guapo, rico y

con ganas de conocerla, que la estará esperando preguntándose por qué llega tarde. Ella no ha hecho nada mal. Sólo ha obedecido cuando no debería haberlo hecho. Pero Tiffany es mala. Con ella. Con mamá. Con Percy. Con Epi. Con todo el mundo. Y algún día Dios la castigará. Está convencida de ello. Nadie puede ser tan egoísta sin que, al final, exista para ella un castigo.

Para Jamelia la entrevista es mucho más que una buena oportunidad de trabajo. Supone poder demostrar que puede trabajar y hacer las cosas bien, ganar un dinerillo y comprarse vestidos, regalos, tomarse un helado, lo que se le antoje. Y palomitas en el centro comercial. Ir al cine a ver películas románticas. Además, es la ocasión de salir de casa y encontrar al hombre de su vida. Reconoce ella —mientras mira el reloj en su muñeca y se percata de que se retrasa casi diez minutos— que a veces imagina la vida como en los culebrones de la tele, aquellos de los que abomina Tiffany. Sentada junto a su madre, en el sofá, cosiendo o recién retirada la mesa, con el ventilador a los pies, empalman una serie con los programas de cotilleos, y éstos con otra serie. Cinco horas para no pensar en una misma. Une a madre e hija con las verdades inamovibles que dejaron al otro lado del océano y que las reafirma a ambas en su fe en la vida y en el amor: la bondad se abre paso a través de las tragedias y las trabas que la gente malvada pone al paso de una; el amor es incontenible y lo arrasa todo a su paso; da igual que no seas rica o muy guapa, extrovertida o española porque basta para triunfar con que seas buena, femenina, trabajadora y fiel. Cuando encuentres a la mitad que te falta para que tu vida esté llena, no te lo pienses dos veces y dáselo todo, inundándole de arriba abajo.

Aun así, ha estado a punto de dar media vuelta, renunciar a la entrevista y volver al piso a buscar a Percy. Le aturdió el vocerío de su hermana, aquel enfado sin freno posible en medio de la calle. Jamelia trató de explicarse pero Tiffany no escuchaba. Nunca lo hace, mucho menos con la hermana lela. Su madre se lo ha dicho a ella y a cuantos han querido escucharle. Fue culpa de la enfermera.

Fue culpa de papá y sus palizas. Fue culpa del doctor. Fue culpa de los disgustos. Por todos ellos —las excusas variaban dependiendo del humor y la frustración que hubiera en casa— ella parece algo más lenta que los demás, más retraída o callada, menos lanzada que cualquier otra chica, pero Jamelia sabe que las apariencias engañan. ¿Acaso no pasa eso en todos los seriales que ha visto desde niña? La buena es mala, la fea, guapa, el pobre, rico. Sólo ella sabe que a solas y con quien convenga será cariñosa como cuando se encierra en su habitación con la radio y se pone a bailar. Se ve bonita danzando frente al espejo, cuando imita a Shakira o a cualquiera de esas actrices tan jóvenes que agitan la cabellera rubia, menean las caderas y se dirigen a los chicos con el ultimátum de «ahora o nunca».

Jamelia se detiene frente a las oficinas del supermercado, donde hace quince minutos la esperan para la entrevista. Sabe que si pudiera pensar y decir con soltura y convicción una buena excusa aún podría llevarla a cabo. Bastaría con dar uno o dos pasos más y las puertas se abrirían solas. Entrar y preguntar a alguna de las cajeras dónde se celebran aquellas entrevistas de selección de personal. Pero no puede. Petrificada, se deja golpear por el eco de la burla de su hermana. También estaba ese olor a mujer sudada que perfumes y colonias no han podido contener en la carrera hasta aquí. Quizá si no se meneara mucho, si no levantara los brazos, si la habitación estuviera muy aireada. En el fondo no deja de hacer lo que todo el mundo espera de ella, que se rinda, que se quede a un lado de la puerta del mundo de la gente normal.

Pero entonces se imagina volviendo a casa y cerrando tras de sí la puerta. A su madre, recibéndola con una sonrisa de oreja a oreja mientras se seca las manos con un paño de cocina, irrumpiendo en el pasillo y preguntándole cómo ha ido. Ilusionada, la mujer la haría sentarse y le rogaría que se lo explicara todo, hasta el más mínimo detalle. Y ella empezaría mintiendo con generalidades, pero cuando tuviera que enhebrar detalles, seguro que la farsa se le notaría. A una madre no se la engaña así como así. Y entonces la decepción

sería mayor. Y llegarían antes o después nuevas burlas de Tiffany. Dios castigaría su mentira haciendo que no hubiera más ofertas, dejándola soltera. Era el destino el que la había llevado hasta allí. Como en los seriales nada es porque sí. Todo está escrito en las bondadosas manos del Señor. Por eso Jamelia cambia de opinión, trata de no hacer caso ni del temblor de todo su cuerpo ni del tartamudeo a la dependienta que tiene que concentrarse para entender qué está preguntando aquella chica. Por fortuna, también es sudamericana y quizá por eso tiene la suficiente paciencia con ella para, con un dedo que se le antoja larguísimo, uñas pintadas de color fucsia, señalar una de las puertas que hay en el pasillo.

Hacia allí se dirige. Hace tanto tiempo que no se siente como en esos precisos instantes. Todo lo ve tan bonito. Los suelos encerados parecen la espalda helada de un lago. Conoce la canción que suena por los altavoces, como casi todas las que ponen por la radio. Es Chayanne. ¡Qué guapo aquel tipo! Hasta la gente que detrás de su correspondiente carrito va de aquí para allá parece seguir una coreografía ya establecida. Cada cosa en su sitio. Colocada aquí y no allá. Etiquetada. Prensada. Empaquetada en rojos, verdes y amarillos. Le recuerda cuando era niña y los días de cobro iba a la cooperativa con papá. Detrás del mostrador de madera que se batía como un puente levadizo, aquel hombre tan seguro de sí mismo pedía lo que la familia necesitaba: arroz, lentejas, leche, azúcar. Luego se llevaban la compra en una caja de cartón y al llegar a casa la dejaban que sacara y volviera a colocar en la caja todos aquellos paquetes, que jugara a vendedora con billetes invisibles, garbanzos a modo de monedas.

Delante de la puerta de madera azul Jamelia llama con precaución. Nadie contesta. Finalmente, toma el pomo y entra. Por suerte, la cosa va con retraso. Ahora es una más de las que están sentadas en aquella sala de espera. Hay mujeres más jóvenes, pero también mayores que ella. Magrebíes, españolas, sudamericanas. Gordas y delgadas. Y una silla vacía para ella. Jamelia pregunta si se trata de la entrevista y cuando le responden afirmativamente,

pide la vez. Se sienta muy nerviosa pero también muy contenta. Por todo un poco. Porque no le ha pasado el turno. Por la decisión que ha tenido desde que ha desobedecido a su hermana. Por lo feliz que se pondrá su madre al saber que ha hecho la entrevista y le han dado el empleo. Y además, está segura de que dentro de poco también conocerá al hombre de su vida. Probablemente será el entrevistador o el responsable de la sección donde trabaje. Pero sobre todo está contenta por ser una más. Una mujer entre mujeres.

Jamelia no sabe que delante del supermercado su madre ya sabe todo eso y que apenas puede contener las lágrimas. Está embutida en un abrigo negro, claramente a destiempo, con el que debe de pasar mucho calor. En su afán de pasar desapercibida, llama la atención de quien se cruza con ella. Maquillada, perfumada y emocionada, doña Fortu no puede dejar de mirar aquellas puertas automáticas por donde ha entrado Jamelia. Parecía que la chica no iba a hacerlo nunca. Siente que ha sido un poco ella, desde la distancia que las separaba, quien le ha dado el empujoncito para entrar.

—Vamos, niña —le dice su ex marido, el padre de Jamelia y Tiffany—. No tengo mucho tiempo.

—¿La has visto? Ha entrado.

—Sí, ha entrado.

—Su primera entrevista y ha ido solita.

—Venga, vamos. Hoy entraremos a la vez, que el de turno de tarde no nos conoce.

En la pensión donde él vive no dejan llevar a la pareja. A veces, depende de las horas, hacen la vista gorda. Están allí unas horas para estar juntos. De tanto en tanto hacen el amor. La mayoría de las ocasiones se les pasa el tiempo charlando. De cuando se conocieron, de cuando las niñas eran pequeñas, de lo que harán cuando se olvide todo, aunque doña Fortu nunca sabe a qué se refiere ese todo. Tiffany nunca les dejará volver a estar juntos. Él es amable como lo era cuando eran novios, pero a veces le pide dinero. Aduce ir seco pero siempre va muy bien vestido, pero

también es cierto que ella, a escondidas, le plancha las camisas. Aquel hombre siempre tiene proyectos, negocios, ideas en la cabeza. Ella ha pensado muchas veces preguntarle sobre aquello, pero teme tanto a la verdad como a que él se enfade. Perder eso que tiene al pronunciar el nombre de Tiffany Brissette.

Al entrar en la habitación, la mujer se tiende en la cama y mira como él se va desabrochando el cinturón.

—¿Me has traído arreglados los pantalones nuevos?

—Sí, están en esa bolsa.

—Hoy no te puedes quedar mucho.

—No importa. Me gustaría estar en casa para cuando Jamelia regrese.

—Percy, tú y yo vamos a llevarnos bien.

El crío sigue empeñado en querer salir del piso. Gimotea sin romper a llorar. En realidad, Epi tiene poca paciencia y menos cosas a su alrededor con las que entretenerle. A medida que han pasado las horas, Epi ha ido perdiendo la seguridad que albergaba de madrugada cuando encontró una forma de dar coherencia a su mundo. En ese momento que ahora queda tan lejano, la muerte de Tanveer colocaba todas las piezas en su lugar. Pero ahora, incluso el asesinato —Justiciero Thor, tensado el brazo en cuyo extremo quedaba la cabeza del moro—, la huida del barrio, el amor por Tiffany parecían menos reales que cualquier fantasía que pudiera haber imaginado. El pánico se deslizaba a través de él desde el momento en que la reacción de la chica había hecho imposible el devenir normal de los acontecimientos que había previsto Epi. Ahora es cuando necesita más que nunca de las palabras de Álex, de su capacidad para saber qué hacer, para calcular los daños que ha generado todo aquello.

—Quiero irme de aquí... ¡Tata! ¡Tata!

Si pudiera descansar un poco, seguro que al despertar todo sería distinto. Los duendes habrían ayudado al sastre y todo estaría acabado y en orden. La coca que llevaba en el cuerpo le ha mantenido atento, pero ahora ya nota en el cerebro como las luces rojas se van encendiendo. Un reflejo nervioso le atraviesa el cuerpo desde las muelas hasta pecho y espalda, partiéndole en dos el esternón, y el pie le duele cada vez más. Piensa en una última rayita, pero sabe que no es buena idea. Recuerda que cuando ha intentado bloquear la ansiedad con más droga ha sido peor. De

todas formas, cree que en alguno de sus bolsillos hay algún que otro tranquilizante que le ayudaría a tomar de nuevo el control.

—¡Mamá, mamá, mamá!

Epi trata de frenar a Percy que, de repente, parece a punto de explotar. Palmotea y grita sin consuelo, como un molino enloquecido.

—Ven aquí, chaval... Mira, te dejo jugar con mi móvil. Mira, ven, mira qué cosas tan chulas tiene...

Percy se le escabulle de las manos como una pastilla de jabón. Es el niño una máquina rellena de alfileres, con una capacidad sobrehumana para gritar, llorar y moverse a toda velocidad. Epi le sigue de habitación en habitación, hasta que al entrar Percy en el dormitorio, el hombre se lanza sobre el colchón y le atrapa. Se coloca encima de él y le agarra las muñecas como si le hubiera puesto grilletes. Percy berrea y se mueve continuamente, sin escuchar a nada ni a nadie. Es un ser furioso, una alimaña de dolor, como lo es su madre: incapaz de contenerse, incapaz de escuchar a nadie.

—Espera, Percy, por favor. ¡Cállate! ¡Escúchame, joder!

Pero el niño no hace caso. No se lo hace hasta que Epi le libera la mano derecha para poder así asestarle un manotazo en plena cara. Y luego otro y otro y otro más. Entonces, al menos calla lo suficiente como para que Epi pueda decirle que su madre está a punto de llegar. Que en cuanto hablen los dos adultos, podrá regresar con ella a casa. Y en cuanto acabe este día de perros, él, recién duchado y bien guapo, los irá a buscar —igual que hacía antes— para darse un garbeo por la feria y las máquinas, y Percy tendrá todo lo que quiera.

El niño se agita de un lado a otro, pero ahora con el único objetivo de protegerse. Tiene la cara roja, marcados en la piel los dedos de Epi. Despeinado. La saliva le resbala por la mejilla hasta el colchón. No sabe muy bien si la idea que se le ocurre es la apropiada o no, pero la lleva a cabo antes de arrepentirse. Saca un tranquilizante del bolsillo y lo parte en dos con los dientes. Un trozo

se lo queda él mismo dentro de la boca y el otro, el más pequeño, poco más que un cuarto, se lo mete a Percy en la suya. Mal no le va a hacer.

—Venga, ¿no me digas que no te gustan los caramelos? Tómatelo, quédate aquí y descansa. Venga.

El niño deja de porfiar aunque Epi no se fía. Por eso no se levanta, y sigue a horcajadas sobre el chaval esperando a que el tranquilizante haga efecto. Aprovecha el momento para coger del bolsillo trasero de sus pantalones el móvil. Oprime el botón rojo, pulsa la contraseña —el día y el mes en que nació Tiffany— y comprueba que su mensaje ha sido correctamente enviado y recibido. Álex, sin embargo, aún no ha contestado. Así pues, sólo queda esperar.

Percy se queda sobre el colchón gimoteando. Al rato empezará a cerrar los ojitos. Epi cree que no habrá más problemas con él. Espera que las marcas que ha dejado en su carita hayan desaparecido cuando Brisette aparezca por aquí.

La chica camina con rabia hacia el piso. Está a dos calles de distancia, tras comprender que la única solución es volver al piso a recoger a su hijo. Se le ha enredado la mañana de una manera delirante. Cuando llegue a casa, piensa descargar toda su ira contra Jamelia, contra su madre, contra Tanveer si le da por aparecer por allí. Cruza la calle a paso rápido y se planta en la portería. Tiffany duda. Sus pensamientos andan dispersos, pero necesita una decisión inteligente. Se le ocurre llamar a Tanveer. Ahora tiene una buena excusa. Hay razón de peso, por lo que su orgullo no quedará tocado: su hijo está secuestrado por un loco que perdió la cabeza a causa de la polla del propio Tanveer. Seguro que Hussein no le dará la espalda, acudirá, se hará el héroe con el niño y de paso, el muy cretino volverá a estar en la órbita de Tiffany. Toda aquella historia les dará para otro capítulo más. Quiere volver a tenerle tierno para poder mandarle, cuando menos se lo espere, al fondo del olvido. Lo que le pase a Epi le da igual. Merecido lo tiene. Quizás así la deje en paz de una vez. En la portería marca el número de Hussein y

salta el contestador. Cuelga y maldice a lo más sagrado. Enseguida vuelve a marcar, pero esta vez le deja un mensaje.

—No sé por qué te llamo. Bueno, sí, porque sois amigos y a ver si le haces entrar en su mollera que no es no, que cuando yo digo basta es que se acabó. El hijo de puta de Epi tiene retenido a Percy en el piso. Me arrepiento de estar haciendo esto. Voy a llamar a la poli para arreglarlo si no vienes tú antes a echar una mano.

Tiffany cuelga. Hasta ese momento no ha creído que fuera la cosa tan grave como para llamar a la policía, pero la idea cobra fuerza en su interior. Montar todo el pollo, conseguir protección y ser la protagonista del barrio los próximos días. Ella como objeto de deseo de dos hombres. Ella como la madre más madre de todas las madres. Jamelia como una mema egoísta y subnormal. Tanveer encelado y a punto. Pero no. No puede estar pensando eso. Allá arriba está su hijo y ése es demasiado dinero para apostar. Pocas fantasías, pues. A lo fácil. Llamar al timbre, pedir a Epi que haga bajar al niño y que se acabe todo.

Mientras espera respuesta al timbrazo, echa una ojeada al móvil. Tiene un montón de llamadas perdidas pero ni rastro de Tanveer. Estará durmiendo la juerga de anoche, fijo. Bea y Rita han dejado mensajes hablados y escritos. Teclea rápidamente para leer éstos últimos. «¿Cómo estás? Voy para tu casa y hablamos.» Va a seguir leyendo, pero la voz de Epi la interrumpe por el interfono.

—Sube.

—No, bájame al niño y déjate de hostias, que si me tocas los cojones llamo a la policía y te follan vivo.

—Es que está dormido.

—¿Dormido? ¿Qué coño dormido? ¡Epi, Epi!

Un espasmo eléctrico abre la puerta. Tiffany entra en la portería y empieza a subir en dirección al piso. En realidad, piensa la chica, no hay nada que se pueda nunca planear. Las cosas pasan porque sí. Una lleva a otra como en una partida de billar, el escenario cambia a cada golpe de taco azul.

Epi, por su parte, tiene un objetivo: ser escuchado. Que ella sepa de lo que ha sido capaz por amor. Que vea con la misma nitidez que él que Tanveer ha sido el obstáculo para su felicidad, algo que se interponía entre ellos. Por su lado, Tiffany actúa por instinto. Sabe que todo aquello acabará mal, pero no necesariamente para ella. Es consciente de que conoce formas y maneras de dominar a Epi, de que si se ve apurada sabrá cómo librarse de él. No será ése un problema. Y eso pese a que hay quien dice que ese chico tiene algo que aún no ha aparecido y que pugna por hacerse cargo de sus reacciones. Cuando le da por mirar de esa manera en que no sabes si piensa algo o no sabe pensar en nada. Eso dicen, pero con ella siempre ha sido manso y manejable como un cachorro. ¿Cuál es entonces la inquietud? Tiffany no lo sabe. Es como si aquella maldita mañana nadie quisiera representar el papel que tiene asignado. Había sido demasiado permisiva y confiada con todos ellos. Con Jamelia, con Epi, con Tanveer. Permisiva o confiada. Pero nada se había perdido. Nada que no pudiera arreglar con un golpe en la mesa. E iba a empezar con ese tipo que le había dejado la puerta del apartamento entreabierta.

Epi está nervioso. La espera al fondo de la habitación, con un ojo puesto en la ventana. Sonríe, pero corrige de inmediato ese gesto sin saber muy bien por qué. Le gustaría sentirse enojado, furioso o simplemente mostrar una actitud que exigiera respeto, que intimidara a la chica. Pero no lo consigue. Está temblando de la cabeza a los pies, le duele el pecho, su respiración es torpe. Trata de controlarse porque necesita encontrar las palabras. No quiere dejar de decir lo que tiene que decir. Tampoco perder los estribos. Pero, desde un primer momento, es Tiffany quien se hace cargo de la situación.

—¿Dónde está el niño?

—En la habitación, dormido. Ha llegado, se ha echado y...

Tiffany entra en la habitación e intenta despertar a Percy, pero el sueño de éste es profundo. Demasiado. Además enseguida comprueba las marcas enrojecidas en la cara y en el cuello. Se gira

con el propósito de que una simple mirada atraviere y paralice a Epi, pero éste aún no ha aparecido por ahí. Se conjura contra él. Hará que le maten, que le metan en prisión. Rogará si es preciso a Hussein para que le reviente las tripas y si no, lo hará ella misma. Teme que el crío sufra una conmoción cerebral, que se haya golpeado contra algo, pero le palpa el cuero cabelludo y no encuentra ni sangre ni señal de ningún golpe. Afianza bien sus pies en el suelo y, cogiendo a su hijo, lo levanta a pulso con el propósito de marcharse. Llevarlo a un hospital y que le despierten de una vez. De pie, cuando está a punto de franquear la puerta, Epi aparece con una mirada escondida en lo más hondo de la cara. Fría, profunda, distinta.

—Deja al niño en la cama. Os vais de aquí a un rato.

—Déjate de chuminadas: nos vamos ahora. Epi, déjame pasar.

—No.

Ella lo intenta, pero el cuerpo de Epi se tensa hasta dejar bien a las claras cuál es la verdadera situación. Las miradas se encuentran. Tiffany no va a ceder y él tampoco.

—Deja al niño en la cama —repite como si oírse decir otra vez las mismas palabras le fuera a tranquilizar—. No compliques las cosas. Escucha lo que te quiero decir. ¿Tanto te pido? Me escuchas y te vas luego con el chaval. A Percy no le ha pasado nada. Cogió un berrinche y...

—¿Y esto?

Ella le muestra las marcas en la cara y el cuello.

—Nada. Sabes que a veces pierdo los nervios y ya está. No le he pegado, sólo le he cogido fuerte y...

—Eres un cobarde.

—Venga, Tiffany...

—¡No me toques! —grita mientras se aparta de esos brazos que quieren ayudarla a dejar al niño sobre el colchón. Sin embargo, está obedeciendo.

Epi sale de la habitación y se sienta en el suelo. Tiffany se sorprende de esa demostración de tranquilidad. Está claro que ha

tomado sus precauciones. La puerta cerrada con llave y cerrojo. Aunque está sentado en el suelo, la chica sabe que el hombre está preparado para reincorporarse de un brinco y darle alcance. No será tan fácil como la otra vez, pero si se ha escapado una vez, podrá hacerlo otra. En cuanto se despiste enviará un mensaje o llamará a alguien para que...

—Dame el móvil. —Epi parece haberle leído el pensamiento—. No quiero que nos molesten.

—No lo llevo encima.

—No jodas...

El hombre se levanta para intimidar con su presencia a Tiffany, pero ésta se envalentona. No va a hacerle nada, sabe que no le va a hacer nada, que a las primeras de cambio se tornará el gatito que siempre ha sido.

—Dámelo.

—Quítamelo.

El móvil está en uno de los bolsillos posteriores del pantalón. Epi sabe que suele llevarlo allí y lanza la mano lo más rápido que puede, pero Tiffany se le ha adelantado. Sin embargo, está decidido a hacerse con el teléfono. La agarra de las muñecas hasta que suelta el aparato. Cuando cae al suelo, Epi le da una patada y lo desplaza hacia la zona donde se va a sentar para explicar a Tiffany qué ha pasado hace unas horas y en qué ha cambiado la vida de ambos.

—Como me lo hayas roto, me lo pagas, cabrón.

—Bien, te lo pago. —Lo coge del suelo y comprueba que el salvapantallas del celular con el escudo del Barça sigue guiñándole los ojillos—. Sigue vivo. Lo apago. Siéntate.

—No quiero.

—Pues no te sientes. Menos irte antes de que hablemos, puedes hacer lo que quieras. Y tampoco grites.

—Empieza, que quiero llevar al niño al hospital.

A Epi le encantaría poder explicarse de tal modo que permitiera que Tiffany viera las cosas como él las ve. Pero ¿dónde encontrar

las palabras? Eso no le ocurre nunca. Recuerda discusiones que comenzaron por algo que la chica había dicho o no dicho, por un olvido suyo, un retraso o una mentira descubierta, algo a todas luces evidente y que a base de hablar y hablar, decir y desdecir, el mundo se le volvía del revés y era él quien acababa pidiendo perdón. Pero hoy será distinto. No caerá en su juego. Para empezar, le espetará qué ha hecho y por qué. No le va a pedir nada. Los hechos son los que son. No se les va a dar vueltas hasta marearlos.

—Tiffany... —Epi se ha colocado de rodillas frente a la chica. Ya no se siente seguro como hace unos instantes. La mujer se da cuenta—. Tiffany, te quiero.

—¿Y?

—Y que tú y yo antes éramos felices...

—Todo se acaba.

—No...

—Bueno, pues no. Si tú lo dices será que no.

Ésa es la versión de Tiffany que él más odia. La de marisabidilla, la que tiene la enorme habilidad de contestar rápido y fácil, de burlarse y no tenerle la consideración que se merece. ¿Tan difícil es que se lo tome en serio, que no lo trate como un imbécil?... ¿Que nada de lo que él pueda hacer o decir ha de ser tan predecible, tan pueril? Es obvio que le molesta estar ahí con él. ¿Pero entonces...? ¿Fueron falsas aquellas esperanzas que la chica le había ido arrojando aquí y allá? Epi trata de entender. ¿No servían de nada aquellos recuerdos y sueños en común? ¿Las palabras cariñosas que le había dedicado durante los últimos meses cuando la relación con Tanveer por enésima vez parecía declinar? No, no, aquello había sido verdad. Tenía que serlo. No era tan tonto como para no haberse dado cuenta si todo hubiera sido basura. Ha visto a su hijo y se ha molestado. Eso es lo que debe de haber pasado. No debería haberle pegado. Pero todo hubiera sido más sencillo si Tiffany hubiera permanecido en el piso, si no se hubiera escapado sin motivo alguno, sólo porque la había hecho esperar más de la cuenta.

—No me trates así, yo haría...

—Te trato como me da la gana, ¿vale?

—Déjame empezar por el principio. Tú y yo estábamos bien y entonces llegó Tanveer...

—Tanveer no tuvo nada que ver. Te lo he dicho mil millones de veces.

—Pero llegó y lo nuestro se acabó. Si supieras lo que he sufrido todo este tiempo pensando, viendo y sospechando que...

—¿Cómo que si supieras...? ¿Cómo que si supieras...? Claro que lo sé. Y lo sé porque nos has seguido un montón de veces, porque me has hecho llamadas patéticas a las tantas de la noche, porque has ido explicando tu historia a todos aquellos que han querido escucharte...

—Pero tú me has dicho muchas veces que...

—Sí, yo digo muchas cosas, es cierto, pero si crees que secuestrando niños a las nueve de la mañana voy a caer a tus pies, lo tienes claro, gilipollas. Eres un mierda, los tíos de verdad no hacen cosas así...

Ya está gritando. Es inminente el encontronazo. Epi no encuentra las palabras. ¿Por qué no le deja hablar? ¿Por qué esa maldita actitud de ningunearlo? Epi se aproxima a Tiffany y ésta se le encara. Nota el aliento de nicotina de ella, el perfume que nunca pudo olvidar.

—Los tíos de verdad hacen otras cosas, ¿sabes, Epi? Los tíos de verdad saben cómo conservar a una mujer. Los tíos de verdad...

—Los tíos como Tanveer, ¿no?

—Como Tanveer. Eso es.

—Que se folla a putas y les revienta la cara.

—Eso no es verdad, y además a ti qué te importa. Quizá yo también ando follándome a quien me da la gana. A cualquiera menos a ti, claro está.

Tiffany sabe que se está equivocando, que ésa no es la manera más inteligente de solventar el problema, pero no puede evitarlo. Le puede la rabia y el deseo de demostrar su poder, el mismo poder

que piensa ejercer con Jamelia, sobre el propio Hussein si no viene a ayudarla en ese mismo instante. Es tarde para echar marcha atrás. Y al mirar cómo se vuelven a endurecer aquellos ojos que la miran piensa que quizá, por una vez, debería haberse guardado la mala leche y haber domado a tiempo esa boquita.

Si uno pasa mucho tiempo en la selva conoce y distingue el silencio que siempre hace presagiar lo peor. En el barrio pasa lo mismo. En las tiendas y entre la gente se respira cuándo la calle está nerviosa o dormida. Es la pulsión que recuerda que debajo del asfalto y los panales de cemento, bajo los aparcamientos subterráneos y las mil y una historias encerradas tras cada puerta, permanece la esencia viva de la tierra, el fuego y el agua. Como un ángel negro de la memoria, casi todas las cosas que se cuentan o pasan tienen un eco en las paredes del barrio. Historias viejas, mitos, refranes, mandamientos, amenazas coléricas, consejos publicitarios.

Algo va a ocurrir. No es sólo otro de sus presentimientos. Álex lo cree notar en las conversaciones a medio discutir aquí y allá, en los grupos de adolescentes que cruzan de un lado a otro el barrio o en la cara de los comerciantes que ya han comprobado, entre los papeles del primer cajón del mostrador, si las lunas están al día del pago del seguro.

El barrio hace tiempo que está harto. Los chicos, aburridos. Blancos, amarillos o negros. En eso sí que coinciden, mientras que los viejos no olvidan que, de un modo u otro, ellos también han sido estafados. Tolerancia, diversidad y mestizaje son pedazos de eslóganes que quedan bien en editoriales periodísticos que en el barrio nadie lee, canciones que no se escuchan o discursos escupidos por políticos a los que muchos ni siquiera pueden votar. Y la gente vive, se quiere, se odia y soporta como mejor puede. Unos llevan pañuelos, otros hacen demasiado ruido con las radios y el resto recuerda con nostalgia cuando la ciudad era una señora de

anchas caderas, rancia y distinguida, que sabía esconder la basura bajo alfombras y en calabozos.

Los márgenes de la barriada son invisibles pero imposibles de franquear. Como las caravanas de Buffalo Bill, instalaron alrededor del barrio museos y restaurantes de menú exclusivo, pistas para patinetes y talleres de pintura y circo. Hicieron lo dicho los otros, los listos y sus hijos siempre menos listos. Los que viven allende las murallas y vienen, miran, beben y juegan a pertenecer durante unas horas al barrio. Pero de madrugada, como ladrones, regresan de incógnito hacia sus casas con aire acondicionado, televisores de plasma y vacaciones en Irlanda para el perfeccionamiento del idioma. Abandonan estas calles que funcionan como jaulas, envases o cócteles que durante estos últimos años se han ido agitando y presionando con la confianza de que aguanten las tuberías que sostienen este crisol de gente. Con la esperanza de que las buenas palabras prendan. De que las retribuciones por ser inválido, por estar parado, por tener hijos o por no tenerlos, por llevar a tu hija al colegio y no coserle el clítoris, por acudir a misa o a la mezquita lo disculparan todo. Y es cierto que todo se perdona. Todo menos el aburrimiento. O el deseo de escapar, la fascinación de convertirse por un momento en el protagonista de la película.

—¿Conocías al que han matado?

Las mujeres hablan en el autobús. Va medio lleno y Álex se sienta tras ellas, al lado de la ventana. Una es magrebí y la otra tiene un deje andaluz, cuarentonas ambas que van o regresan de limpiar casas. La primera tiene una bolsa de plástico entre las piernas con un surtido de abrillantadores, lejía y otros productos de limpieza, mientras que la española se agarra, vehemente, al bolso que lleva en su regazo.

—Lo tenía visto. Un pieza. Conocía más a su madre. Es paisana de una prima mía. Pero haya hecho lo que haya hecho, el hombre no merecía acabar así.

—No, eso no.

—Son esas bandas. Al parecer alguien se la tenía jurada.

—¿Marroquí?

—No sé. No lo creo. De por allá abajo.

—¿Sudamericanos? No me extrañaría.

A Álex le gustaría intervenir en la conversación. Utilizar las propias capacidades voceras del barrio para difundir una teoría apropiada a sus intereses. Aunque quizá sea la confusión la mejor teoría. Si nadie sabe nada del todo cierto, la policía se quedará con la opción más sencilla: el primero a quien esta noche le dé por beber o golpear a su novia se va a complicar mucho la vida.

Quedan pocas paradas. Las mujeres hablan ahora de otras cosas. Álex siente la tentación de seguir adelante, de no ir a la comisaría, dejar que las fichas queden en el tapete en la disposición que el azar quiera. Pero pulsa el botón con el que solicita que el autobús se detenga y, llegado el momento, baja del bus y se dirige hacia el flamante edificio. El estómago le advierte que debería meterse algo antes de la cena. Álex espera que esté todavía el *mosso* con el que habló por teléfono. No ha tardado ni veinte minutos desde que llamó. Sólo ruega que Epi no haya telefoneado durante ese tiempo.

El agente que atiende en el mostrador apenas le presta atención. Algo le suena sobre un móvil extraviado, pero eso lo llevaba un compañero que ya no está. Enseguida saldrá alguien. Espere usted en esa sala. Álex se nota demasiado nervioso como para no parecerlo. Ha de intentar tranquilizarse. Así que se sienta. Coge un ejemplar de un periódico gratuito de hace dos días, pero no puede concentrarse. Se levanta y a grandes zancadas cruza la estancia, sale de la misma y pasa por delante del mostrador de la entrada donde el *mosso* opta por seguir a lo suyo. Camina hasta el fondo del vestíbulo, y cuando llega a la pared vuelve sobre sus pasos.

Repara en una placa dorada que un señor más honorable que el resto destapó para inaugurar la comisaría hace dos años. ¿Qué se debe de sentir siendo un señor extremadamente honorable? Viniendo aquí, siendo esperado, agasajado, mimado hasta en la ofrenda de unas tijeras de un brillo impecable y una banderita de

cuatro barras sesgada por un extremo y por otro. Pulcro, bien vestido, asesorado, sin problemas de dinero, salud o sexo. Álex no entiende cómo es que ya no existe gente que se dedique a matar por simple justicia distributiva: tú te mueres porque tienes lo que yo no tengo. Aunque al expresar su pensamiento, se corrige. Sí que hay gente con bombas en los calzones, pero sus intenciones son más bien ridículas. Hablan de Dios, del Más Allá, del Bien y del Mal, de harenes repletos de hermosas mujeres que les esperan tras la inmolación. Al igual que la reacción que antaño sentía ante las películas bíblicas que su madre les hacía ver en Semana Santa, toda aquella parte del planeta le deprime. Desierto, sol abrasador, lagartos, túnicas polvorientas, jarras de agua que se vertían sobre pies pustulentos, lluvias de azufre, prostitutas tatuadas, profetas apocalípticos, resucitados detrás de grandes piedras, habitaciones como cuevas, cuevas como simas de muertos, muertos apestando como vivos. En la tele, ellos, los perdedores, los asesinos en nombre de Dios, seguían siendo los mismos. Todos sus muertos eran sacados a hombros por una muchedumbre gritona y fanática. Seguían, como hace cien siglos, crujiendo los dientes, mesándose las barbas, golpeándose el pecho. Las mujeres embutidas en negro, pariendo soldados para salvar el culo de los gerifaltes y los sádicos de barba encanecida y lengua atroz, chillando como cerdos, tirándose al suelo en un espectáculo tal del dolor que, a juicio de Álex, les privaba de cualquier compasión. Aquella gente era «purria», como diría su padre. «Eres un miserable racista», se dice a sí mismo. La imaginación le hace levantar la mirada a través de los cristales ahumados de la comisaría, hacia el cielo donde el escudo estrellado del Capitán América regresará desde las páginas en blanco y negro a toda velocidad para ponerse de su lado. «No, no lo soy: sólo digo la verdad.»

—¿Alejandro Dalmau?

—Sí, soy yo.

—¿Me acompaña?

El policía empieza a andar, seguro de que le seguirán. La comisaría consiste en un laberinto de varios niveles, hecho precisamente para dificultar fugas. Trata Álex de ir a buen paso tras el agente. Todos los despachos tienen las puertas abiertas y dentro de ellos ve a agentes, hombres y mujeres, tecleando en pantallas de ordenador, transportando hojas y carpetas, esperando impacientes algo del fax o reunidos alrededor de la máquina del agua. De buena gana se tomaría ahora él un par o tres de esos vasos de plástico con agua fresca a rebosar. Igual se lo puede pedir al agente que le ha de entregar el celular. En cada *mosso* que atisba en los despachos o parados en medio del pasillo, su mirada se dirige como un imán hacia la cartuchera donde reposa la pistola. No deja de ser una fascinación infantil esa de sentirte atraído por esa herramienta amartillada y al alcance de la mano, a punto de matar. Pero sabe que debe distraerse, no pensar en ello. A los polis no les debe de gustar que les miren la pistola obsesivamente, sin disimulo alguno.

—Espere un momento.

Álex entra en una diminuta estancia pintada de blanco en la que sólo hay dos sillas, a uno y otro lado de una mesa, además de un ordenador, unos cuantos folios reciclados y un bolígrafo barato sobre los papeles. Se sienta en la silla y trata de aparentar serenidad. Se palpa en el bolsillo las pastillas de la medicación. Se repite que ya declaró y le dejaron libre. Que sólo se encuentra allí por un despiste. Que no hay ninguna treta del azar en todo esto. Que en diez minutos estará otra vez en la calle. Pero no consigue convencerse.

—Perdone. A nadie le gusta esperar.

—No hay problema.

Un agente diferente al que le ha conducido hasta allí ha entrado en la habitación. Tiene las manos desmesuradamente grandes, dedos casi deformes que le deben de dificultar escribir a máquina. Sin embargo, el resto del cuerpo es todo lo contrario: rubicundo, de torso estrecho y extremidades largas. No es muy alto, y parece estar hecho de restos de serie de diferentes modelos. Mira a Álex con

unos ojos negros y penetrantes, y le habla con una voz persuasiva, la voz de alguien que manda. No utiliza la silla sino la mesa para sentarse. A la altura de los ojos de Álex queda su entepierna, los muslos, el móvil Sharp negro envuelto en una bolsa de plástico y algo más allá la cartuchera vacía, que Álex ha buscado enseguida con la mirada, como si la pistola se la hubiera dejado olvidada en cualquier otro lado.

—Soy el comisario y éste es su teléfono, ¿no es así?

—Sí, sí, ya sabe usted que sí.

—Bueno, pues hablemos de teléfonos y llamadas.

En aquel momento un subalterno interrumpe la recién iniciada conversación. El mayor de los Dalmau ya sabe que las cosas no van bien. Quizás hayan visto las incesantes llamadas al móvil de Epi. No en vano le habían interrogado hace apenas un par de horas sobre él, así que lo lógico sería intentar ponerse en contacto con su hermano. Aunque existe otra posibilidad. Y ésa es mucho peor. Nota como el sudor le anega poco a poco la espalda, las palmas de las manos, bajo la camisa. Pero sea lo que sea no ha de perder la calma. Tratará de solventar el asunto como pueda, pero sus planes empiezan a variar un tanto.

—Hemos estado hablando contigo antes y sé lo que nos has explicado. No sabes nada. No ves ni oyes nada. No me extraña. Si yo te contara cómo me llevo yo con mi hermano...

Álex sabe que si le deja hablar va a convencerle, largará más de la cuenta o tratará de caerle bien al *mosso*, intentará no defraudar a este que ha venido a sustituir a aquellos otros, alimentados unos y otros de la misma ingratitud del rebaño que han de cuidar. Álex sabe que ha de cortarle. Necesita hacerle enfadar.

—Mire, no soy nuevo, ¿vale? Conozco mis derechos. Antes me habéis interrogado sin abogado y...

—No me seas peliculero, Alejandro... ¡vaya nombre, chico! ¿Qué era tu padre?

—Profesor. ¿Y el suyo?

—Taxista. ¿Contento ya con la impertinencia? Mira, si conocieras tus derechos tanto como dices, sabrías que antes estabas en calidad de testigo, o sea sin picapleitos, y ahora has venido a buscar el móvil que tu torpeza y sólo tu torpeza ha dejado olvidado por aquí. Porque supongo que lo querrás recuperar.

Álex hace el ademán de coger el móvil que le ofrece el policía con la seguridad de que se lo retirará en el último momento. Pero no lo hace. Tiene el Sharp en la mano. Está encendido.

—¿Me puedo ir ya?

—Te pediría que no.

—Mira, antes me habéis preguntado por lo del bar de Salva y os he explicado lo que vi. Vale, mi hermano estuvo de farra con él toda la noche, pero en ese momento, no estaba por ahí, ¿lo entiendes? En lo que a mí me concierne eso es todo. Me habéis preguntado por la furgoneta, por las fiestas de mi hermano con Tanveer y le juro por mi madre que no tengo ni puta idea.

—Te creo, Dalmau, te creo. ¿Y sabes por qué te creo? Porque si supieras qué estamos encontrando al tirar del hilo de la madeja, estarías tan acojonado que ya te habrías cagado en los pantalones.

Álex trata de fijar sus ojos en los del policía como para descubrir si va de farol. ¿Qué podía pasar con la furgoneta? ¿Pasaban droga, chuleaban putas, vendían noches de desfase a los pijos? El policía sigue hablando.

—Lo de la muerte de Hussein, ¿qué quieres que te diga? Con sinceridad: que se joda. No había ni la mínima posibilidad de que hiciera algo bueno en toda su vida. Pero eso nos ha llevado a otros sitios. Yo no sé si tu hermano se lo ha cargado, si ha sido el moro Muza que me dices o hay algo más, pero me entusiasma que haya algo más porque uno se aburre de ver siempre las mismas mamonadas en el barrio. Quiero saber dónde está la furgoneta de tu hermano. Sólo hablar con él. Sólo eso, joder.

—Pero yo...

—... y quiero hacer todo esto antes de que el barrio se me ponga nervioso y decida adelantar las fiestas.

—Le digo lo de antes. No sé nada más. —Decide explicar parte de la verdad—. He estado buscando a Epi todo el día. Si ha mirado el móvil llevo todo el rato dale que te pego y nada.

—Igual tiene miedo.

—Pues igual. Pero mire, yo doy la cara por lo de esta mañana. Yo estaba allí y él no fue. Aún sé distinguir a mi hermano de un paquistaní. Pero si ha hecho algo más con la furgoneta o con lo que sea, que le follen vivo. Si uno es hombre para cobrar lo es para pagar.

—¿Eso te lo enseñó tu padre?

—No, se lo oí decir a un taxista.

Los ojos del policía se endurecen un momento, pero enseguida se crispan para echarse a reír. «*Ets un cachondo, Alejandro Dalmau.*» Éste siente la tentación de bajar la tensión, de bromear también él, de meterse entre las piernas del caporal como una gata caliente que espera una caricia de su amo. Pero se resiste. Aún no ha pasado nada. Todavía no ha desvelado la carta que lo fastidia todo.

—Mira, te creo en casi todo, que tampoco soy gilipollas. Pero te lo diré claro. Tu hermano se ha escondido y eso no le beneficia, ya me entiendes.

—Seguro que estará durmiendo la farra en casa de algún colega.

—¿Tu hermano tenía previsto marchar fuera?

—No, que yo sepa. ¿Adónde?

—A Granada, por ejemplo.

Bambino anda rabiando de dolor. Epi sube el volumen del reproductor. Se aburre o se impacienta, ya no lo sabe bien. A modo de enésima comprobación toca con un pie la bolsa Adidas de Moscú'80 en la que, entre otras cosas, hay un martillo robado con el que piensa abrirle la cabeza a Tanveer Hussein, el animal ese que está aullando como un becerro por ahí atrás, casi a coro con la cohorte de jaleadores del Gran Bambino.

Enciende Epi otro cigarrillo. Nota como la moca se le sale de la nariz. Odia esa sensación. De un tiempo a esta parte parece como si la coca le generara una alergia en las fosas nasales, pero ¿cómo ir al médico con esa historia? Así que por uno de los orificios se lo mete todo y con el otro respira. Sería tan fácil ahogarle. Taparle la boca y sólo media nariz. Ojalá fuera tan sencillo acabar con Tanveer. Pero no lo será. Recuerda a su madre cuando se dormía y parecía que ya se había muerto. Aquella boca abierta de par en par, dejando marchar aquel casi inaudible silbido al respirar. Aquellos agujeros como apagavelas que desde niño le habían asustado tanto y que, en su agonía, parecían ser grutas que conectaran directamente con el mismísimo infierno.

Esta noche ya está harto de Bambino. Así que opta por poner la radio. Tanveer ha acabado la primera parte del circo y durante unos minutos estará tranquilo. El monstruo necesita recuperarse. Cabe la posibilidad de que esta chica salga más o menos bien parada. Con un buen susto y el taxímetro a cero, eso sí. Encuentra una emisora de música clásica, pero él no está para cursilerías; más allá, en el dial, una locutora estira las respuestas de solitarios con poesías ñoñas y frases a las que debes dar mil vueltas en la cabeza para creer que las has entendido. Sigue buscando: una canción en

inglés. El enterado la traduce. *Esta noche es la noche*. Un aviso, Epi, casi una premonición.

No es la primera ocasión en que fantasea con quitar de en medio a Tanveer. Mentalmente, esa bolsa con ese martillo ha estado entre sus pies muchas otras noches. Pero de hoy no pasa. Quiere sentir el alivio de cuando ya no hay una decisión que tomar porque acabas de ejecutarla, cuando estás frente a una única puerta. Baja la ventanilla un poco para dejar salir el humo del cigarrillo, y enseguida la sube porque el sainete ha empezado de nuevo. Tanveer se empeña en metérsela por detrás pero la puta no quiere o él no puede y se enfada y, a buen seguro, empezará con los guantazos. Epi pone la furgoneta en marcha y decide ir hacia un lugar más discreto. Cuando nota el motor delante de él, cuando siente que controla la situación, se tranquiliza. El humo del cigarro se le mete en el ojo, maldice, se limpia la nariz con la manga de la camisa y tira ciudad arriba. También conoce esta canción. Buena emisora. El locutor apenas habla. Debe de estar todo grabado. Una vez el Profesor Malick le dijo que todo en la radio está grabado desde hace como mínimo veinte años. Al parecer desde unas sesiones inhumanas de finales de los ochenta en las que dejaron registrados los siguientes años de música y de tanto en tanto intercalan noticiarios para disimular.

La canción es tramposa. Al principio el cantante —«¿Quién demonios es? Parece... no ése no es»— dice que está llorando porque ha perdido a su chica. Luego desea suerte al tipo que se la ha llevado. Le aconseja que esté por ella, que se fije hasta en los menores detalles, que no deje que su chica se ponga triste o que le falte algo. Parece indicarle todo aquello que él no supo darle y por lo que ella se marchó de su lado. Luego llega una advertencia. Si él no puede quererla, que se la envíe para casa, que él la sigue esperando. Epi no sabe para qué. ¿Para ajustar cuentas? ¿Para atormentarse como hace él cuando le hierva la sangre al pensar que Tanveer se folla a Tiffany donde y como quiere? ¿O bien que vuelva para que todo sea como al principio, mejor que al principio porque

ahora uno y otro ya saben que no pueden separarse? La noche regala mensajes cifrados en las ondas y no quiere o no puede descifrarlos como le gustaría. Por eso Epi vuelve a cambiar de emisora hasta que desiste, rendido ante el cedé de Bambino a todo volumen.

Pero aquella canción, sin embargo, no se le quita de la cabeza. Al menos el protagonista sabe en qué ha fallado, no como él, que perdió a Tiffany y aún no sabe por qué. Nadie se ha tomado la molestia de explicárselo. No la descuidó, trató en todo momento de que se sintiera feliz y contenta mientras estuvieron juntos. La amó profundamente desde el primer instante. Y a ella se la veía tan bien hasta que apareció Tanveer Hussein. Sin el moro, seguro que seguirían juntos. Igual estarían viviendo bajo un mismo techo. Hubiera buscado un empleo mejor que el de repartidor. Cualquier cosa. Se hubieran ido del barrio. Quizá se habría apuntado al ejército para ponerse cachas y para que ella le viera vestido con el uniforme y las camisetas color caqui, deshecha como la mantequilla. Pero nunca fue buena idea dejar sola a Tiffany mucho tiempo. La peruana era suya si la inundaba, si llenaba todos y cada uno de los minutos durante las veinticuatro horas del día. Sola, se empezaba a liar, a confundir y siempre acababa por echar a correr en dirección contraria a la que estaba él.

Se miente Epi cuando piensa decirse que si su rival lo mereciera, él hubiera aceptado perder a Tiffany. Se miente pero lo sabe. No, nunca lo hubiera aceptado. Cuando Tiffany comprenda quién es en realidad Hussein, no le querrá, arrancará lo mucho o poco que de él tenga dentro. Epi se detiene en un semáforo. La puta grita y él sube el volumen. Más alto, Bambino, más alto. Las canciones le han agriado el humor y eso le acerca a la decisión final. ¿Por qué no hacerlo ahora?... Duda mucho que la rubia a la que se está trajinando el moro quiera testificar en contra del hombre que la ha rescatado. Epi se gira para ver la escena que sucede a su espalda y calibrar si cabe esa posibilidad. Había pensado matarlo tras la farra, durante los veinte o treinta minutos que Hussein suele echarse a

dormir en el suelo enmoquetado de la furgoneta, pero ¿por qué no precipitarlo todo?

Tanveer está a gatas sobre la mujer. Tiene las manos apoyadas como columnas sobre los omoplatos de ella. Supone que las ancas de ella habrán adoptado la mejor posición para que duela lo menos posible. Tanveer estará enganchado a ella, exprimiendo su polla a fin de sacar el penúltimo estertor de la noche. Ahora podría sacar el martillo de la bolsa de deporte que tiene a sus pies. Podría quitar la marcha, echar el freno de mano y girarse hacia el interior de la furgoneta. Y una vez allá romperle el cráneo a Tanveer Hussein. No darle ni derecho a réplica, ni tan siquiera el placer de saber por qué te matan. Parece fácil.

Va a hacerlo. Pero cuando tiene los dedos metidos en la bolsa de deporte, cuando ya toca el mango del martillo, algo llama su atención en el retrovisor. Un coche de la Guardia Urbana con las luces cobalto encendidas se acerca. Epi saca de inmediato la mano de la bolsa y avisa a la concurrencia:

—Tranquilos ahora los dos. Tranquilitos.

El coche pasa por su lado. Un agente le mira con aire retador, pero el coche sigue su camino. Alguien se debe de haber estrellado contra una pared porque si no, le hubieran vacilado. Fijo. Epi respira aliviado pero sabe que el momento ha pasado: tiene a Tanveer preguntando a su lado.

—¿Qué pasa?

—Un coche de la urbana con las luces. Míralos, allí van.

Entonces oyen el ruido que hace la prostituta al saltar desde la furgoneta y echar a correr. Dos la misma noche. Aquello ya era cómico. El moro se olvidaba de cerrar detrás o quizás era una manera de dejar una oportunidad a las más valientes. Tanveer no tiene los pantalones puestos y ordena a Epi que la siga. Epi se rebela en el pensamiento, pero obedece. Corre tras ella y la caza enseguida. La chica está desesperada, medio desnuda. Le mira con un gesto de horror. Es una mueca de pánico que Epi no sabe si le aboca a la compasión o a la ira más desatada. «Por favor, por

favor», le ruega. La mujer se agacha y se tapa la cabeza con las manos, como si esperara otra somanta de palos. «¿Por favor qué?», se pregunta Epi, «¿qué demonios se puede hacer en una situación así?» Ella se revuelve, no quiere volver a la furgoneta con él. Pero Epi la coge por el cuello de la blusa y la arrastra por la calzada. Está desierta la avenida, aunque ha de tener cuidado porque siempre hay alguien lo suficiente curioso como para preguntarse si esta escena violenta merece una llamada a la poli. No hay tiempo que perder. «No te va a pasar nada. De veras que no. Te subo y te llevo a donde estabas. A tu casa, si quieres.» Pero la chica hace bien y no se fía. No, no y no.

Un arrebató es un duende malvado que se apodera de uno. Y tal y como entra en ti, desaparece después. No da explicaciones ni un manual de excusas para después. Simplemente aquello —lo que sea— pasó. La violencia no tiene orejas. No avisa de su llegada. No corre ni salta: sólo estalla. Resulta estimulante no contenerse, no aplicar ningún freno intelectual ni moral. No preguntarse si es correcto o no hundir un puño en la cara de una mujer, asestarle zapatazos allí donde no se cubre, tirarle de la cabellera hasta que ella ayuda un poco y se pone a andar. El olor de la sangre, como el de la gasolina o la cola, es profundo, intenso, llena por completo los agujeros de tu cabeza, te recuerda que en algún sitio existe un orden que sólo dictas tú. ¿Cómo evitar que eso no te guste?

Epi sube a la mulata a la cabina. Una mulata rubia, dónde se ha visto. En el asiento del copiloto está Tanveer, tranquilo y con cara de cachondeo. Debe de haberlo visto por el retrovisor y casi siente orgullo de él, aunque no dice nada. Ni tan siquiera se dirige a la mujer. Parece haberle perdonado la huida, o haber decidido que la paciencia se le ha acabado. Epi se pone al volante.

Sin embargo, cuando pone en marcha el vehículo, la puerta de detrás de la furgoneta vuelve a abrirse de par en par. Epi se baja del vehículo para cerrarla. En ese momento, la puta intenta escapar de nuevo. Tanveer la agarra sólo con el brazo que tiene libre, ya que la otra mano la tiene ocupada con un cigarro de hachís que se le está

descapullando. De hecho, la sujeta casi con desidia. La mujer pasa por encima del asiento de Epi, se libera a base de patadas de Hussein y con uno de esos movimientos desesperados impacta con la llave de contacto y la parte en dos. Salta de la furgoneta y echa a correr calle abajo.

Epi no va a perseguirla esta vez. Que se largue. Se ha ganado la libertad con sus maneras de caballo salvaje. Tanveer ni se mueve y pasa de la tipa, así que él no le hará dos veces el mismo trabajo. Mira a ambos lados de la calle para asegurarse de que nadie ha visto nada. Sube a la furgoneta y enseguida se da cuenta de que no va a poder arrancar. Mira furioso a Tanveer pero éste se halla sumido en un letargo debido a demasiado alcohol y demasiadas pastillas, a demasiadas eyaculaciones y demasiadas rayas, a demasiadas hostias dadas a diestro y siniestro aquella ya larga noche.

—¿Por qué no la has parado?

—Da igual.

—Nos ha jodido bien jodidos, Tanveer. Ha roto la llave. No podemos *enchegarlo*, tío. Si nos denuncia, vienen aquí y viendo la furgo aparcada lo tienen fácil.

—No hará nada.

—Bájate.

—¿Qué?

—Que te bajes.

Tanveer parece despertar. No le ha gustado el tono. Epi ha aporreado a una guarra. De acuerdo. Pero ésa es toda la heroicidad que va a permitirle por esta noche. Si ha de darle a él también un par de guantazos, no duda que lo hará.

—Bájate y empuja —insiste Epi—. Son un centenar de metros hasta el repecho. La pondré en marcha de bajada.

El moro obedece. Es la primera ocasión en que Epi le ordena algo y éste lo hace. Aquella bestia consigue subirse por atrás en la furgoneta cuando ésta empieza a ganar velocidad. Epi no consigue ponerla en marcha pero en punto muerto baja las laderas de la

ciudad, cruza semáforos milagrosamente en verde al llegar ellos a tumba abierta y atraviesa rotondas como desiertos de luces y asfalto gris. Tanveer, a su lado, ríe como un poseso. Epi, al final, también. Ya no recuerda los golpes que ha asestado en la calle a aquel fardo, todo pelo, dientes y uñas. Ya no recuerda las canciones de aquella emisora cómplice. Ya no recuerda quién es o adónde va. Mira a su compañero y las carcajadas de ambos revientan contra la noche. La furgoneta se va encontrando calles cada vez menos empinadas y Epi piensa en aparcarla lo mejor posible y volver a buscarla mañana. Ya no recuerda que lo más seguro es que mañana tendrá mejores cosas en las que pensar.

Será cuestión de tiempo. Quizá sólo de minutos. E incluso es posible que la policía ya haya caído en la cuenta de que Granada puede ser algo más que una ciudad. Algo como una calle que está en el límite entre este barrio y el de las Casas Baratas. O que lo supieran desde un principio y se hayan limitado a echar el anzuelo y soltar hilo. Dentro del desastre ocurrido con el teléfono móvil, al menos el mensaje de Epi, de tan lacónico —«Nos vemos en Granada»—, ha ofrecido algo de esperanza para los planes de su hermano mayor.

Aunque lo que más le gustaría sería irse a casa. Tirarse en la cama, cerrar los ojos y que el sueño le noquee las suficientes horas como para que todo ocurra sin él. Según su naturaleza y destino. Pero sabe que no lo hará. Que no puede obviar que hay algo que él y sólo él puede hacer. Ir y arrancar a Epi de aquel piso franco, decirle que lo de Tanveer está bien encarrilado. Que sería mejor que empiece a explicarle qué coño pasaba en aquella furgoneta enmoquetada, en aquellas farras de toda la noche con Hussein. Y en lo posible cargarle el marrón a éste, salvar el culo y desaparecer. Que Epi no vuelva nunca más al barrio. Que se vaya a Australia y mande postales de canguros y Papás Noel todas las Navidades.

Él, mientras tanto, como siempre, se quedará aquí. Clavado con ancas duras de centauro. Nunca pudo ni podrá volar muy lejos. Siempre hubo algo, una mejor o peor excusa. La madre sola, la madre enferma y ahora la madre muerta. Pero hoy se emplaza a largarse del barrio, de la ciudad, algún día. Tendrá que hacerlo él solo porque no hay rescate en marcha para él. Eso hace tiempo que lo sabe. Se irá a Ibiza o al Nepal con un montón de drogas y allí pagará chicas, aprenderá a levitar, encontrará la paz.

En el fondo envidia a su hermano. Envidia la pasión que siente y que le ha enloquecido. Toda aquella generosidad de lo trágico, del desastre. Al principio creyó que el enamoramiento le duraría una semana. El tiempo necesario para saber que hay cosas que pueden ser y otras que no. Pero lo cierto es que Epi perseveró y se llevó a la chica.

Cruza las calles en ámbar y mira a sus espaldas por si le siguen. Parece que no. Dará un pequeño rodeo para no dar demasiadas facilidades. Recuerda una de aquellas broncas con Epi. Siempre fue fácil ser injusto con él. Álex argumentó la excusa de la asistenta social. Aquello no era un hotel y demasiada gente podía hacer peligrar la pensión de la madre.

—Es curioso. Cuando apareció Tiffany me avisaste de que no me liara con ella porque iba a ser mi perdición y ahora me aconsejas que monte una familia.

—No seas idiota. Sólo te digo que te busques la vida y que luego, cuando pase lo que ha de pasar, no vengas lloriqueando y con el rabo entre las piernas.

—Pero ¿qué gilipolleces dices?

—Te digo lo que te digo.

—No te preocupes. Nos largamos a final de mes. En cuanto arregle lo de la separación de sus padres.

Pero llegó esa fecha y no sucedió nada. En realidad, a Álex le gustaba tener cerca a la chica. Incluso había salido con ella de marcha y lo cierto es que, cuando estaba de buen humor, resultaba muy divertida. Epi prefería que saliera con su hermano a que se aburriera en casa, o fuera de fiesta con sus amigas. Álex era el castrado que guardaba la virginidad de la reina. El ser inofensivo. Pero a Álex no le importaba. Le gustaba entrar en un local con ella al lado, atrapados ambos en la misma luz violeta y las parejas zureando alrededor. Los tíos le miraban y pensaban qué demonios tenía que tener ése para mantener ahíta a aquella hembra. Ella reía y bebía, bebía y volvía a reír. No se drogaba mucho. Eso sí, cuando lo hacía, siempre de invitada. Nunca hablaba de nada en concreto y

cuando se refería a Epi era tierna pero no apasionada. Álex albergó teóricas esperanzas de tener sexo con ella alguna vez, pero lo cierto es que el litio le había bajado tanto la libido que el no desearla más que en fantasías era mucho más consecuencia de la química o la pereza que del autocontrol. Eso sí, todas las pajas de aquella época fueron suyas.

Cuando comprendió que Tiffany le usaba para tropezarse con Tanveer, ya era tarde. ¿Cómo no lo había visto antes? De todos modos, ¿qué hubiera podido hacer? ¿Chivarse a su hermano y enemistarse con ella? ¿Con qué objeto? ¿Acaso no existía un deseo inconfesable de tener razón, de que su hermano fracasara con Tiffany, de que no fuera tan insoportablemente feliz mientras el hermano listo, el previsor, estaba solo y jodido?... Probablemente sí. Pero cuando vio que a Tiffany los ojos se le cambiaban bajo las cejas tatuadas cuando se encontraban al moro, comprendió que todo estaba perdido. Debía decidir en qué bando se quedaba. Si era leal a su hermano o se convertía en confidente y en agente doble al servicio del mórbido sentimiento que le empujaba sin esperanza hacia Tiffany. Durante unos meses eligió ese último papel. Fue la tapadera, el consejero, la última capa antes de llegar a lo más íntimo de la chica. Pero harto de tratar de desenganchar a Epi de Tiffany durante el día y a la vez harto de celestinear con Tanveer y la chica por la noche, decidió quedarse al lado de Epi. Cuando se lo dijo a Tiffany, ésta ni se inmutó. Para ella, desde hacía noches, Álex ya era prescindible.

De vuelta a la realidad, Álex deduce que es más que lógico que Epi se haya puesto en contacto con ella. Quizás hasta estén juntos en estos momentos. ¿Cómo reaccionará Tiffany? Duda que lo haya hecho como desea Epi. ¿Y si la causa del asesinato no fuera ella? La mente se le disuelve. Sigue adelante con su rutina de mirar a un lado y a otro por ver si le siguen. Y sí, hay alguien que lo está haciendo y que incluso conoce su nombre: Allaoui.

—¿Y tú? ¿Es que no trabajas nunca?

—Joder, frena la marcha. Llevo desde la comisaría siguiéndote.

—¿Cómo sabías que...?

—Con esas prisas y ese mirar para atrás tienes todos los números para que te vean sospechoso. Además, ¿qué quieres que te diga?... Yo he ido detrás un buen rato y ni me has visto, o sea que a la poli ni la hueles.

Álex desea tener las ideas claras y colocadas como en una perfecta pantalla de Tetris y Allaoui le está despistando. Siempre siente con él la inclinación de creerle buena gente, pero también sabe que su vida es el puro negocio sea éste cual sea. Y desconoce si entre sus mejores prestaciones estará la de ayudarle a encontrar a un hermano que acaba de cometer un asesinato. Como comprueba que, a pesar de caminar con toda su determinación, su amigo le sigue, Álex se detiene y le espeta:

—Tío, ¿qué quieres?

—¿Adónde vas?

—Voy.

—¿Vas a buscar a Epi, verdad? Déjame acompañarte.

—No voy a buscarle. ¿Para qué iba a hacerlo?

—Por lo de las putas.

La cara le delata y Álex lo sabe. Se han parado en medio de la acera. No pasa nadie. Antes que el hermano de Epi formule la pregunta, Allaoui se adelanta.

—No sabes nada, ¿verdad? La poli ha localizado la furgoneta. Dicen que abandonada en una calle del barrio alto. Una puta los ha denunciado. Dicen. También dicen que dentro han encontrado a Tanveer, que se lo han cargado los chulos de una de las mujeres. Ya sabes cómo va esto. Hablar es gratis.

—Allaoui, mira, no sé nada. De verdad. —Álex tiene el presentimiento casi definitivo de que puede confiar en el barbero. Además, necesita sacar sus ideas fuera de sí mismo y Allaoui siempre le ha parecido de lo más lúcido. Pero tampoco va a enseñar todas sus cartas—. Pongamos que voy en busca de Epi por todas esas tonterías que se oyen aquí y allá. Okey. Pero ¿qué coño pintas tú aquí? ¿Para qué quieres acompañarme?

—Tío, soy barbero. Estoy harto de que me lo cuenten todo. Quiero saber las cosas de primera mano. Quiero información privilegiada.

—Eres una puta cotilla.

—No sé qué quieres decir, pero seguro que sí, que soy eso, una *potilla*. Y también soy tu amigo, tío, te lo digo de corazón — sentencia Allaoui con la mano puesta en el lado izquierdo de su pecho.

—Es cotilla. Cotilla, no *potilla*.

Nada hay tan perturbador como unos ojos mansos. Esos ojos que quieren ser claros, transmisores de confianza, pero en los que, como si te reflejaras sobre la pez, nada puede verse que no sea la más completa negritud. Agujeros hondos y oscuros. Adornos en una cara, por lo general anodina, moldeada para fingir normalidad, cobardía, continuidad. Ojos de los que sospechas que se tornarán en un algo maligno sin razón aparente, un pequeño malentendido o una secreta cuita que ya nadie recordaba que existiera.

Tiffany ve esos ojos en Epi y piensa en un cordero. Ella nunca ha visto un cordero. Pero seguro que muerden si te despistas. Como el lobo de caperucita roja, disfrazado de cordero, no, de abuela, en fin, de abuela cordero, de vieja buena e inofensiva. Al principio no le ha creído cuando le ha dicho que había matado a Tanveer. Tampoco todo aquello de las putas. Pero lo que es evidente es que aquel comportamiento obedece a que algo ha pasado. Quizás Hussein haya muerto y Epi quiera arrogarse la hazaña. O quizá sólo quiere impresionarla. Es posible que también haya enloquecido de amor. Y ¿por qué no? Quizá sí que ha matado a Tanveer. La gente, a veces, hace cosas extrañas.

Al principio le ha entrado la risa. Ha estado a punto de espetarle que cómo un tipo como él podía acabar con Tanveer. Ahora agradece no haberlo hecho. Si algo le dice incesantemente la intuición es que esos ojos mansos han de seguir tranquilos hasta que consiga convencerle o salir de allí.

—Epi, a ver, sentémonos aquí mismo. No acabo de entender nada. ¿Tienes tabaco?

Le alcanza el paquete. Enciende su cigarrillo. Tiffany ve en la mano de Epi algo que parece rastro de sangre entre las uñas. Se la

coge para que no la retire de inmediato, una vez le ha dado lumbre. Las miradas se encuentran. No hace falta hablar. Los ojos de ella parecen entender. Los de él, esperar el perdón, la recompensa, ambas cosas a la vez.

—¿Es verdad que le has matado?

—Sí.

Permanecen callados uno frente al otro, sentados en el suelo. Tiffany quiere saber. Quiere que Percy se despierte. Quiere que la deje marchar como sea.

—Pero ¿por qué? ¿Os peleasteis por algo?

—Hablabas mal de ti. No te respetaba —miente Epi en un afán infantil de cimentar con más motivos su acción.

—Pero por eso no se mata a alguien.

—¿Te sabe mal que esté muerto?

—Pero es que no está muerto, Epi.

—Sí que está muerto. Y a ti no te ha de importar porque ya no es nada tuyo, ¿no decías eso, Tiffany? Tú me dijiste que lo habíais dejado. Que aquello, que todo lo que había pasado con él era lo peor que habías hecho en tu vida. Te acuerdas de eso, Tiffany, ¿verdad? Me lo decías el otro día. La semana pasada, cuando nos encontramos en el Barmacia. Que él insistía y tal pero que tú nada de nada, ¿verdad, Tiffany? ¿Me lo decías o no me lo decías?

—Si te lo dije es porque era verdad.

—Pues ya no te molestará más.

—No digas tonterías, tío, Tanveer no está...

—Sí, sí que lo está.

—Yo sé que no, Epi, no seas pesado. Sobrevivió, no acabaron de joderle lo suficiente.

Sin saber muy bien por qué a Tiffany le parece una buena idea improvisar y desarmar la mentira de Epi. Está convencida de que a Tanveer le ha pasado algo, probablemente le hayan asestado una paliza, pero más aún lo está de que Epi no ha tenido nada que ver. Igual estaban juntos cuando pasó. Pero ocurre algo inesperado. Ahora Epi hace las preguntas.

—¿Cómo sabes que está vivo?

—Me lo han dicho.

Epi se incorpora, apoya una rodilla en el suelo y con ambas manos coge a Tiffany de los brazos.

—¿Quién te ha dicho algo? ¿Mi hermano? ¿Has hablado con Álex?...

—No, no... Deja de agarrarme así. Me estás haciendo daño. —
Epi no le hace caso.

—¿Con quién has hablado? ¿Qué te ha dicho Álex? ¿Le has dicho que venías para aquí?

—No, no he hablado con él. Una amiga me ha llamado y me ha dicho que está vivo. En el hospital, pero vivo.

—¿En qué hospital?

—¡Yo qué sé!

Tiffany ve el miedo en los ojos de Epi. Y si hay miedo es porque realmente está involucrado en lo que le ha pasado a Tanveer. Epi se levanta y camina hacia la ventana. Busca algo en uno de los bolsillos del pantalón. No le queda tabaco y necesita un pitillo ya mismo. Tiffany no tiene: ya se lo ha preguntado antes. Al meter la mano en el bolsillo nota la navaja dentro. Sin razón alguna, eso le tranquiliza. Porque si Tanveer está vivo, tendrá que rematarlo antes de que salga del hospital.

—Tengo que...

—Tú no harás nada. Te portarás bien y ya está.

—Me estoy portando bien. Me estoy portando de puta madre.

—Debería irme, Epi. ¿Me ayudas con el crío? —intenta la chica. Su tono es premeditadamente dulce. Quizá todo resulte más sencillo de lo que espera. Es posible que Epi la ayude y se acabe todo este follón.

—No te enteras de nada, ¿verdad, Tiffany?

—¿De qué me tengo que enterar que no me entero?

A Epi le puede la rabia. Se acerca a ella, muy cerca de su cara. Epi está desconocido. Algo le ha empujado hacia el abismo y no puede parar. No sirve de nada encogerse y esperar la caída. Lo que

más sorprende a Tiffany es la resolución de él. Porque, al parecer, ha decidido pasar a la acción. Tiffany lamenta ahora las medias verdades y las medias mentiras con las que ha ido alargando la relación con él. No supo cortar de cuajo. Epi era dócil y leal como un perro. Lo aceptaba todo. Si le dabas una patada, al rato volvía a por otra. No sabía o no quería comprender qué pasaba. También es cierto que en la relación con Tanveer nada estaba en el mismo sitio más allá de dos fines de semana seguidos. Tan pronto se odiaban, se separaban, se zurraban, como, al cabo de nada, unas horas, unas semanas, un mes, estaban juntos otra vez, sabiendo que si alguien estaba hecho para alguien eran ellos dos. En esos limbos, Tiffany se sentía mejor sabiendo que Epi estaba cerca. Siempre a su disposición. Presto para quererla, mimarla o sacarla a dar una vuelta por ahí.

—Venga, dime, ¿de qué me tengo que enterar, Epi?

—De nada. Déjalo.

—No, venga, dime.

—¿Qué quieres que te diga? No quería que te pusieras loca de alegría por su muerte pero sí que vieras las cosas como yo las veo.

—Vienes, me encierras, me dices que has matado a no sé quien. Pues vale, de puta madre, felicidades. Además tiras a mi hijo sobre un colchón, lleno de arañazos...

—No le he puesto la mano encima.

—Pues dime tú qué carajo le pasa a un crío para estar sobado a las once de la mañana. Tengo que llevarlo a un hospital y que le vean... ¿Qué quieres que te diga de todo esto? ¿Qué película estás montando, Epi?

—Ninguna película.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—Sé lo que hago.

—Seguro.

—¿Sabes qué pienso? Pienso que te pones así porque aún le quieres. Ahora lo veo claro. Me has estado mintiendo todo este tiempo.

—Pero ¿qué coño dices, tío? ¿En qué te he engañado?

—Aún le quieres. Aún estabas con él. Pero era malo. Follaba con putas. Les pegaba. Antes que llegara él, tú y yo éramos felices...

—¿Felices? Tú serías feliz, porque lo que es yo me aburría como una vieja.

—Entonces no decías eso.

—¡Yo qué sé lo que decía entonces!

La chica entra en el dormitorio. A pesar de todo el jaleo, Percy sigue dormido. No da señales de querer despertar.

En la discusión, como un chispazo, regresa la certeza que da sentido al resto de ideas que divagan dentro de ella: el niño sufre de conmoción producto de un mal golpe. Le ha revisado la cabeza y no ha encontrado nada, pero tampoco puede hacer ella una revisión exhaustiva. Un sudor frío le recorre el cuerpo. Se enfurece. Epi percibe el cambio. Trata de calmarla. Él sabe que el chaval no se ha dado ningún golpe. Aunque quizá los niños no puedan tomar calmantes ni en dosis tan pequeñas. «Morirse no se morirá», se dice para tranquilizarse. «Siempre se estará a tiempo de un lavado de estómago».

Al entrar en la habitación, Tiffany intenta despertar a Percy. El chico respira pero no abre los ojos. Ella le llama por su nombre, le zarandea, coge sus párpados y se los abre. Pero el niño insiste en seguir dormido.

—Cariño, no te preocupes. Al niño no le pasa nada. Un poquitín de calentura. Ya está. Le he puesto en la cama y se ha quedado frito.

Podía ser cierto. Jamelia ha ido a recoger por esa causa al crío a la escuela. El niño, para tranquilidad de su madre, abre ahora los ojos, ve sin reconocer a Tiffany y se remueve enfadado porque quiere seguir dormido. La mujer respira, algo aliviada.

—De todas maneras me lo llevo.

—Tiffany, hablemos antes y luego os podéis ir.

—Muchas gracias, amo y señor. —Tiffany pasa por delante de Epi en dirección a su bolso. Se lo coloca cruzado, como siempre, y

vuelve en busca de Percy—. Gracias por dejarnos salir.

—Hoy parece que no quieres entender nada. Tengo yo la llave. Quiero hablar y quiero que me escuches.

Trata Tiffany de volver a entrar en el dormitorio, pero Epi se lo impide.

—Es fácil. Yo pregunto y tú me contestas.

¿Qué hay ahora en aquellos ojos? Un animal acorralado. El alumno al que todos pegan y está en un rincón del patio, pidiendo clemencia. El malhechor que el superhéroe creía que ya estaba fuera de combate y lo deja, incauto, atrás, preparando el golpe artero. No hay que dejar prisioneros a nuestras espaldas. Nunca debió fiarse de él. Está tan furiosa por todo lo que está ocurriendo que no puede ni utilizar subterfugios. Le golpearía hasta matarlo. Le molesta que crea tener algún poder sobre ella. Que trate de tangarla con todo aquello sobre Tanveer, que vete tú a saber si es o no cierto.

—Dime dónde está Tanveer. En qué hospital.

—Te he dicho que no lo sé.

—Yo le vi muerto, Tiffany. Las heridas de navaja son jodidas.

La distancia entre las caras del uno y de la otra es mínima, apenas unos centímetros. Su boca y su nariz están tan cerca de ella que no pueden verse los ojos.

—Se ve que no le dieron en ningún órgano chungo. En la grasa de la barriga.

La satisfacción de Epi es tremenda. La ha pillado. Y es que a ella siempre le ha gustado jugar. Sin embargo, trata de que no se le ilumine la cara por la satisfacción de desvelar la torpe mentira urdida por Tiffany. Aspira su perfume y baja la mano hasta el borde de la falda.

Esconde la mano bajo la tela. La chica aprieta con fuerza las piernas. Está furiosa porque intuye que le ha pillado la mentira. Sin dejar de tratar de hurgar en las bragas de la chica, Epi alarga el cuello y le dice al oído:

—No hubo navajas, niña. Cogí un martillo y se lo incrusté en la cabeza. Él me miraba y no entendía nada. No esperaba que yo me comportara como un hombre. Que hiciera eso por ti.

La lleva contra la pared. Quiere que sienta su miembro erecto contra ella. Con la mano que no tiene ocupada en las bragas le enseña dos de sus dedos.

—Ésta es su sangre. Una sangre llena de mierda de las putas que se tiró anoche. No se creía que alguien te quisiera tanto que fuera capaz de enfrentarse a él.

Le introduce los dedos manchados de la sangre de Tanveer en la boca. Tiffany abre los labios tras una breve resistencia. ¿Qué más da chuparle esos dedos? ¿Qué más da hacerle creer que quiere follar con él? ¿Qué más da dejarse llevar por esa sensación de que no hay nada que una pueda hacer más que esperar que la tormenta lo arrase todo, que rompa en pedazos la conciencia y los planes, las ideas preconcebidas y los buenos propósitos? Allí le tiene, bajándole torpemente las bragas, alguien que es capaz de arriesgarse a ir a la cárcel veinte años por follar con ella, porque le diga que le quiere, que nunca hubo nadie como él. Cómo le odia. Cómo odia su torpeza. Y cómo odia también su propia vanidad. Cómo odia profundamente doblegarse ante semejante demostración de fuerza, cómo odia ser una diosa a la que la ofenden al tiempo que le ofrendan sacrificios.

—Dime que ya no le quieres. Dime que nunca le quisiste. Porque él no está y yo sí, porque yo siempre te follé mejor de lo que te follaba él.

Epi ya está dentro de ella. Tiffany decide relajarse y esperar que a Percy no le dé por despertarse ahora. Se escurre el miembro de Epi pero, enseguida, vuelve a hacerlo entrar. Las piernas de uno y otro se tensan. Tiffany no sabe si subirse a horcajadas encima de él. Duda. Finalmente lo hace. Cierra los ojos. Trata de no pensar para concentrarse en una única idea: esas mismas manos mataron a Tanveer hace unas horas. Le clavaron un sello con su nombre en la frente para que nunca la olvidara. Y aún no sabe si es cierto o no. Si

le duele o no semejante pérdida. Pero se dice que está enferma porque las mujeres normales no se excitan cuando un hombre mata por ellas. ¿O sí?

Álex y Allaoui van a buen ritmo. Han tomado una ruta anárquica y retorcida. Para la policía, seguir a Álex es la manera más sencilla de llegar hasta su hermano. Lo más probable es que le hayan puesto a alguien siguiéndole. Ha de llegar lo antes posible al piso de la calle Granada. No puede hacer otra cosa que eso. Trata de ir pensando con la misma claridad que expresan sus zancadas. Pero la compañía de su camarada hace imposible que pueda concentrarse en todo aquello. Sabe que a veces habla solo por la calle. Se lo han dicho más de una vez. Eso le ayuda a saber qué hacer a continuación. Quizá sea por evitar eso por lo que le cuesta más centrar escenario y situación. Al contrario que su hermano, Álex ordena el mundo a medida que lo verbaliza. Sus labios se mueven pero él se esfuerza en que no se oigan las palabras que va diciendo.

—Estás hablando solo, amigo.

—Ya lo sé. Me estaba cagando en mi estampa.

En Álex cobra fuerza la idea de que más pronto que tarde acabará por sincerarse con Allaoui, aunque no está muy convencido de la conveniencia de ello.

—Dime al menos hacia dónde vamos. Si tiramos recto o giramos porque si no tengo que irte siguiendo las piernas.

Álex se detiene y se hace a un lado para que un transeúnte les adelante. No parece poli pero supone que en eso consiste ir de incógnito. Se apoya en la pared, saca el botellín de agua que ha comprado de camino y echa un trago. Con tanta medicación a deshoras, el ardor del estómago regurgita una y otra vez como una marea constante y agria en la boca. No parece que nadie les siga. Tampoco pasa coche alguno.

—Allaoui, atiende porque sólo te lo explicaré una vez. Me han interrogado en comisaría. Me han hartado de preguntas sobre la furgoneta de reparto que lleva Epi. Y yo no sé de qué va todo esto, pero están muy interesados...

—Ya te he dicho lo que se cuenta...

—Mira, lo que cuente la gente me importa un huevo...

—Vale...

—A Tanveer se lo cargan. La poli, dicen unos. Unos macarras, otros. Y yo digo que ha sido un paqui porque resulta que lo he visto. Pero en fin. Lo que sea. Me da igual. Y para acabarlo de arreglar, el gilipollas de mi hermano desaparece y la poli detrás de él. Sólo falta que ante toda la mierda, él parezca un sospechoso de libro, ¿me entiendes? Yo no sé qué pasaba en la furgoneta, pero si trapicheaban o se follaban a perros, que lo paguen. Conozco a mi hermano y sé que es muy influenciabile, pero de nada grave seguro que no le van a acusar. Bueno, a lo que iba. La poli le sigue por lo de la furgoneta y él, *missing*. Matan a Tanveer y él, *missing*. Se lo está poniendo demasiado fácil para que le endosen el marrón y se pongan medallas, ¿entiendes?

—Entiendo.

—Pues yo sé dónde está Epi. Quiero ir hasta allí, darle una hostia en su carita de imbécil, cogerle de los cojones y llevarlo a los *mossos* a que cante por Camarón. Eso sí, la canción que me la cante primero a mí. Porque conociendo a Epi, si les coge cariño igual dice que él solito montó lo de Atocha.

—Pues sí —contesta Allaoui, al tiempo que se le escapa la risa. Se le nota que se le agolpan como cien preguntas y otras cien bromas cuyo momento probablemente no sea éste—. No te preocupes porque no diré nada.

—Te lo pido por favor, Allaoui. Sabes que aunque dijeras la verdad, la gente luego se pone a inventar y a decir mamonadas y me lo crucifican.

—Vale, vale. No digo nada. Pero si quieres un consejo...

En esto, ya se han puesto de nuevo en marcha, algo más tranquilo Álex por poder compartir todo aquello con alguien. Ha visto las cosas fuera de su cabeza. Quizás ahora pueda analizarlas mejor.

—... te diré que si la poli ya ha hablado contigo, no se necesita ser muy tocha para pensar que tú les llevarás hasta él. Pero de mí no saben nada. Puedo ir yo y...

—No te me hagas el héroe, moro. Sólo quiero ir a hablar con mi hermano.

—Yo sólo voy hasta donde esté y le digo lo que tú me digas o lo llevo hasta ti.

—Bueno, ya veremos.

El mayor de los Dalmau piensa que no es una idea tan descabellada. Le quita protagonismo, pero probablemente sea mucho más seguro y eficaz. Se reserva esa posibilidad para después. Están a apenas diez minutos del piso donde espera que Epi aún siga aguardando.

—Esa tipa era una bomba. Una puta calamidad para todos ellos.

—¿Quién?

—La Tiffany.

—No creo que nada de esto tenga que ver con ella —miente Álex.

—Quizá no pero...

—Pero ¿qué? —Ahora es él quien tiene ganas de saber. Se ha vuelto a parar en medio de la acera. Tiene casi la certeza de que Allaoui ha estado jugando con él desde un principio.

—Tranquilo, compadre.

—No, tranquilo, no. No me jodas, tío, ni me vaciles. Estoy hasta las narices de los misterios... ¿Qué has querido decir al mencionar a Tiffany?

—Digo todo y no digo nada. Mira, ya sé que no aparece por ningún lado en el descalabro del moro y que a éste lo ha *matao* un paqui o la madre que lo parió, pero lo que me has comentado también pudiera ser...

—¿Qué?...

—Pues que fuera Epi quien se lo cargara. Era novio de la chica antes de que apareciera el moro, ¿no? Un caso de celos, amigo. Alcohol, coca, una palabra más allá y cinco minutos de locura. Nos puede pasar a todos.

—Pero, pero...

—Reconócelo, puede ser lo que pasó. La verdad de la verdad.

—Podría pero no lo es. Yo estaba ahí y sé lo que vi.

—Pero tú eres su hermano y él se ha escapado.

Allaoui ha echado a andar. Da unos cuantos pasos y se gira pidiendo a Álex que se dé prisa, qué hace ahí, inmóvil.

—No entiendo cómo alguien puede creerse que Epi haya liquidado a Tanveer —se autoconvence Álex—. ¿No ves que no tiene cojones para eso?

—No, pero igual los cojones los tenía la niña. Esa tía está buena, pero es mala. Yo ni me la follaría, y eso, viniendo de quien viene, tiene mucho valor, te lo aseguro.

Ahora marchan el uno al lado del otro, aunque sea Allaoui quien en realidad lleva la iniciativa. Es por eso por lo que Álex le concede la dirección.

—Vamos a la calle Granada.

—Me lo imaginaba. Oye, ¿ésa no es la hermana tonta de Tiffany?

Jamelia camina canturreando una melodía que ha escuchado al pasar frente a un bar. Ha sido llegar a casa y no han pasado ni cinco minutos cuando la han llamado. Que podía incorporarse el próximo lunes. Le ha dicho que sí, claro que sí. Y su madre, cuando ha llegado a casa y ha conocido la noticia se ha puesto loca de alegría y la ha convencido para que volviera a telefonar y les dijera que si querían, y sin cobrar ni un euro, podía ir enseguida para que se lo explicaran todo y de esa manera el lunes empezaría a trabajar como una leona. Jamelia no había visto nunca tan contenta a mamá. Han llorado juntas cuando han colgado la primera vez y lo han seguido haciendo tras la segunda llamada. Antes de eso, no parecía creerla

del todo. Estaba más preocupada por Percy y por dónde andaría Tiffany con el niño, si estaría en urgencias o vete a saber. Pero luego ya ha sido toda suya. Por primera vez en mucho tiempo ha sentido a su madre orgullosa de ella y eso no se puede comparar a nada.

Jamelia no oye que la están llamando. Camina zambullida en su propia felicidad. Quiere llegar pronto al supermercado. Imagina qué hará con su primer sueldo. Igual compra una tele de esas pequeñas para que mamá vea los culebrones en la cocina. O un bonito vestido para Tiffany. De esos extremados y con cremallera que tanto le gustan. Irán las dos juntas a comprarlo porque su hermana pequeña tiene unos gustos tan especiales... Ya no recuerda el bofetón de esta mañana, lo déspota que puede llegar a ser la maleducada. ¿Y a Percy? Se lo llevará a merendar lo que quiera, montañas de nata y dulce, y luego irán a una de esas tiendas de juguetes para que escoja el juguete que más le guste. ¿Y para ella? De momento, nada. Pero tendrá que comprarse ropa y cortarse el pelo de otra manera. El chico de la entrevista era tan guapo, y la trató tan educadamente. Parecía muy listo porque usaba todas esas palabras que ella apenas acertaba a entender. La cabeza se le desbocaba y casi parecía ver a ambos —ella y él— trabajando en aquel supermercado y quedando después a la salida para volver juntos a casa. Se veía tiempo después, embarazada porque no había problema en eso de quedarse encinta, le había explicado el entrevistador, y ella se había sonrojado. El único problema era el uniforme, que era especial, claro, pero...

—¡Jamelia, Jamelia...!

Allaoui y Álex intentan seguirla pero desisten. La chica no se detiene en su paso ilusionado y veloz hacia el supermercado. No lo lamenta Álex. Bastante le ha costado esta mañana tratar de hablar con ella como para querer reeditar una segunda parte.

—Ésta va de mensajera de la hermanita y, al vernos, ha decidido que no nos quiere ver... —se adelanta Allaoui a su pensamiento.

—Eres todo un Sherlock Holmes...

—¿Un qué?

—Nada, un detective. Como Harry Potter.

—Sí, Harry el Putas.

Ambos ríen. Álex aún no sabe qué hacer. Espera que Allaoui no le dé alternativa y tenga un plan, porque casi han llegado a su destino y no ha podido concentrarse lo más mínimo. A lo sumo, lo que tiene en la cabeza es un decálogo de intenciones y poco más.

Tiffany está tumbada boca abajo, con la cabeza ladeada sobre el colchón. Percy está apenas a medio metro de ella. Estira el brazo y le pone la mano sobre la carita. Su aliento le hace cosquillas en la palma. Con dos de sus dedos hace una cariñosa tenaza y le pellizca la nariz. El niño protesta. Buena señal. Por su lado, la respiración de Epi se ha hecho incluso más profunda. Esperará un poco más. Después de hacérselo con él ha decidido convencerle de que la deje marchar. Hacerle sentir que si él era el dueño de la situación, si él había asesinado al monstruo y la había liberado, no tenía sentido sospechar de ella. Se marcharía con el crío y aquella misma noche podía ir a buscarla para charlar tranquilamente de lo que ha pasado, pero sobre todo de lo que iba a pasar.

Pero después de tumbarse en el colchón, Epi no ha podido evitar dormirse. A la marca del placer se unió la cantidad de horas que llevaba en vela; los últimos tiros se le habían evaporado de la sangre. Ante esta nueva situación, el desplome de Epi, el plan de Tiffany ha cambiado radicalmente: se larga ya mismo.

¿Hay prisa? La hay, sabe que la hay, pero de repente no siente esa premura. Saborea ese instante que reconoce especial: el que precede a los grandes momentos. Tiene la boca abierta contra la tela sucia del colchón sin sábanas. Podría cerrarla pero tampoco quiere hacerlo. Le agrada notar su lengua ahora sobre esa superficie áspera como lengua de gato. Ni echar a correr ni cerrar la boca: el fin del sentido común. Quizás hasta podría quedarse dormida. Bastaría con unos minutos más de estar así, acurrucada junto al crío. El tiempo, cuando más lo necesitas, te demuestra que no existe.

Pero la indolencia se esfuma de la chica en cuanto localiza las llaves. Sobresalen de un bolsillo del pantalón de Epi, y ahora que la prenda sólo sigue unida a su dueño por un tobillo, es sencillo hacerse con ellas. Alarga el brazo, mete los dedos en el bolsillo. Ni siquiera mira a Epi. Por pereza y orgullo, despreciando esa precaución como siempre ha despreciado cualquier otra. Saca las llaves del bolsillo. Las deja caer sobre el colchón. Las mira con la visión incompleta que le concede la posición de la cabeza contra el colchón. Su saliva sigue mojando la tela.

El sol del mediodía hace que el ambiente sea sofocante. Desde allí no se oye ni un alma más allá de algún que otro vehículo más ruidoso de lo normal. Por eso eligieron aquel piso los amigos de Tanveer. Porque los vecinos eran sordos, viejos o estaban muertos. Porque los coches sólo pasan por esa calle si se pierden. Las ventanas no tienen cortinas. Tiffany busca con la mirada unas de color violeta que compró en su día para colocar en esta habitación. Es posible que sigan aún en el armario, junto al material de escalada de aquel pirado amigo de Tanveer. También estarán allí las perchas robadas, las bolsas con la ropa sucia de pintura y mugre, el olor a aguarrás.

«Pero ¿realmente le ha matado?» Algo había pasado. Seguro. Epi no hubiera montado todo aquello con Tanveer centrado. Pero si éste ha muerto, ella debería sentir algo que no siente. Porque de ser cierto, van a buscarle la mirada para saber qué hay dentro de ella. Y teme Tiffany que allí no vayan a ver nada. Por ahora no hay lágrimas. No hay dolor. Tampoco sabe si vendrá luego. Pero debería sentir algo. Algo más que vanidad, ¿no?

Tiffany intuye que lo que siente por Tanveer Hussein es más profundo de lo que nunca querrá reconocer. Recuerda cómo se sentía ante aquel hijo de la gran puta con ojos de perro malo. Desarmada como una niña. Se sentía protegida y desamparada al mismo tiempo. Inquieta cuando no sabía por dónde paraba, alerta en sus mentiras, engreída en sus derrotas. Pero cuando le tenía, cuando se la escondía dentro, sabía que todo tenía un sentido,

aunque diera igual si no lo podías interpretar. Pero ¿por qué sólo le pasaba con él, por qué de esa manera?...

No puede hacerse a la idea de que ya no le verá. Para ellos «nunca más» siempre era por unos días. Habían sucedido tantas rupturas, había deseado en tantas ocasiones no volverle a ver, que lo mataran o huyese a su país, si es que tenía otro país que no fueran esas calles. Ha tenido la sensación tantas veces de que todo había acabado que ahora no asimila la idea de que sí, había un final, y que éste inesperadamente ya ha ocurrido. ¿Qué le queda ahora?...

La respiración de Epi sigue siendo profunda. Tiene la boca abierta. Ronca. ¿A qué está esperando? «Coge las llaves y sal de aquí de una vez», le ordena su propia voz interior. Cierra las manos sobre el manojo de llaves. Mira a Epi a modo de despedida. Sus últimas horas de libertad. Su último polvo. Su primera y última heroicidad. Ha matado al dragón y ha venido a buscar a la chica. Sólo que el tonto de san Jorge no preguntó antes. Entendió las cosas como le dio la gana. Nunca sospechó que no hay princesa sin bestia.

¿Por qué no podía enamorarse de alguien como Epi? ¿Y si se esforzara en hacerlo?... Alguien que se arruina la vida. Que mata, que lo revienta todo sólo por estar a solas con ella. Por tener su amor. Por un mundo privado para ellos dos. ¿Alguien va a quererla más que él?...

Tiffany cierra la mano sobre las llaves. Se arrastra por el colchón y pasa por encima de su hijo. No hay problema respecto a Epi: sigue dormido. Coloca los brazos por debajo de Percy y reúne todas las fuerzas que puede. Ha de elegir el momento para que no haya ni un error. Sube a pulso al crío y va enderezándose poco a poco. Ya de pie, se gira hacia la puerta con tan mala fortuna que se enreda una pierna con la sábana y sale lanzada hacia el armario. Su cabeza da de plano contra la madera. Duele. El ruido ha sido importante. Tiffany permanece paralizada, a la espera de que Epi venga a por ella a preguntarle adónde va con tantas prisas. Pero los instantes

pasan y Epi no reacciona. Tiffany sólo oye algo como un gemido que sale de los labios de Percy y el armario que ha ido moviéndose hasta detenerlo poco a poco ella misma con la cabeza.

Sale de la habitación y se dirige hacia la puerta del piso. Frente a ésta, por primera vez es consciente de que está asustada. Le sudan las manos mientras trata de colocar la llave sin hacer ruido. Con el crío en los brazos le resulta difícil. El corazón se le dispara. Acerca la carita del niño, pegándola a la suya y los brazos de Percy cogidos al cuello, para tener al menos una mano libre.

Cuando introduce la llave, el timbre estalla.

Allaoui está llamando al interfono con decisión, y a Tiffany se le congela el gesto porque siente la cabeza dentro de una inmensa campana de metal. Los timbrazos insisten e insisten. Tiffany reacciona y da la primera y la segunda vuelta hacia la izquierda tal y como su padre le enseñó —«la derecha aprieta, la izquierda desata»—. Entonces oye a Epi en la otra habitación dando un traspiés tras otro, intentando levantarse. Los timbrazos persisten. Alguien sabe que están allí y no va a cejar en el empeño. «Quizá sea la imbécil de Jamelia», piensa Tiffany. «Quizá la poli. Quizá Tanveer Hussein que viene a rescatarla de este tarado.»

La cerradura gira y la mujer tira de la puerta con todas las fuerzas de que dispone para bajar la escalera, llegar a la calle y echar a correr y correr hasta que el corazón se le reviente. Hasta llegar a su casa, o mejor aún, correr hasta abandonar esta ciudad, atravesar mares y edificios, regresar a su país, allí donde su padre era bueno y la llevaba sobre los hombros contra un cielo claro y azul, encontrar a su abuelita y al tío Valle que están en el cielo, pobrecitos, que la querían tanto y le tiznaban la naricita y le enseñaron a bailar y canciones que ahora apenas recuerda. Empezar de nuevo toda esta historia y hacerlo mejor.

Pero la realidad rompe la carrera de su fantasía cuando un golpe seco le informa de que no ha quitado la cadena que asegura la puerta a la pared. Trata de quitarla con la puerta abierta porque tiene la impresión de que si la cierra ya no podrá abrirla nunca más.

Pero no hay manera. Percy cada vez le pesa más. Cierra la puerta y con la misma mano que tiene las llaves consigue quitar la cadena. Las llaves caen al suelo pero ya da igual. Tira del pomo de la puerta. Su cuerpo ya casi está fuera del piso pero en ese momento Epi le tira por detrás del pelo con furia. Si Percy estuviera despierto podría dejarlo que se marchara corriendo escaleras abajo y así al menos se hubiera salvado él. Si pudiera hacer eso, ella sola con Epi sí que podría. O al menos tendría una posibilidad. Pero acarrear al crío lo dificulta todo.

La mano de Epi, la misma mano que reventó la cabeza del moro, deja de agarrar el pelo para cubrirle la garganta y de un tirón seco la lanza contra la pared. Ella cae de culo con el niño en brazos, que sigue sin despertar. Suenan de nuevo los timbrazos, aunque de repente parecen no oírlos. Epi está furioso. Tiene la mirada enrojecida por el sueño, el mal despertar, la decepción.

—Pero ¿qué haces, Tiffany?... ¿O sea que me follas para tenerme colocado y largarte después? ¡Eres una puta de mierda! ¡Te crees que soy un idiota, un pelele con el que puedes hacer cualquier cosa!

—¡Déjame salir, Epi, déjame salir! ¡He de llevar al niño al hospital, he de largarme de aquí o me volveré loca!

Allaoui sigue llamando. Álex le ha asegurado que Epi ha de estar ahí, que no hay otra posibilidad. Igual estará durmiendo la noche en vela y le cuesta despertar. El pequeño de los Dalmau descuelga el interfono.

—¡Epi, Epi! ¿Eres tú, Epi?

—¿Quién eres? ¡Álex!

—Soy Allaoui, Epi, he venido con tu hermano, ábrenos.

—No, dile a Álex que suba él solo. Contigo no hablo.

Casi inmediatamente después de que cese la conversación por el interfono, Allaoui escucha que alguien grita desde una de las ventanas de ese mismo edificio. No puede reconocer la voz, pero por la expresión que ve en Álex la cosa tiene que ver con ellos. Corre al centro de la calle y distingue a Tiffany moviendo los brazos

y gritando algo que no entienden. Enseguida alguien parece tirar de ella desde dentro, y de una sola y concluyente embestida baja la persiana.

Un Citroen se para a un par de metros de donde están los dos hombres. El conductor sale del vehículo y pregunta qué número de la calle es ése. Allaoui no le contesta. Álex reacciona con rapidez y regresa hacia el interfono. El tipo del Citroen está llamando por el móvil. Allaoui se dirige hacia él.

—¿Qué hace?

—¿Qué quieres que haga? Llamo a la policía.

—No llame a nadie. Nosotros somos policías. Si quiere le enseño la placa —responde Allaoui mientras oye un zumbido y ve por el rabillo del ojo que Álex entra en la escalera. Ha de apresurarse si no quiere quedarse fuera. Es por eso por lo que espera haber disuadido lo suficiente a aquel hombre para que no complique aún más las cosas.

La realidad inspiró la ficción. Luego ésta inspiró a aquélla y a partir de ese momento todo son copias de copias que ya ni recuerda que tuvieron un original. En ello piensa Pep, T.I.P. 1465 del cuerpo de *Mossos d'Esquadra*, cuyo vehículo ha sido destinado a esta parte de la ciudad. Y su mente divaga mientras conduce acompañado de Rubén, ese hijo del Cinturón excesivamente dado a silencios prolongados y previsibles sentencias sobre cualquier tema. ¿A cuenta de qué esa reflexión sobre quién copia a quién? Es una idea a la que recurre mucho últimamente. Mirar las calles de la ciudad con los ojos de un poli es estar metido en una película mil veces vista. De hecho, él sabe —aunque pocos lo reconocieran— que la mayoría de los polis lo son por la televisión o el cine. Y cuando ves a las prostitutas enseñando el palmito a la distancia apropiada de escuelas y del pequeño comercio, uno se pregunta si las putas visten, hablan y se mueven como putas porque lo lleva el oficio o porque así lo han visto representado en un telefilme. Y como eso, todo. Los moros son escurridizos, los comisarios tienen mala leche y la camisa sudada, los ricos se drogan sobre mesas de cristal, los abogados se asustan a las primeras de cambio y todos los okupas tienen aros grapados en las cejas, un amigo alemán y un perro manso y grandullón sin collar. ¿Sin imágenes previas sería igual? Demasiado cambio de turno, piensa Pep. Aún no se ha acostumbrado a los turnos alternos. De tarde a noche, seis días a partir de hoy. Luego una semana por la mañana. Después, vuelta a empezar. Es de locos. Con todo lo que conlleva de desbarajuste. Esas cocacolas a última hora que desvelan al llegar a casa, tanto café que hace que tengas la boca de esparto y el corazón a mil, tanta basura que picas y repicas, todo ese ir al revés del mundo

acaba matándote. Andas muerto de sueño, pero padeces insomnio. Sufres estreñimiento horas antes de ser reventado por colitis devastadoras.

—Todo está tranquilo, pero se tiene la sensación de la calma que anticipa...

«La tempestad» remata mentalmente Pep porque ése es otro de los rasgos de Rubén que no ayuda a resolver su enigma sobre qué hay de real en el artificio y qué de falso en la realidad.

—... la tempestad.

—Sí.

—No me fío. El *cap* estaba de los nervios con los contenedores incendiados y los rumores... Y es que todos estos...

Pep no sabe a quiénes se refiere Rubén. Supone que a todos los del barrio que no son del Barça, por ejemplo. Pero ya ha hecho más de un turno con él para saber que es mejor ir cerrándole temas como túneles ciegos a lo largo de las horas. Al final, se aburre y calla, minutos que parecen gloria.

—El jefe siempre está nervioso. Y más que lo estará si se entera de que no se ha hecho lo que él mandó.

—No es culpa nuestra, Rubén.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero la bronca sí que será nuestra.

Dan vueltas por el barrio. Es cierto que parece tranquilo, pero Pep no sabría decir si tiene o no algo de anormal tanta quietud. Ya han tenido un muerto esta mañana. Espera y cree que, al menos en su turno de tarde, no pase nada más. Si la ciudad se incendia que sea en el nocturno.

—Mira, a mí si me tocan los cojones les diré la verdad: que la orden no la hemos recibido nosotros. Estábamos en los vestuarios.

—Pep, sabes que la norma es que si recibes una orden durante el cambio de turno...

La conoce. Pero para ese supuesto concreto entiende la norma como injusta. Llegado el caso piensa defender esa posición suya hasta la última instancia. Las órdenes del comisario eran seguir al Dalmau limpio que se hallaba aún en comisaría y encontrar al

Dalmau sospechoso, el tal Epi. La orden la recibieron Javier y Magda, pero éstos acababan turno y diligentemente le dieron carácter de urgencia para la pareja siguiente, es decir, para Pep y Rubén. Cuando éstos aparecieron vestiditos, acicalados, porras y pistolas bien colocadas pero diez minutos tarde, el hermano del sospechoso en el expediente de la furgoneta se había ido hacía el suficiente rato como para haber desaparecido a ritmo de paseo. Pep y Rubén tratan de conjurar su suerte. En la casa de la familia Dalmau no había nadie, así que, como un tiburón más desesperado que mortífero, el coche de los *mossos* ha ido girando todo este tiempo en círculos probando fortuna en el cálculo de probabilidades infinitas de aquel barrio.

—¿Y si paramos en el bar de la Mari? Estoy harto de dar vueltas —propone Rubén.

—Vale.

—Además, allí siempre hay pájaros que igual nos dan alguna pista.

Pep odia buscar confidentes como si estuvieran dentro de una película de detectives de los setenta. Pero Rubén es Rubén. Pep le mira de reojo. Siempre cuesta creer que dentro de envases tan bonitos quepa tan poca cosa. Moreno, de facciones firmes y serenas, musculado, no muy alto pero con buena planta. Arrasaría en alguno de los locales que frecuenta Pep, al menos hasta que abriera la boca. Rubén, por supuesto, no sabe que Pep es homosexual. Quizá lo imagine, pero nunca han hablado de eso. Anda Rubén tan preocupado con la invasión de negros, moros y sudacas que los maricas, de momento, no le sobran.

—No me sabe mal lo del moro.

—A nadie.

—¿Investigarán?

—Rutinariamente. Dicen que ha sido un paqui, o sea que búscale.

—Basura matando basura: nulo interés para que se gaste el dinero de los contribuyentes —contesta Rubén imitando el tono y el

deje de un ex presidente del país.

—Nuestro único interés está relacionado con la furgoneta.

—¿Sabes qué les hacían a las pobres furcias?

—Más o menos, pero no quiero detalles.

Entran en el bar y saludan a Mari. Se apoyan en la barra y esperan a que ella se les acerque para pedir.

—Ahora venís. Media hora antes os necesitábamos.

—Haber silbado —dice estúpidamente Rubén.

—Eso, tú, va y cachondéate.

—¿Qué ha pasado, Mari?

Se le empañan los ojos a la mujer. Quiere hablar pero parece no saber por dónde empezar.

—¿Qué pasa, Mari? Es por lo de ese chico...

—Por todo, por todo. Lo de esta mañana, lo de anoche, lo de hace un rato... Llevo encerrada en esta porquería de bar quince años y no veo salida. No hago más que trabajar y trabajar. ¿Para qué? Para servir a cuatro pintas, a borrachos y matones que no saben ni pedir con educación un vaso de agua. En fin, nada, no me pasa nada. Cosas de vieja. Supongo que estoy agotada. ¿Qué os pongo?

—Dos cocacolas... por favor —pide Pep con una sonrisa que Mari agradece.

En esto, Salva regresa del almacén. Cambia su expresión cuando ve a Mari hablar con los polis. Se dirige a la barra tan rápido como puede y les regala su sonrisa amarilla de ex fumador.

—¿Qué os pongo, chavales?

—Les estoy atendiendo yo, Salvador.

—¿Qué pasa, mujer, con esa mala leche? ¿Ha sido lo de Helio? Ya le he dicho que no vuelva más por aquí. Que se acabó, que haga sus numeritos en otro bar, que otra cosa no, pero bares en este barrio hay a punta pala.

—No le has dicho nada.

—No es verdad.

—¿Qué ha pasado con Helio? —inquiére Pep.

—Lo de siempre, que se le pone caliente el morro y empieza con sus bromas pesadas mientras paga a su gente y, claro, todo tiene un límite. Hay hombres que están tan necesitados que aguantan lo que sea, pero hay otros a los que se les hinchan los cojones.

—Acabará como el moro —le interrumpe su mujer—. Os pongo unas tapitas. Ponles tú las cocacolas.

—Hace nada que hemos comido —protesta sin éxito Pep.

Salva abre la nevera de debajo de la barra y extrae dos latas. Sin preguntar sirve hielo y limón, cosa que siempre molesta a Pep.

—Pobrecilla. Le ha afectado mucho lo de Tanveer. No por él, sino por toda la violencia que hay por todos lados. A nadie le gusta ponerse a limpiar de sangre su casa. Y eso que cuando ella ha bajado yo ya había arreglado un poco todo esto.

—No le digas eso a un poli, joder. ¿Es que no has visto CSI?

—Ya me entiendes.

Se quedan en silencio y al poco rato llega Mari con unos boquerones en aceite.

—Invita la casa —dice la mujer.

—¿Qué es esto? ¿Aperitivo, comida, merienda?

—Boquerones.

La mujer marcha a la cocina. Pep, a solas otra vez con Salva, decide probar suerte.

—Estoy buscando a los Dalmau.

—¿A Epi?

—A cualquiera de los dos. Pero, en concreto, nosotros buscamos al mayor.

—Álex estuvo aquí hace un rato. Creo que iba a comisaría.

—Y ha ido, pero el comisario quiere volver a hablar con él —miente el policía.

Salva se tensa. Aquello no puede ser una buena señal. Mal asunto que deba volver a declarar. Habrá caído en contradicciones, seguro que el idiota de Álex ha metido la pata. ¿No será mejor decir toda la verdad, confesar lo que pasó porque, al fin y al cabo, nadie sale beneficiado de encubrir a nadie? Puede decir que Álex le ha

amenazado para que mantenga la boca cerrada. Y mejor hacerlo ahora que verse atrapado más tarde.

—¿Sabes dónde puedo localizarlo? Hemos ido a su casa y no está.

—No, no lo sé. Oye, me gustaría hablar contigo en privado...

—Salva, para ti. —Mari se acerca con el inalámbrico y no deja lugar a duda de que ella no va a hacerse cargo de la enésima llamada de la compañía del gas.

—Un momento —se disculpa Salva, mientras tapa con la mano el auricular y se dirige al interior del almacén—. Es una llamada importante, pero luego hablamos, ¿vale?

Rubén se ha acercado a Pep. Pega un trago a su refresco, clava vigorosamente un palillo en uno de los boquerones. Con algo de misterio dice a su compañero que va a intentar sonsacar algo al Profesor Malick. Se traga el boquerón. Pep sonríe. Sin motivo aparente, está de mejor humor. De pronto dispone de la distancia necesaria para divertirse con él.

—¿Qué quieres que nos diga el loco ese?

—Lo que queremos saber.

—Una pregunta, Rubén. Si el tío no fuera negro y llevara esta pinta de *freakie*, ¿le interrogarías? Lo lógico es hacerlo con Mari o Salva...

—No te entiendo.

—Pues que vas a por él porque tiene pinta de confidente de película.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque es de color?

—¡Rubén, hostia puta! Este tío no es de color. Es negro, es africano y punto.

—Paso de tu mala leche, Pep. No me amargarás el día.

No, no, es verdad: no está de mal genio. De hecho hasta se pasaría el resto del día allí dentro. Sabe que tiene alma de tendero, de *botiguer*. El tiempo se le pasaría viendo como Rubén va de metedura en metedura de pata, escuchando a Mari o mirando en la tele las noticias sobre el partido de turno. Nada en el barrio parece

dar la razón a las paranoias sobre revueltas que se cuecen en comisaría. Aquí la gente está como siempre, entretenida, aburrida, a lo suyo. Si han quemado unos contenedores será para armar jaleo y llamar la atención, no para vengar a alguien que no importa a nadie. Hasta Rubén parece ahora relajado. Ha pasado de tratar de sonsacar información al confidente negro a dejarse tirar las cartas por él. Pese a que le apetece mucho un café, cree que es mejor aligerar y tratar de encontrar al mayor de los Dalmau. Deja el billete de cinco euros sobre la mesa y hace una señal a Rubén, que le pide un minuto más. En esto, Salva regresa desde el fondo del almacén, dispuesto a abrir la boca antes de que sea demasiado tarde. Al mismo tiempo suena el celular de Pep: hay una emergencia a diez minutos de donde están.

—Rubén, vamos, una siete ocho.

—De acuerdo. Habíamos acabado. Gracias, Profe.

—No se merecen.

—Tierra y libertad —bromea Pep.

—Si la *bossa sona* —contesta el Profesor Malick.

Al pasar la puerta, Salva alcanza a Pep y le pide un momento para hablar.

—Luego, Salva. Ahora tenemos prisa.

«Pero luego será ya tarde», piensa Salva, de repente abatido, sin ánimos para seguir de pie si no fuera por la propia inercia de escuchar, atender y cobrar más tarde al cliente que ahora se lo pide.

—Policía, recuerda que quise hablar contigo.

—Lo recordaré, Salva.

Mientras tanto, ya en la calle, los dos policías se introducen en el vehículo y deciden poner la luz de emergencia e ir de bonito hasta el lugar donde una mujer ha pedido auxilio desde una ventana.

—No seas tan misterioso. ¿Qué te ha dicho el Kunta Kinte? ¿Por dónde hemos de empezar a buscar?

—De eso no me ha dicho nada.

—Joder, ¿y de qué estabais hablando?

—De mí.

—Pues no le hagas mucho caso: los hombres de color... negro son así.

Rubén no asimila la ironía. Pep piensa que debería levantar el pie del acelerador. Aún les quedan muchas horas de turno. Le dará algo de cuartelillo. Igual se distraen con la siete ocho.

La furia con la que ha tirado de Tiffany aún no le ha abandonado. El brazo de la chica ha restallado con tal fuerza por el tirón que Epi teme haberle sacado algún hueso de sitio. Del impulso, la chica ha caído al suelo y ha ido a parar junto a la pared, al otro lado del vestíbulo. El niño ha quedado tendido en el suelo, al lado de la puerta, aletargado, ajeno al jaleo.

Epi fue hacia Tiffany, quien quiso mantenerle la mirada pero no pudo. Epi ha gritado con toda la amargura que ha encontrado dentro de él. No ha querido reprimirse, modular su arrebató. Daba igual que fuera Tiffany. Daba igual que fuera quien fuera. Lo injusto de todo aquello, a su juicio, hacía que ni se planteara contenerse. Ni cuando la chica bajó la cabeza para esconder la cara entre su cabellera, Epi ha dejado de escupir gritos, insultos, reproches.

La adrenalina le anegó la boca. Ella siguió sin decir nada. ¡Qué podía responder! Con todo lo que él había hecho por ella. El tiempo gastado, el amor vertido en su ausencia, en la sombra, tragando quina, mirando a otro lado, disculpándola siempre. Él, que había soportado como un mierda sus desplantes, sus desprecios, sus medias verdades y sus engaños. Él, que le habría comprado el mundo entero. Que se había enfrentado a su familia, a sus amigos, a todos por ella. ¿Qué recibía a cambio? Nada. Menos que nada.

Y ahora que se había inmolado para salvar la vida que les quedaba delante de ellos, ¿qué hacía ella? Huir, traicionarle, mostrarle lo idiota que había sido al creer sus mentiras. Ella no podía negar impunemente todas aquellas palabras y detalles, gestos y silencios, malditas señales todas ellas que le había ido enviando desde que habían dejado de ser novios, desde que se la tiraba Tanveer. No, no podía. Tenía que asumirlas. Defenderlas.

Responsabilizarse de ellas. Epi, en el fondo, sólo clamaba por un dios justo que bajara de inmediato y decidiera en aquella afrenta. Pero en ausencia de dios, siguió exigiendo una respuesta vestida de esperanza. Definir con claridad los márgenes y límites del juego, de la mascarada. Una mentira hubiera bastado, pero Tiffany no quiso o no pudo darla. Siguió callada, ella que siempre sabía qué contestar o decir. Epi la zarandeó de tal modo que su cabeza semejaba una caja vacía de cartón que podía desprenderse del cuerpo en cualquier momento. La chica se puso a llorar. Estaba asustada, y la sensación de tenerla a su entera merced le pareció grande, poderosa, embriagante.

El siempre hombre invisible de repente tiene el poder de que las cosas se muevan a su antojo. Había cambiado el orden de los acontecimientos, la vida de la gente a su alrededor. No dejaba de ser una buena lección para todos ellos. Al parecer, no era ni tan predecible ni tan dócil.

Este poder se parecía mucho a estar colocado. Epi siente eso, al mismo tiempo que el vértigo de contemplar la cara de Tiffany, sus ojos, sus lágrimas, sus mocos y su sangre asomando en uno de los agujeros nasales. Le gustaría, con todo, saber que puede parar, como cuando vas de subidón: esa necesidad de agarrarse a la barandilla en la noria. Pero no está seguro de poder hacerlo, de detenerse a tiempo.

Se acerca a Tiffany con cuidado y la mira de cerca. Va a decir que se acabó, que ya pasó. Levanta suavemente el mentón de la chica y ella le reza:

—Cobarde, mamón, maricón...

Epi vuelve a disparar la mano, que estalla en una bofetada. Cuando la mano vuelve a su sitio, ésta le arde. El guantazo suena limpio, hermoso. Casi le asusta el sonido del golpe. El contacto de la mano contra aquella superficie blanda, la cara de una mujer. Es absurdo. Como querer hacerle daño sólo para poder luego curarla. Un juego sin fin entre ellos dos.

Hay voces tras la puerta. Se dirige hacia ésta para responder. En ese momento Tiffany se le lanza a la espalda. Nota sus uñas en la cara, un mordisco en un brazo, el peso de la mujer. Por un instante, también eso le parece divertido y excitante. Pero el dolor producido por la mandíbula de la chica hace que se defienda por instinto. Se la saca de encima con todas sus fuerzas y la lanza al suelo. Y después le pega patadas en las piernas, en el culo, en la espalda; ella se protege con las manos y Epi la golpea con la mano abierta y con el puño, con toda la saña que recuerda que se pegaba en el barrio al enemigo vencido. Sólo se detiene cuando comprende que ella está quieta, sollozando, vencida por fin.

—Hijo de puta...

¿Por qué le sigue insultando? ¿Qué es lo que no ha entendido? ¿Quién ha empezado todo eso? ¿Tiene él acaso otra opción? ¿Cuándo entrará Tiffany en razón y se dará cuenta de que todo esto es por su bien? ¿Es que cuesta tanto ver las cosas como son? Ahora quiere acariciarla. Quiere que ella diga que le perdona. Que la culpa ha sido un poco suya. Que es él el que debe perdonar y no al revés.

—Epi, por el amor de Dios, abre la puerta.

Reconoce la voz de su hermano. Cómo hubiera cambiado todo si se hubiese apresurado en venir. Pero ahora no sabe si quiere más personajes en esa escena. Conoce lo suficiente a Álex para saber que le reñirá, le dirá que todo lo ha hecho mal. Le dirá que vaya a pedir disculpas a alguien. Que eche las culpas a otro. Que cierre los ojos con la suficiente fuerza como para que una vez abiertos, todo haya desaparecido. Pero no va a dejarle entrar. Nadie le quitará protagonismo en esta película. Nadie decidirá su final.

—No te voy a abrir, así que déjame en paz.

—Epi, te has pasado todo el puñetero día mandándome mensajes para que venga y ahora...

—Tú lo has dicho: todo el puñetero día. Ahora ya es tarde.

—No digas tonterías. ¿Quién está contigo?

—Nadie.

Álex se gira y ve que Allaoui está subiendo las escaleras hasta ponerse a su lado. Con un gesto inequívoco le pide silencio.

—¿Es Tiffany?

—Es nadie.

—Joder, tío, ¿es que no tienes suficiente?

—No, ¡lárgate! ¿Tienes tabaco?

—No. Sí... —El argelino le alarga un paquete de Winston—. ¿Cómo te lo paso?

—Voy a abrir. La puerta tiene cadena, así que nada de inventos.

La puerta se abre de inmediato. Álex sólo puede ver la mano de su hermano. Le entrega el paquete de rubio pero no lo suelta hasta que toca su mano. Quiere con ese gesto transmitirle sentido positivo, afecto, como si de una energía eléctrica se tratara. Epi cierra la puerta, saca un pitillo y se lo enciende. Sabe bien.

—No abras si no quieres, pero escúchame al menos. ¿Vas a escucharme?

—Habla —contesta Epi desde dentro mientras aún a palabras y bocanadas de humo.

—Mira, lo del bar está controlado. Ha sido más tu paradero desconocido que otra cosa lo que lo está complicando todo. Salva y yo vimos como un paqui se lo cargó, ¿entiendes? Salió del lavabo, fue a por él, vete a saber por qué, y se marchó corriendo. Salva y yo apenas pudimos ver cómo era. ¿Okey? Eso es lo que hemos dicho a la poli. Eso es lo que ha pasado. ¿Sigues ahí?...

Sí, sigue ahí. Es una buena noticia, sin duda, pero le sabe amarga. Es absurdo sentirse decepcionado por librarse de mil años en la cárcel, pero es lo que siente. Parece como si cualquier cosa que hiciera él no tuviera importancia alguna, que no se valorara nunca en su justa medida. Ni siquiera matar a un hombre. De repente tiene la sensación de estar en un argumento equivocado. En una historia que alguien y no él está escribiendo. De hacer caso a Álex, nadie le está buscando por el asesinato de Tanveer. Entonces ¿a qué viene todo ese montaje de estar encerrado ahí?

¿A qué todo este lío con Tiffany? Vuelve a no poder pensar con claridad.

—No te creo.

—Pues es la verdad.

El jadeo de Tiffany a su espalda ha cesado. Es evidente que la chica está escuchando con atención. Es por eso por lo que Epi quiere dejar las cosas claras, tomar de nuevo la iniciativa. Él es el héroe. Él es el loco enamorado. Es su vida la que se va a desgraciar.

—Pero he sido yo, Álex. Tú lo sabes.

—Lo sé, lo sé, pero cállate. No estoy solo: está el barbero conmigo.

—Hola, tío —tercia éste—. Haz caso a tu hermano. Aún estás a tiempo de salir bien de todo esto.

—Me da igual —dice Epi pensando en Tiffany, que está a su espalda—. Ya todo me da igual. Voy a muerte, joder. Si fui capaz de liquidar a ese hijo de puta, puedo acabar con todo. Ya no tengo nada que perder.

—Tranquilo, Epi, tranquilo.

—Pero fui yo, fui yo quien...

—¡Me cago en Dios, fuiste tú, fuiste tú el cabrón, pero ya vale! ¿Quieres que te metan en el trullo veinte años o qué?

El silencio se hace a ambos lados de la puerta. Allaoui y Álex están pegados a ésta, con la esperanza de que Epi reaccione. Pero éste calla. No hay ruido alguno.

—¿Estás tú con él, Tiffany? —se arriesga Álex.

—Sí, y está Percy —grita la mujer.

Allaoui resopla y maldice. Álex teme que llegue algún vecino y se muestre demasiado interesado en verles hablando a través de una puerta. Y sabe que más pronto que tarde, eso va a suceder.

—¡Hostia puta, Epi! ¿Qué coño estás haciendo? ¡La estás jodiendo bien! —le espeta, furioso pero no sorprendido. Ante una solución buena y otra mala, Epi siempre acertaba a encontrar otra peor.

La puerta de la entrada del edificio se abre. Allaoui se asoma a la escalera para echar un vistazo. No, no es la policía. Es una vecina que vuelve de la compra y empieza a subir. Lleva un carrito de la compra del que sobresalen dos barras de pan. La mujer sube despacio, y a cada escalón tintinean las botellas que lleva dentro del carro. Antes de que llegue al rellano del segundo, Allaoui se le acerca.

—Señora, ¿conoce a un cerrajero? Se han quedado dentro y no hay manera de abrir...

—No, no conozco a ninguno. Había uno en la calle de abajo pero cerró.

—Es igual: el nuestro no va a tardar mucho —interrumpe Álex siguiendo la farsa—. Me ha dicho que estará aquí en cinco minutos.

—Gracias de todas maneras, señora. Le ayudo con la compra.

—No, si no... —contesta la vecina con desconfianza. No en vano ella es una vieja indefensa y él, un moro terrorista.

Allaoui sabe que no debe dejarla pensar. Conoce de sobra esa mirada. Tanto que ya ha dejado de importarle. Pobres animales estos de por aquí, engreídos o asustados. Con la barriga llena, la libido muerta y el corazón seco por la soledad. La señora trata de evitar que la ayude, pero él ya está subiendo las escaleras que llevan hasta el siguiente piso. Ha cogido a pulso el carrito y le pregunta adónde va. La vecina contesta que al tercero y hasta allí sube Allaoui a buen paso. Álex ha de reconocer que, probablemente, ha acertado al traérselo consigo. Ahora recuerda aquellos episodios del Capitán y el Halcón —«Halcón, ¿por qué siempre me das malas noticias cuando estamos luchando?»—, espalda contra espalda, enfrentándose a las huestes del Mal.

—*Vagi tranquil-la, senyora. I que tingui bon dia.*

Las palabras de Álex consiguen su objetivo. Aún existe la creencia de que no hay judío que odie Israel ni catalán que se dedique a atracar y violar vecinas de terceros. Cuando la mujer sube y Allaoui regresa, retoman la conversación a través de la puerta.

—Mira, Epi, escúchame bien. Escúchame y luego piensa un poquito, ¿vale? ¿Me lo prometes?... Nadie sabe que te has cargado al hijoputa de Tanveer. La poli está despistada de cojones. Les sorprende que hayas desaparecido, pero eso no es ningún delito. Están liados con lo de la furgoneta. ¿Qué pasaba con la furgoneta? ¿Es la de tu trabajo?

—Nada. Se rompió. La dejamos colgada en una bajada —acierta a urdir Epi una medio mentira—. Yo se la dejaba a veces a Tanveer y...

—Bueno, es igual. A ver, nadie sabe quién le mató y la poli no se lo va a currar mucho, ¿verdad? Verdad. Pero tú no les ayudes, coño. Si se enteran de que tienes retenidos a la novia del moro y al niño no van a preguntar mucho. Lo van a tener todo de puta madre, ¿me entiendes? En cambio, si los dejas salir y Tiffany no abre la boca será como si no hubiera pasado nada. Acudes a los *mossos* y les explicas vida y milagros de la furgoneta y ya está. No tienen nada. Nada. ¿Me entiendes?

—...

—¿Cómo está el niño? No lo oigo.

—Dormido.

—¿Has entendido todo lo que te he dicho?

Epi tarda unos segundos en contestar: «Sí, sí...». La derrota se abate sobre él. Hasta ese momento, era como si no hubiera pensado en las consecuencias de lo que ha ido pasando desde que se encerró en el lavabo del bar de Salva. Una cosa ha llevado a la otra y ésta a otra más.

La buena suerte y la fatalidad se van mezclando una con otra. Algo así decía papá, recuerda. Seguro que Álex lo sabe decir mejor. Los dioses marcan el camino aunque tú no lo sepas.

—Lo he entendido todo perfectamente.

Como siempre, lo que dice su hermano tiene sentido. Si deja marchar a Tiffany y al niño y la chica calla, será como si no hubiera pasado nada. Y si no mete la pata después, podrá estar libre y sin Tanveer. Con Tiffany dispuesta a perdonarle una vez acierte a

entender que lo que ha hecho ha sido por ella y por el bien de los dos. Tendrá todo el tiempo del mundo para explicarle quién era Tanveer y a qué se dedicaba cuando no estaba con ella. Sólo necesita pensar con claridad, acertar con los pasos adecuados.

—Escúchale, Epi —interviene la chica—. Yo no diré nada. Te lo juro. Deja salir al menos al niño. Se está despertando. Percy..., cariño, no pasa nada. Ven con la mama.

—¡Cállate!

El niño va despertando. Su madre lo refugia en sus brazos.

—Al menos, el niño, Epi... Por favor.

—Epi, ¿me escuchas?

—¡Callaos, joder!... Estoy pensando. Dejadme pensar. ¡Si habláis y habláis no puedo pensar!

Un secuestro siempre acaba mal. Álex lo tiene claro. Sale en las películas, en todas ellas, en los telediaros, lo sabe cualquiera con el que hables. El avión pactado es una trampa, el mediador un tahúr, tu cabeza se va rompiendo y al salir, cuando has liberado los rehenes, alguien te mete un tiro en la cabeza. Pero los raptos son tozudos funambulistas cuyo alambre parece discurrir entre el idealismo y la estupidez. También es cierto que antes de las palabras de su hermano, Epi no ha sido consciente de haber secuestrado a nadie. Para él todo aquello se reducía a una puerta que no quería abrir.

Tiffany se abraza al niño, acariciándole la cabeza, la cara escondida en el ovillo de su cuerpo. Epi se gira y los ve. Sonríe, pero el niño ni tan siquiera le presta atención y Tiffany se mantiene seria, finge no verle. Parecía asustada hace unos momentos, pero ahora simplemente está alerta con la tensión suficiente para volver a intentar cualquier cosa.

—Nada de esto tenía que ser así.

—Pues déjanos salir.

—Cuando me escuches.

—Te escucho, pero ¿no ves que éstas no son maneras? Deja al menos que Percy se vaya con tu hermano.

—¿Estás bien, chaval?

El niño no contesta. Sigue noqueado. Se revuelve en el abrazo que le mantiene al calor de su madre, esconde su cabecita contra ella como si quisiera desaparecer o convertirse en ella, en su sangre y en su olor.

—Eh, chaval, ¿estás bien, campeón? Aún somos amigos, ¿verdad, loco? Hemos estado jugando fuerte. Pega fuerte tu chico,

Tiffany, ¿a que sí? Venga, dale.

Epi mantiene estirado uno de sus brazos, con el puño cerrado con el propósito de que el chaval le salude chocando los nudillos, como ha visto hacerlo a las pandillas sudacas. Tiffany da un paso atrás con el crío. En su mirada hay tanto desprecio como temor.

—¡Qué pasa! ¿No vas a saludarme, Percy? ¿Es que no vas a saludarme?... ¿No quieres que seamos amigos? ¿Es eso? ¿Quieres que sigamos enfadados?

—Está asustado, Epi, y...

—Cállese usted, señorita. Esto es cosa de hombres. Nada de mujeres aquí, ¿verdad, Percy?

Aquel chico no está bien. Nunca lo ha estado. Tiffany lo ve ahora con claridad. Siempre ha sido una gaseosa agitada por unos y por otros y ahora el tapón ya no puede contenerle. Debe ir con cuidado. Como pasaba con su padre, incluso con Tanveer. Siempre es lo mismo: toros ciegos, impredecibles. Lo que ayer les gustó, hoy puede enfurecerles. Las palabras que una vez les halagaron, ahora pueden ser tomadas como ofensas.

—Venga, cariño, saluda a Epi, que quiere ser tu amigo.

—¡Calla, ha de salir de él! ¡Ha de ser él! Por sí mismo, no porque se lo digas tú.

—Epi, ¿es que no lo ves? Está dormido, asustado. No entiende nada. Esto va mal, Epi, déjale salir y...

—Ponle de pie. Frente a mí.

Epi disfruta no haciendo el esfuerzo de comprender. Ha sido débil demasiado tiempo como para olvidar que cuando uno se muestra tal y como es, los demás saben aprovecharlo en contra suya. Como cuando rogó a Tiffany que no le dejara, desesperado, con ella ya absorbida por las malas artes de Tanveer. Entonces ella le pasó la mano por la cara como se le pasa a un perro. No olvida. No ha podido hacerlo en todo este tiempo.

Tiffany coloca a Percy en el suelo. Al chaval le cuesta mantener el equilibrio. Su madre le sostiene por detrás. Los ojillos se le cierran. «Seguro que sólo quiere dormir», piensa Epi. Irse a su

camita y echarse entre las sábanas, como le pasaba a él cuando tenía su edad.

—Venga, cariño, chócala.

—Ha de ser él, Tiffany... —repite Epi, en esta ocasión con más suavidad.

Si ella le amara, si vivieran juntos lejos de aquí, de tanta gente que les conoce y creen saberlo todo de todos. Si ya no tomaran drogas ni bebieran. Con un buen trabajo, una casa grande y bonita y algunos hijos. «Si pasara todo eso, la vida estaría bien», piensa Epi, mientras el niño mira su puño levantado a la altura de sus ojos. Si pasara todo eso. Si tuvieran una sola oportunidad, ahora sí que sabría cómo aprovecharla.

—Va, cariño...

—Ha de ser él, joder.

El chaval se recupera un poco y se sostiene sin la ayuda de la madre. Mira a Epi, ve el puño y él alza el suyo y golpea los nudillos del hombre, quien nota que la emoción le nubla los ojos. Le encantaría pegarse ahora una rayita. Quiere sentirse fuerte, ver con claridad. El dolor indefinido en todo el cuerpo se le está despertando. Sabe que debe aprovechar la reacción del chaval como un indicio de que todo va a ir bien. Más aún. Se trata de la demostración de que todas las decisiones y la actitud que ha tomado son correctas. Si no se hubiera mantenido firme, Tiffany no obedecería y el niño no querría ser su amigo.

—Muy bien, chaval. Mira, ahora vamos a hacer una cosa. Mamá y yo tenemos que hablar, pero tú te vas a ir con Álex. ¿Te acuerdas de mi hermano Álex?... ¿No?... Sí, sí que te acuerdas. Él te llevará a comprar chuches, ¿verdad, Álex? Y luego podrás irte a casa con la yaya y dormir un poquito más.

El niño asiente y se abraza a su madre. Tiffany sonrío. Epi habla a través de la puerta de la entrada en tono más fuerte.

—El niño saldrá, ¿vale?

—Perfecto. ¿Por qué no dejas salir a la chica y se acaba todo esto, Epi? —contestan al otro lado de la puerta.

—¡Porque no me sale de los putos cojones!

Álex, con todo, tiene prisa. Duda que se pueda mantener la situación por más tiempo. Además empieza a notar que sus resistencias se empiezan a venir abajo. En cuanto pueda, volverá a ponerse la tranquilidad bajo la lengua otra vez más en ese maldito día de mierda.

—Pues venga, sácalo ya.

—Pero tienes que comprarle chucherías en la tienda aquella, cerca del cine. ¿Me lo prometes?

—Claro. Que esté tranquilo. Le compraré todo lo que él quiera.

Allaoui y Álex escuchan ruidos al otro lado de la puerta. Parece que la puerta se va a abrir. Si eso ocurre y sale el crío será el principio del fin. Una buena manera —aunque no la mejor ni la más rápida— de empezar a dotar de sentido común todo aquello.

—Nada de tonterías —avisa Epi a la chica—. Sale el niño. No lo compliques tú todo ahora.

—No te preocupes.

—Sólo quiero hablar contigo.

—Vale.

—Te lo explico todo. Lo vas a ver claro entonces. Te lo explicaré bien, pero me has de dejar hablar. Tanveer era malo. De saber tú lo que yo sé, joder, le hubieras matado tú misma. Pero lo hice yo. Muerto el perro, muerta la rabia. Yo sólo quiero...

—Vale, Epi, no quiero que el niño escuche esto.

—Tienes razón.

—Tú le dejas ir y hablamos, pero tranquilo, ¿vale?

—Estoy tranquilo. No estoy loco. Sólo enfadado. No me hables como si...

—Okey, no te hablo así.

—¿Vas a darme la razón en todo?

—No, pero es que...

—¿Vas a dármela? ¿Vas a hacer todo lo que quiera?

—Sí, si quieres sí, pero...

—Okey, pues entonces enséñamelas...

—Joder, Epi, no te pases. Está el crío y...

—Que es broma, mujer.

Epi sonríe de oreja a oreja, y a Tiffany esa sonrisa la vuelve a asustar. Otra vez esos juegos del demonio. Claro que se le pasa por la cabeza aprovechar que se abrirá la puerta para colarse y con la ayuda de la gente que está fuera, salir de aquel infierno, pero sabe que es casi imposible que la cosa acabe bien. Repasa otras posibilidades. Podría golpearle con algo en la cabeza mientras está de espaldas. Con el cenicero, quizá. Pero está en el dormitorio. Podría ir a por él. No, no le dará tiempo. O quizá sí. ¿Por qué no probarlo? También podría aprovechar la liberación de Percy para levantar la persiana y saltar los dos pisos a la calle. La distancia no es lo bastante grande como para matarse a menos que sufra una mala caída. Pero tendría que correr hasta la ventana y le daría tiempo de pillarla y...

Epi coge a Percy de la mano y abre la puerta. Tiffany sabe que ha de hacer algo, pero no puede ni moverse. Se dice que es por el niño. Pero no puede ocultar que un manto de fatalidad se ha depositado ya sobre ella. Resignada a que haga lo que haga no va a funcionar. Los ve así, cogidos de la mano, como padre e hijo. Qué escena tan extraña, por mucho que hubiera pasado antes en parques y paseos. En fiestas de cumpleaños. En casa de la madre de Epi. Pero ahora son un secuestrador y su rehén. Un loco y un niño desconcertado. Y ella, la madre, la ex novia, la secuestrada. El niño se gira. «Adiós, mami.» Tiffany no puede contestar. El llanto le anega el pecho y la garganta, pero no quiere que ni el niño ni Epi la vean llorar. Tampoco pensar en que ese tío le va a reventar la cabeza como ya hizo con Tanveer, quizá con el mismo martillo. Que no volverá a ver a su hijo, su carita, sus manos, sus ojos, su manera de despertar o andar. Que no sabrá más de él. Que no le verá crecer y hacerse un hombre. Que ya no tendrá sentido guardar los mejores besos para nadie. Que no ha sido una buena madre, no. Que no ha aprovechado el tiempo. Que su última imagen será ésta: su hijito de espaldas yendo de la mano del asesino de su madre.

Abriendo una puerta y desapareciendo. No puede impedirlo: las lágrimas ya le resbalan por la cara.

Álex abraza al niño y después le echa una ojeada superficial, mesándole los cabellos, buscando marcas o arañazos. Parece estar bien. Muestra, eso sí, una actitud somnolienta, quizás ha dormido hasta hace poco. Le pregunta si se encuentra bien, pero el niño no contesta. Parece estar a punto de ponerse a llorar. Su cara está transformándose en un puchero. Hace un ademán de girarse hacia la puerta, para refugiarse con su madre, y comprende que no es posible.

—Barbero... ¿por qué no te lo llevas y le compras chucherías?

—¿Chucherías?

—Sí, joder, caramelos, *pegadolces*, dulces, lo que sea.

—Okey. Ven, chaval. ¿No prefieres ir tú? Igual a mí me hace más caso.

—Es mi hermano. Me quedo yo.

—De acuerdo. —Allaoui no parece interesado en discutir—. Me lo llevo a comprar golosinas y luego a su casa. Seguro que su abuela estará preocupada. Y después vuelvo enseguida.

—Me parece bien. Pero vete ya. Cuanta menos gente vea que hay un crío de por medio, mejor. Cómprale dulces, *pegadolces*...

—Que sí, Álex, ya lo he pillado.

—Donde el cine. Dulces y todo eso.

Allaoui coge en volandas a Percy un instante antes de que el puchero estalle en llantos. Trata de tranquilizarle anticipándole al oído la montaña de caramelos que va a tener entre sus manos en apenas unos minutos. Percy no dice nada. Bajan las escaleras y salen a la calle. La luz del sol les sorprende y acciona la energía almacenada en las piernas de Allaoui. Los minutos pasados en aquel rellano le han entumecido los músculos y hasta ensombrecido

el ánimo. Acelera el paso casi con placer. Está llegando a la esquina. De allí hasta la tienda de las golosinas habrá unos cinco minutos a lo sumo. Luego, lo que tarde hasta la casa del crío.

Las luces rojas y azules encendidas de un coche de policía aparcado en la esquina le dicen que las cosas se van a complicar. Es cuando recuerda que existía otro problema más. Dos policías caminan por la acera y van en dirección a la casa. No cabe ninguna duda. Aquel automovilista o quizás alguno de los vecinos habrá dado la alarma a los *mossos* y ellos, diligentes, aquí están para defender el orden. Sin pararse, Allaoui coloca a Percy cargando del costado contrario al bolsillo donde guarda el móvil. Busca el número y marca. Se suceden los timbrazos mientras medita sobre si le interesa o no volver a ese piso que se va a convertir en un endemoniado enjambre. Salta el buzón de voz y acciona la opción de rellamada. En esta ocasión hay más suerte.

—¿Qué pasa?

—Tienes a la poli en la calle.

—¡Hostia puta!

—Voy y vuelvo, no pierdas la calma.

Álex se acerca hasta las escaleras y cree distinguir el reflejo azulgrana en el cristal de la puerta de la portería. No se equivoca al creer que la policía estará preguntando en qué ventana ha aparecido una chica pidiendo auxilio. Lo que desconoce Álex es que esa información le va a ser rápidamente ofrecida por el automovilista que, después de llamar a los *mossos*, les ha estado esperando en el otro lado de la calle.

Pese a todo, cree disponer de más tiempo del que efectivamente tiene. Mira con atención aquella puerta y, de inmediato, se arrepiente de haberlo hecho. Sabe que si distingue algún rostro en la madera, algún caprichoso contorno que recuerde a un perfil, no va a poder dejar de mirarlo, de comprobar como casi toma vida. Se palpa el bolsillo. Dispone el calmante bajo la lengua, bebe del botellín. No puede perder la calma precisamente ahora. Cierra los

ojos. Sabe que se le ha quedado impreso algo que ha visto en la madera de la puerta. Aquel borde forma un hocico y una barbilla y...

—Epi, escúchame. Es importante. Epi... ¿me oyes?

Pero su hermano no contesta. Puede ser que esté al lado de la puerta, sí, pero también es posible que se encuentre en el otro extremo del piso matando a la chica. ¿Por qué no echar a correr y abandonarles a su suerte? Ha hecho más de lo que nunca habría hecho Epi por él, se dice sin convicción. Pero él hizo una promesa. A mamá. Lo juró. Recapitulemos, entonces: ha hecho todo lo que ha podido. En eso sí que está de acuerdo. Ha tratado de pensar con claridad, ha arreglado la versión de Salva, se ha sacado de encima a la poli, o al menos eso creía. También puede ser que le hayan seguido, pero ¿hubiera sido mucho peor no haber intentado estar aquí y hacerle entrar en razón? Al menos ha conseguido que el niño saliese del piso. Tiene miedo, claro que lo tiene. Entonces ¿por qué no abandonar? Si la poli llega él no va a poder hacer nada. Quizá sólo evitar que maten a su hermano. Si hay testigos delante esa gente se controla, no son los animales en que se convierten cuando están a solas con un sospechoso. ¿Cómo ha podido pasar todo esto, Dios mío? ¿Cuál ha sido el viaje endemoniado que ha llevado a los dos niños Dalmau hasta aquí? ¿Dónde se había ido el resto de su mundo? ¿Por qué no hay nadie detrás —un padre, una madre— aguantándole, ni tampoco a su lado, una mujer que le haga compañía, que le cure las heridas, que le aconseje que se vuelva a casa, que abandone a Epi a una suerte que él y sólo él se ha forjado?... Lo único que tiene en la vida está al otro lado de la puerta. Un hermano loco y asesino y la chica con la que se suele excitar cuando decide eyacular rápido y bien.

Los polis ya están en la entrada. Les han abierto la puerta y se han colado en la portería. Hacen un ruido inconfundible con la parafernalia que llevan encima —esposas, porra, celulares, insignias doradas—, como si se lo copiaran del disfraz de policía de un niño.

—Epi, escúchame. ¿Me oyes? La poli está aquí. Deja salir a Tiffany ahora mismo y no pasará nada. Que ella diga que estabais

juntos y ya está. Tiffany, ¿me oyes?

La voz de Tiffany al asentir le devuelve la tranquilidad. Le responde que es buena idea. Álex no oye nada más.

Tras la puerta, no escucha como trata Tiffany de hacer entender a Epi que ésa es la mejor solución para todos. Para él, para ella, para ambos. Pueden salir a la vez o mejor aún, esperar que llame la policía, y entonces abrirá ella a medio vestirse y se verá que todo ha sido un error, un embarazoso lío en el que se han visto metidos debido al ansia de notoriedad de algún vecino maldiciente. Epi no contesta. Está callado, sentado junto a la puerta, mirándose la punta de las deportivas. Tiffany se le acerca y en cuanto él se percata de que está tan cerca que puede tocarla, reacciona. Se miran a los ojos, pero Tiffany no puede leer nada en los de Epi. Vuelven a ser aquellos dos agujeros negros y oscuros. Pregunta si le ha escuchado y le repite el plan: llega la policía, abro, les digo que es un error y se van. Pero Epi, que ahora sí la mira y la escucha, sigue sin responder.

Los agentes están subiendo los últimos tramos de la escalera. Álex se levanta y se dirige al rellano del piso de arriba. Por el hueco de la escalera podrá ver sin ser visto. Pep y Rubén se han acercado a la puerta y han llamado al timbre una, dos, tres veces. Nadie les ha contestado. Los policías se miran entre ellos. Quizá se hayan equivocado de puerta. Uno de ellos le dice al otro que trate de entrar en el otro domicilio. Igual tienen suerte y hay alguien. Pero Álex lo duda. De haber habido alguien ya habría dado señales de vida con el jaleo que llevan montando en el rellano desde hace un rato.

—Rubén... ¿escuchas algo?

Éste niega con la cabeza. Álex piensa qué es lo que harán a continuación si comprueban que nadie les abre. Si alguien ha dado la voz de alarma no pueden marcharse sin más. Si se encuentran allí porque le han seguido a él, no tiene sentido que no lo estén buscando en la escalera. Sea lo que sea, ha de permanecer quieto y conseguir el tiempo y la tranquilidad necesarios para pensar con claridad. Tal vez sea mejor bajar y hablar con ellos. Convencerles de

que sea él el que trate de que su hermano entre en razón. Explicarles que se trata de un asunto de celos, que no tiene nada que ver ni con Tanveer ni con nada que no sea una simple pelea de novios. Pero está muy nervioso. Cierra los ojos, pero es mucho peor. Han vuelto. En momentos críticos son siempre tan puntuales... Enseguida empezará a hacer efecto la medicación, pero mientras tanto... Siente presencias que le están rodeando, con su olor a viejo, a madera húmeda, a muertos, santos y demonios.

De repente, oye Álex un chasquido a su espalda que disuelve en la nada sus visiones. Abre los ojos y se retira de modo instintivo de la barandilla desde la que observa a los policías. Un vecino abre la puerta de la casa y sale del piso ensimismado con el manojito de llaves. No le ve. El hombre cierra la puerta y al darse la vuelta se sorprende de la presencia de Álex. Emite un grito de asombro que nadie puede impedir.

—¡Menudo susto me ha dado! ¿Qué quiere? ¿A quién busca?

Álex trata de dar una respuesta, pero mientras busca las palabras lee en el rostro de su interlocutor que uno de los policías ha hecho acto de presencia por su espalda.

—*Passi, senyor, passi. No es preocupi de res, senyor. Passi, si us plau...*

El vecino obedece al agente Rubén que lleva la pistola desenfundada y la baja con disimulo cuando el hombre pasa por su lado. Álex está frente a él y sin saber muy bien por qué levanta las manos. Es entonces cuando el policía le muestra la pistola, un poco como si el efecto condicionara la causa y no al revés. De repente, Pep les interpela desde el rellano inferior.

—¿Qué pasa ahí arriba, Rubén?

—¿A que no sabes quién está por aquí?

—¿El hermano más buscado del día?

—Exacto.

—Anda, bajad los dos.

Álex está convencido de que no le buscaban a él. No sabían nada de nada. Probablemente ese *mosso* tenía aún más miedo que

él, y por eso ha enseñado la pistola sin ninguna necesidad. Como si Rubén le hubiera leído el pensamiento, guarda el revólver y trata de distender el ambiente.

—¿No sabía que llevamos buscándole todo el día?

—No. Hoy he ido dos veces a comisaría. Me tenían bastante cerca —responde Álex con aspereza.

Ya en el rellano de abajo, Álex comprende que no tiene buena pinta que Epi no dé señales de vida al otro lado de la puerta. Todo aquello se ha complicado demasiado, por lo que interesa que acabe cuanto antes y controlar, piensa, las consecuencias en la medida de lo posible.

—Bueno, ¿qué pasa aquí?

La pregunta adecuada. Parece que al menos ese poli —al contrario que el otro, que ha quedado a sus espaldas— no tiene ganas de heroicidades y sí de acabar pronto y sin mucho ruido con todo aquello.

—Mi hermano está dentro.

Pep señala con la cabeza la puerta tras la que están Epi y Tiffany. Álex lo confirma.

—¿Solo?

—No, está con su novia.

—Ya.

—Está asustado. Han matado a su amigo. No tiene antecedentes. Está hecho un lío... Hablaba con ellos cuando habéis llegado. Estaban a punto de salir. Déjame hablar con él y todo quedará en nada.

—Vale. Dile que salga, nos lo llevamos para interrogarle y veremos.

Álex se conjura a hacerlo salir como sea. Se hace promesas como cuando era niño. Si no conseguía saltar el potro o aguantar sin respirar un minuto bajo el agua de la piscina, esa chica no sería suya o no iba a aprobar el examen. Si lo consigue. Si logra sacar a Epi de ahí. Si todo esto acaba bien.

Pero no hay nadie que conteste a sus palabras. El silencio se espesa. Los policías se miran entre sí. Apartan a Álex con una cierta brusquedad, y quedan ellos apostados contra la puerta. Se identifican como *mossos* y exigen liberación y entrega. Pasan segundos como eternidades. Ningún ruido y de repente el repiqueteo del pie de Álex contra la barandilla. Pep le insta a que deje de hacer aquello. Él retira el pie de la estructura metálica. No puede hacer mucho más. Las sienes le están chocando contra las paredes de algodón que el calmante ha ido creando en su cabeza. Pero en medio de aquella hecatombe lo distingue con claridad. En el centro de los gritos y las pisadas de las botas de los policías, las pistolas y las radios que ronronean mensajes metálicos, allí está. En la puerta, resalta aquel contorno. Ya lo ve y no va a poder dejar de hacerlo. Una silueta del Pato Donald que le va a mantener rayado un buen rato como si, de repente, todo lo demás quedara en un segundo plano y aquello fuera «Cristo sobre las aguas», que diría su madre, siempre y cuando estuviera viva, aquí, y le hubiera gustado dejarse la boca en blasfemias.

«El tiempo se come al tiempo», decía el padre de Epi. Ahora él lo recuerda y lo tiene por cierto. Le parece el tiempo una presencia casi física. Un animal desbocado hecho de minutos que, a su vez, son piedras, huesos, dientes. Cada segundo importa tanto que duele. Cada momento es el último.

Cree que Tiffany no quiere o no sabe escucharle. Tiene miedo y parece que sólo dándole más puede hacerle entender que no ha de tenerlo. Tampoco quiere hacerle daño. En realidad, nunca ha querido hacérselo. Ahora lo sabe. Le basta esa mirada huidiza entre las marañas de pelo.

—Tiffany, no entiendes nada, ¿verdad? Hasta que tú y yo no hablemos y lo sepas todo, pero todo, ¿eh?, aquí no sale ni Dios. ¿Lo entiendes? No quiero más tonterías, ¿vale? ¿Tan difícil es...? Y si me tocáis mucho los huevos, piensa una cosa: que ya me da todo igual. Que si he llegado hasta aquí es porque sé que no puedo dar marcha atrás. Que todo me da igual, ¿lo entiendes? Lo más fácil sería llevárselo todo por delante, así que no me toquéis los cojones.

Claro que le entiende. Se lo dice sin hablar. Gimotea para que sepa que está vencida. Se ha equivocado con esta situación desde el primer momento. Ha infravalorado a Epi y las circunstancias que le rodean —el piso franco, los pocos vecinos, la hora, la muerte de Tanveer—, y que la cosa iba en serio. Necesita ser cauta, inteligente: Epi está sobre aviso y es probable que su vida corra peligro. Percibe la chica su cuerpo como nunca antes lo había percibido. Un ente con dimensiones concretas que ha de proteger con sumo cuidado. Como si de una bomba de relojería se tratara, ha de conseguir que Epi no toque nada que la haga estallar. Nota los dedos de sus pies. Nota su estómago débil y transparente al tacto

de la hoja de una navaja. Su cara indefensa ante un corte, un golpe, el cráneo hundiéndose como yeso bajo la fuerza de un loco. Le encantaría trazar un círculo, meterse dentro y desaparecer. Pero la tiza que ha de utilizar es invisible, su escritura ha de ser perfecta, reseguir sin temblor ni titubeo la línea de puntos que nadie más que ella ha de leer. Necesita utilizar con Epi las palabras justas, las promesas necesarias, las caricias certeras.

—¿Me vas a escuchar? —insiste Epi.

Ella dice que sí con la cabeza. Le va a escuchar. Le va a dar la razón. Le va a prometer amor eterno. Esta vez va a hacerlo todo bien.

—¿Por dónde empiezo? —confiesa en voz alta Epi, como deseando que sea Tiffany quien le indique qué ha de decir—. Ya sabes que hablar no se me da bien.

Se ha sentado en el suelo, frente a ella, con las piernas cruzadas. A Tiffany la imagen le parece extraña. Como si Epi fuera a enseñarle algún juego de manos. Nada por aquí. Nada por allá. Sin trampa ni cartón. Ahora aparecerá un cuchillo y con él te cortaré el cuello. Adivina la carta: una oportunidad entre cien. Tiffany calcula la distancia que les separa. Valora si podría o no evitar un inesperado acceso de furia contra ella. Qué posibilidades tiene de parar un golpe o una herida de navaja. Cree que ninguna. Levantada estaría más segura, pero teme enfadar a Epi si lo hace. Se coge, por lo tanto, con fuerza las piernas dobladas y las aprieta contra el cuerpo como en un intento de comprimirse hasta fulminarse por una de aquellas puertas abiertas en el zócalo que los ratones de los dibujos animados tienen para frustración de gatos y escobas. No lejos de un Epi que aún está buscando las palabras, ve algo que la llena de inquietud y la asusta. Es el amasijo de cuerda de escalada que hay allí, amontonada, en el otro extremo de la sala, y que antes estaba en el interior del armario.

¿Cuándo la había sacado Epi? Con esas cuerdas podría atarla. Con ellas podría estrangularla.

—Hay veces en que uno no ve las cosas como son. Tanveer era como medio brujo, ¿sabes? No es ninguna tontería. Encantaba a la gente. No sé. Igual eso te pasó a ti. Tampoco se llamaba Tanveer Hussein. Su madre se lo dijo a la mía un día. Una tarde en casa. En el registro se llamaba José María. Su padre, eso sí, era moro.

—Ya sabía eso del nombre...

Epi se pone de pie y va de un lado a otro de la habitación. Parece algo más tranquilo ahora que ella le escucha.

—Él no te quería. Nunca te quiso. Te vio y quiso tenerte porque tenerte es como tener un amuleto, ¿sabes lo que te digo? No sé, es como si contigo al lado todo vaya a salirte bien.

—No opináis lo mismo ni mi madre ni tú...

—Yo sí. Para mí eras como un ángel de la guarda. Eso es: como un ángel que no creyera en el cielo o en Dios. Tú, cuando estabas conmigo...

—Estábamos bien entonces, ¿verdad?

—Sí.

—Siempre acabo destruyendo lo que más quiero, Epi. Siempre la misma historia. Estoy loca. Deberían encerrarme. Ir a un loquero. A una psicóloga. Sacar todo lo que llevo dentro, lo de mi padre, lo de Percy.

—Éramos novios.

—Sí, joder, lo siento mucho. Perdóname. Sé que no me he portado bien contigo —se aventura a decir Tiffany rogando a ese Dios y a ese cielo en el que al parecer no cree que Epi no entre en demasiadas suspicacias ante su nuevo papel en aquella representación.

—Hacíamos planes, ¿te acuerdas?

Resuenan voces que no llegan a ser gritos al otro lado de la puerta. Se supone que Álex y Allaoui se deben de estar impacientando. Dice Epi que han imitado voces de policía, pero Tiffany no está segura de ello. Si Tiffany pudiera decirles que aguardaran unos minutos, que todo parece estar yendo bien ahora, que Epi sólo quiere desahogarse y luego la dejará marchar y podrán

entrar ellos y llevárselo a la cárcel para pudrirse allí los próximos años y ella salir y explicar a todos su aventura, a la tele, a los periódicos, a las amigas y vecinos del barrio.

—¡Callad de una puta vez! —grita Epi hacia la puerta—. ¡Cómo volváis a molestar, juro por Dios que hago una locura y aquí salimos todos con las patas por delante!

Las voces callan. Algo cambia, de repente, en el ánimo de la chica. Epi no actúa de manera tan inconsciente como parece. Tiene en la cabeza un plan. Puede que tenga previsto matarla, matarse. Quizá sólo quiera que le escuche antes de acabar con ella. Quizá ya no haya manera de salvar la vida. El miedo, con todo, la ilumina de pronto.

—Dejadnos tranquilos. Estamos hablando. No pasa nada —grita ahora la chica—. Idos y de aquí a nada saldremos los dos. Dejadnos. Idos.

Epi sonrío. Le gusta la nueva actitud de Tiffany aunque no se fíe. Ya se la ha jugado una vez. ¿Qué era aquello que recitaba su padre que tanto molestaba a su madre?... No podía recordarlo con claridad: se le escapaba cuando trataba de retenerlo en la lengua.

—No será tan fácil.

—¿Por qué no será fácil? ¿Por qué no puede serlo? Tú me hablas. ¿No querías explicármelo todo? Pues explícamelo. Yo te escucho. No tiene por qué ser esto el final sino un principio. Ahora me doy cuenta de muchas cosas. —Tiffany cree que ahora ha de hablar y hablar. Aturdirle con palabras—. Me doy cuenta de que he estado ciega. No he visto nada. No he visto quién era bueno y quién malo. Quién me quería y quién no.

—Yo te quería tanto...

—Y yo, a mi manera, también...

—Esperaba cualquier cosa: una llamada, encontrarte en la calle. Te veía por todos lados y cerraba los ojos y te seguía viendo.

—Lo siento, Epi, lo siento.

—Y no entendía nada: os veía marchar y yo...

—He estado ciega. No sé qué me pasó. Tú eres lo que yo necesitaba. Me tranquilizas. Siempre lo has hecho. Pero he luchado contra eso. Me llenabas en todos los aspectos. En la cama, en la calle.

«¿Entonces, Tiffany...?», se pregunta Epi, «¿por qué pasó todo lo que pasó? ¿La humillación que parecía no tener fin?...» Ahora ya recordaba la historia aquella en boca de su padre. Álex hasta se la aprendió de memoria. «¿Cómo era aquello?... Se concedió a la mujer la palabra.» ¿Cómo seguía? Que ante la mujer dada por los dioses, «el héroe —cualquier héroe— se siente confuso, sin energía», y golpea al aire como un boxeador, cegado por la fatiga y la rabia. La mujer «tiene palabras falaces en su boca, su temperamento es el del ladrón».

—Con palabras que hechizan...

—¿Qué dices, Epi?

—Nada.

—No me asustes, hostia.

—¿Yo te llenaba? ¿Te follaba bien?

—Sí, sí...

—¿Entonces...?

—¿Entonces qué?

—Mi padre siempre nos contaba historias. Como si todas las putas cosas que nos pasaran ya hubieran sido escritas y contadas antes...

—Me hubiera gustado tanto conocerle.

—¿Para qué? —corta de cuajo Epi lo que parecía ser una agradable ensoñación.

«¿Para follártelo como al tuyo?», piensa Epi. ¿De dónde han aparecido esas palabras en su mente? Es como si la tensión de los acontecimientos hubiera dejado sueltas palabras que tenía guardadas desde hace tiempo en su cabeza. Palabras de su padre y de su hermano, neones que siempre ha tenido apagados y que aquel cortocircuito ahora iba encendiendo. Y con ellos se aclaraba por un momento la escena. «No, no puedo creerla. Miente, seguro

que miente». Retira su mirada de la de la chica. No quiere ver lo que ve. No quiere que le lea el pensamiento. De pronto, siente como cuando su madre le limpiaba con agua y sal los ojos enfermos, llenos de legañas.

Y es que ahora Tiffany ya no es Tiffany. Se fija en las cejas tatuadas de azul y ya no son el signo distintivo de los faraones. Ahora las ve como el torpe dibujo de un payaso que no sabe hacer reír. También la actitud amable y cálida de Tiffany es una estafa, otra más. Palabras que engañan a las tuyas. Falaces, ahora seguro que sabe qué significan. Mentirosas. Ya ni las oye. Aquella diosa que imaginó a su lado para siempre, ahora se le mostraba fea, ridícula y torpe. Le mira los ojos y sólo ve ojos. Y piensa en las palabras que, se miraran de un lado u otro, parecían significar cosas distintas. Como si la luz cambiara los significados. ¿Qué misterio entrañaba todo aquello? ¿Por qué «te quiero» no significaba «te quiero»? ¿Por qué «déjame» era «espérame»? ¿Por qué «vete de mi vida» era «quédate por aquí»?

—No gastes más palabras. Me cansas con tanto hablar.

Ella calla. Hará cualquier cosa que le pida. Pero él, de repente, ya no quiere nada de ella. Quizá tirársela otra vez para quitarse de una vez todo el embrujo, para verla como el mal truco de magia que es, rellena de sangre, fluidos y mierda por dentro. Ya no quiere que le ame porque tiene la extraña y lúcida conciencia de que nunca sabrá de veras si es cierto. Tendrá que tenerla al lado siempre sólo para suponerlo, para adivinarlo, para interpretarlo en todos y cada uno de los detalles de aquella mujer. No, no quiere nada de ella, se dice Epi, mientras le retira la mirada, va hacia la ventana y mira a través de las rendijas de la persiana la calle. Allí ve el coche de los *mossos*. Es un alivio: por fin todo está perdido.

Si ella ahora, a sus espaldas, echase a correr hacia la puerta, no la detendría. De hecho le gustaría tanto que desapareciera, que nunca hubiera estado allí. Que ese regalo envenenado jamás hubiera llegado hasta las puertas de su casa. Desearía que se muriera. Matarla mientras ella le mirase y le pidiera perdón porque

todo esto ha sido culpa de ella. La llave que abría el Paraíso era la misma que encerraba en prisiones, tumbas y agujeros. No había más que pensar en su padre, en el padre de Percy, en Tanveer, en él mismo. La mataría y nadie se daría cuenta. La enterraría en cualquier sitio y la vida empezaría a contar desde cero en aquel preciso momento. Las calles del barrio serían cálidas avenidas y no señuelos o emboscadas. Los amigos, los bares, los autobuses y coches brillando bajo la luz del sol. Hay tantas cosas que hacer cuando uno encuentra el camino de la libertad. Pero al girarse, Tiffany sigue allí delante. Se ha puesto de pie y espera que él diga algo.

—Pídeme que te deje marchar.

—Déjame marchar, por favor.

—Con esa voz no. Con la que ronroneabas cuando fingías al hacer el amor conmigo. Con ésa, por favor.

—Déjame marchar, por favor, Epi, no me humilles. Yo nunca he fingido...

—Pídeme que te mate.

—No...

—Mastúrbate delante de mí. De pie, ahora. Hazlo y veré qué hago contigo. Si te mato o te abro la puerta.

Tiffany observa que Epi mete la mano en el bolsillo del pantalón. Le basta con enseñar el mango de la navaja para que ella no tenga dudas de si va de veras o no.

Pep pediría refuerzos, aunque entiende por qué Rubén quiere no hacerlo. Tiempo habrá, ha parecido decirle con un gesto su compañero. No pueden tirar la puerta abajo. Es demasiada su envergadura, de doble cierre al parecer. De todos modos, la decisión ha de ser suya y no de Rubén, así como las consecuencias que se deriven de ella. Hasta ahora algo parecido a la suerte les ha echado una mano. Empezaron perdiendo el señuelo y, por una divina casualidad, lo encontraron con el gusano al final del sedal. Ahora lo tienen allí dentro. Con una chica.

Todo parece encajar en la cabeza de Pep, que ha conseguido hacerse una composición del caso. El tío aquel se había cargado al moro y la mujer algo tendrá que ver. Aunque se hace difícil saber qué demonios tendría que ver una mujer en toda aquella basura de palizas a prostitutas y violaciones. En realidad, aquello siempre era como meter la mano en el cubo de la basura. Una vez lo haces, todo —hasta lo más perfumado y hermoso— mancha y ensucia, acaba pudriéndose a la luz. Drogas, éxito, violencia, ambición, dinero. En el fondo círculos del mismo desespero del que se ahoga en el remolino.

No se oye nada dentro del piso. Durante un instante han oído a la chica decirles que se vayan, pero es obvio que lo hacía bajo amenazas. También pudiera ser que no tuviera nada que ver con el asesinato de Tanveer Hussein. Que estuvieran ante el enésimo desgraciado con afán de cruel notoriedad que se lo hace pagar a su chica. ¿Y si se tratara de un ajuste de cuentas? ¿Y si Epi está acojonado porque acaban de matar a su colega y él puede ser el siguiente, como ha indicado su hermano? Pero entonces ¿no sería

mucho mejor desaparecer? Bien, a lo mejor ha sido el terror el que lo ha metido en el fondo de ese piso.

Más policías no iban a conseguir torcer la voluntad de Epi y hacer que libere a la rehén. Pero es de cajón que si aquello acaba en drama le preguntarán por qué no avisó a la comisaría y pidió refuerzos. Han de actuar con rapidez y previendo lo peor.

—¿Tu hermano va armado?

—No, no.

—¿Lo sabes o lo supones?

—Lo sé. Es un buen chaval, muy pacífico. No sé qué es lo que ha podido pasar.

—¿A toda esta movida le llamas ser pacífico? Se ha metido en un buen lío. ¿Toma drogas? —interviene Rubén.

—No, no. Fuma. Hachís. Pero nada que le haga hacer cosas como ésas.

—Rubén, voy a llamar.

—No llames. Espera unos minutos y después, si quieres, pides ayuda, pero creo que los dos podemos.

—Dejadme volver a hablar con él —tercia Álex.

—Inténtalo, pero me parece que ya no va a escuchar a nadie.

Rubén se acerca a Pep. Un presentimiento regado con el veneno del silencio no hace más que crecer y crecer en su cabeza. Bien podría ya habérsela cargado. Suena la radio de Pep en contestación a su reciente petición de comunicarse.

—Oye, aquí tenemos un cinco siete dos. ¿Puedes enviar a alguien que me abra una puerta?

—Pep, ¿eres tú? Soy Natalia.

—Hola, Nat, ¿cómo estás?

—Supongo que mejor que vosotros. ¿Es muy urgente?

—No lo sé. Creo que sí.

—Cuando pueda te envío una patrulla y un loquero.

—Vale.

—Pep, por cierto, han detenido al tipo que mató al moro.

—¿En serio?

—Sí, va para la rueda de mañana. Un paqui con antecedentes. Un mal bicho.

Pep se gira hacia Álex. No le hace falta decir nada. Sabe perfectamente que ha oído aquella conversación. Sabe el mayor de los Dalmau que ahora a Epi no le van a endosar el asesinato de Tanveer, y si deja marchar a la chica el incidente quedará en nada. Está, eso sí, con la cabeza clavada contra la pared, los ojos cerrados, intentando sin lograrlo, dejar de sentir como el Pato Donald le pide que le vuelva a mirar, que no deje de observarle. Ha de centrarse. Ha de saber qué hacer. Elegir las palabras apropiadas, el camino más certero hacia los sentimientos de Epi.

—Epi, Epi, escúchame... Soy yo otra vez.

A todo esto, Rubén se acerca a su compañero y le dice algo al oído. Pep reconoce de inmediato que han cometido un error de novatos y Rubén sale disparado hacia abajo con el objeto de ir delante del edificio y evitar la huida de Epi. La distancia de la ventana al suelo no es lo suficientemente grande como para disuadir de un salto que le permita fugarse.

En la portería Rubén se encuentra con Allaoui, quien temía no poder acceder al interior del edificio una vez llegó a la calle y vio el coche de los *mossos* sobre la acera y unos cuantos curiosos fuera que no saben muy bien ni qué ni adónde mirar. Ambos se cruzan en la puerta.

—No se puede entrar.

—Soy vecino —miente Allaoui.

—De momento no se puede entrar.

—Pero...

Rubén le pide que no insista. Tiene demasiada prisa para ubicarse debajo de la ventana e impedir, llegado el caso, cualquier intento de fuga como para seguir discutiendo con el que él cree un vecino.

Sabe que Allaoui entrará en cuanto él eche a andar. Y así lo hace el barbero, que ha mantenido la puerta abierta con el pie durante toda aquella discusión.

Una de las dos ventanas del piso donde están Epi y Tiffany sigue con las persianas bajadas. La otra está abierta. Rubén cree que al llegar ellos ambas tenían las persianas cegadas. Tal vez ya se han marchado. Mira a ambos lados de la calle por si aún estuviera a punto de ver a alguien corriendo, cuando repara que todos sus miedos son absurdos. De acuerdo, la ventana tiene una de las persianas subidas, pero los cristales siguen cerrados y eso sólo puede hacerse desde dentro. «Acertada deducción» se anima con algo de sorna Rubén. Ahora sólo queda esperar acontecimientos. Antes le gustaba mucho más el jaleo. Desde aquel incidente en La Seu d'Urgell se ha vuelto mucho más cauto. Casi prefiere que salga por la puerta y lo detenga Pep.

—Igual sí que somos pocos —se oye decir en voz alta, como si estuviera siendo registrado por una cámara de alta definición para ser insertado en alguna serie, en alguna película de policías comprometidos con la defensa de las gentes de orden.

Epi sigue sin contestar. Pep se recrimina su torpeza. ¿Qué le está pasando? Sí, lento y torpe. Desde la central, Natalia le asegura que están haciendo todo lo posible. Al momento, le vuelve a llamar y le dice que, afortunadamente, el cerrajero de guardia está por el barrio, que en nada estará con ellos. Allaoui, silencioso, se ha puesto detrás de Álex. Éste le reconoce sin que sea necesario ni tan siquiera girarse. Ha resultado ser un buen amigo: un tipo leal.

—Epi, sé que me estás escuchando. Piensa un poco en todo esto. No tengas miedo. No os va a pasar nada. Se os protegerá. La policía está preocupada por vosotros, pero me han asegurado que no os va a pasar nada. Han detenido al asesino de Tanveer. Ya no tenéis que temer nada. La policía os protegerá.

Pep recibe la llamada de Rubén en la que le informa de que siguen dentro del piso. Que no se ve movimiento ni se oye nada. No cree que nadie vaya a escapar por la ventana, a menos que tengan ganas de romperse una pierna.

—Epi, Tiffany... Salid y ya está. No compliquéis más las cosas. Todo esto es un malentendido.

Suena la radio de Pep. Le avisan de que el cerrajero ya está abajo. El policía pide a Allaoui que baje a abrir y éste obedece. Un murmullo aparece y desaparece con la puerta que no hace sino indicar que el número de personas expectantes por lo que va a suceder en el edificio va en aumento. Un hombre pequeño, con una caja de herramientas en la mano, sube hasta el rellano y se presenta a Pep. Tras jalear la coincidencia de estar tan cerca, se pone a trabajar. Allaoui ha de retirarse y Álex ve con algo de alivio como aquel tipo resuelto y de bigote cano introduce sigilosamente pero de modo resuelto un destornillador en el ojo de Donald.

Pep comprende a medida que van siendo desenroscados los tornillos de la puerta que aquella historia tiene un pie en la gloria y otro en la chapuza. Sólo si el tipo va armado puede haber mal rollo. Se retira de la puerta y vuelve a conectar con la comisaría.

—¿Cómo tenemos el tema de los refuerzos?

—Va una patrulla. Ya ha salido. Lo que tarden en llegar.

Pep hace una señal al cerrajero para que no se dé tanta prisa, pero éste casi ha terminado su trabajo. A duras penas trata de aguantar la puerta para que no se venga sobre sus propios goznes. Álex va a intentarlo, quizá por última vez.

El silencio se rompe como un hueso. Tiffany grita pidiendo auxilio. Pep piensa en su madre, en su novio, en la cena a la que le han invitado esa misma noche. Su cabeza tiene una melodía tontorróna que pone banda sonora a un estado de excitación que responde tanto al miedo como a la necesidad de actuar. Allaoui se aparta cuando también se retira el cerrajero, ya que ese último gozne que resiste puede saltar en cualquier momento. Pep empuja a Álex contra la barandilla, desenfunda la pistola y pone todo su cuerpo en tensión. Álex se fija en la mandíbula marcada del agente, en la mirada fija en una puerta que está a punto de venirse abajo. Oye la voz de Jamelia al otro lado de la puerta, en la calle, subiendo por la escalera. Grita el nombre de su hermana.

Álex sabe que ha fracasado. Como tantas otras veces, él lo está viendo todo desde fuera. No ha conseguido sacar a su hermano del

piso. Ha ido tres pasos por detrás desde aquella madrugada en el bar de Salva. Podía haberle detenido en ese momento y no lo hizo. Podía haber sido más perspicaz y acertar con ese escondrijo. Podía haber dudado menos, durante menos tiempo. Podía haber hecho más por Epi. Haberle escuchado más que humillarle e indicarle todo aquello que hacía mal o a destiempo o, simplemente, ni llegaba a hacer. Podía haber ido tras papá cuando éste se fue. Haber estado con la vieja cuando se puso fea y sucia, cuando agonizaba.

La cabeza se le llena de imágenes. De ellos dos con su padre a cambiar cromos en el Mercat de Sant Antoni, o aquella vez en la escuela que Epi se partió la cara en su defensa y también aquella otra en que él no lo hizo y permaneció escondido en la clase, a oscuras, esperando que pasara la pelea. Recordó las promesas que había hecho a su madre con respecto a su hermano pequeño y a ésta, joven y bonita, yendo a buscarles al colegio o secándoles el pelo con una toalla rosa que olía a jabón. Aquellas películas que veían los cuatro juntos los sábados por la noche riéndose hasta morir. La del inspector mete patas y la del puma que se escapa y nadie encuentra. Cuando aprendió a ir en bicicleta y Epi y los otros niños de la calle, que en teoría estaban aguantándole el sillín, le adelantaban y le mostraban las manos en una imparable expresión de alegría. Ese mismo día, sus padres decoraban con papel pintado las paredes de casa. Largas tiras de papel por encima de la mesa del comedor, botes de cola, pinceles espesos que parecían hacer chasquidos con la lengua cada vez que se aplicaban al reverso del papel.

¿Qué hacer con todo eso?... Ahí tiene a un tipo con una pistola y dentro su hermano y Tiffany, sin saber si viva o muerta, si cualquiera de los dos está vivo o muerto. Puede intentar parar a ese policía y entrar primero él. Puede hacer eso. Al menos intentarlo. Comprueba que el cerrajero hace una inequívoca señal al policía con la cabeza, se aparta de la puerta y baja tres, cuatro escalones obligando a Allaoui a bajar un par más.

La puerta sólo necesitará un buen empujón para hacerla caer. Y en ese momento, Álex decide ser un hombre de acción y enfrentarse, tantos años después, a Helio. Y con más torpeza que acierto empuja a Pep contra la pared, impacta con la puerta, revienta el último de los goznes, precipitándolo todo, como hubiera hecho el valiente Héctor, el mejor de los hombres, según su padre, de haber estado allí en esos momentos.

Minutos antes de que Álex derribara la puerta, Epi había cruzado la estancia en dirección a Tiffany, que pensó sin convicción que Epi iba a llevarla hasta la puerta para dejarla marchar. Pero también temía que fuera hacia ella con el único objeto de acabar con todo y matarla de una vez. No llevaba Epi nada en la mano, así que si quería acabar con su vida iba a tener que estrangularla. Intentó leer algo en la cara de Epi pero fue inútil. El hombre rehuía su mirada. Era obvio que jugaba con ella. La había tenido allí de pie cumpliendo su parte del trato y ahora no daba sino a entender que no había sido suficiente, que la función había sido aburrida.

Epi estaba borracho del poder que le otorgaba creerse imprevisible y temido. No puede decirse que obedece a un plan prefigurado porque siempre ha sido torpe con todo eso. Simplemente, de repente ocurrió. Un fogonazo, la inspiración de saber qué hacer a continuación. Todo quedaba a oscuras menos algo. Una persona, un objeto, una palabra. Era como en los juegos de su ordenador. Encontrabas el objeto que te permitía abrir la puerta, ascender a un nivel superior, activar el holocausto a tu alrededor.

Unos instantes antes había comprendido cómo debía acabar aquel enorme alboroto. No podía cerrar el día más importante de su vida con unas simples disculpas.

O abriendo la puerta y dejando que Álex y todos los demás arreglaran el entuerto a su manera. No, aquello debía acabar con algo que imantara el recuerdo de aquel día para siempre, que proyectara su estampa hasta muchos, muchos años más allá. Iba a renunciar a la vida, a tener hijos, a ser feliz, a tener dinero. Y a cambio, el mundo debería echarle de menos. Después, el universo,

si quería, que volviera a empezar. Resetear piezas, acomodar el nuevo orden, pero nada sería igual a partir de ahora en la vida de la gente que le rodeaba.

Era tan extraño que semejante objeto —una cuerda de escalada casi nueva— estuviera allí, en aquella casa, que por fuerza tenía que significar algo.

Tiffany observa aterrada el ir y venir de Epi por el piso. «Éste tiene una idea en la cabeza, está claro.» Sigue sin mirarla al pasar junto a ella. Se levanta la chica para ir a esconderse en el dormitorio. Epi no se lo impide. Lo hace con la idea de que si desaparece de su inmediato campo de visión, quizá se olvide de ella. Pero apenas unos instantes después entra tras ella. Lleva aquella cuerda de escalada en las manos. Tiffany vuelve a mirarle a los ojos. Esta vez los encuentra. No son pozos negros. No dicen nada malo. Para su sorpresa, Epi le lanza un extremo de la cuerda sobre el colchón.

—Venga, ayúdame.

—¿Qué, qué vas a hacer?

—Anuda la cuerda alrededor de las patas del armario. Venga, date prisa.

Tiffany intuye que el plan de Epi es descolgarse por una de las ventanas. El alivio de saber que no iba a morir asesinada la activa. Coge el cabo de cuerda y, aunque sin demasiada habilidad, intenta ayudar. Entre los dos pasan la cuerda alrededor de las patas del armario y aprietan un triple nudo.

—¿Vamos a escapar, Epi? ¿Vamos a hacerlo?

Él no contesta. Podría hacerlo, pero aquel día, entre otras cosas, ha descubierto que los pensamientos, los deseos y también los sueños nacen muertos en cuanto forman palabras. Prefiere conservar la atención de Tiffany en todos y cada uno de sus movimientos como un bien escaso y precioso que llevarse al más allá. Sale de la habitación a cumplir con nuevas tareas. Se mueve rápido, eficaz. Su propósito es abrir la ventana, pero al ver que había un poli vigilando en la calle decide invertir el orden de las

acciones. De regreso al dormitorio, se anuda la cuerda al cuello como la primera y última corbata que se habrá puesto en la vida. Mira entonces hacia Tiffany y aunque ya no sabía qué tenía dentro para ella, supuso que debía despedirse.

—Puedes marcharte una vez yo haya saltado.

Epi, en cierta manera, espera algo de Tiffany. Unas palabras, un último regalo. Algo que llevarse consigo. Y la chica está tentada de hacerlo. Le ha sorprendido lo que le ha dicho. Su primer impulso ha sido disuadirle, pero algo la ha frenado. Enseguida le pueden más las ganas de que se mate que de solucionar todo aquello. Que salte y se rompa el cuello, buenas noticias todas ellas. El silencio de Tiffany irrita a cada segundo a Epi. Allí está, de pie en un rincón, con la cara sucia de lágrimas y sudor, de polvo y pánico, lejos, tan lejos de la pantera que paseaba su silueta elegante por las calles y los bares del barrio, del cuerpo desnudo que Epi imaginaba como una tinaja llena de aceite caliente, de perfume, de hijos futuros, placer sin fin ni hartura. Ridícula con su ropa elástica para gustar y que ahora luce arrugada y llena de manchas. Epi piensa que asustados todos nos parecemos mucho.

—Aún tienes miedo, ¿verdad?

Ella no dice nada. Hierática, se limita a seguir mirándole. Haciéndose a la idea de que está frente a un condenado a muerte. Tiffany visualiza el momento en que él salte por la ventana y la cuerda se tense, cuando quede colgado sobre el segundo piso de aquel edificio y el cuello se le quiebre como una rama podrida. También quedará empalmado. «Al menos, eso dice la leyenda urbana», piensa la chica. Todo el barrio, a modo de homenaje a la mujer por la cual mató y se mató, verá su polla enhiesta como una orgullosa bandera del desamor. La guerra habrá acabado. Él la habrá perdido y ella se nutrirá y beberá de aquel cadáver para ser más fuerte que hasta ahora.

—Si sólo hubieras sido un poquito leal.

¿No era aquello un trozo de canción, Epi?

—Tú no lo entiendes.

—Eso sí que es verdad, Tiffany. Me voy sin entender nada. Igual por eso me mato. Porque no quiero saber si me quisiste o no. Si me tuviste engañado todo el tiempo. Me voy para no saber.

Ni se da cuenta Epi de que las lágrimas empiezan a brotar, a rodar por sus mejillas. Tiffany lo mira y se contagia sin saber por qué. No es compasión. No es dolor. No es por Tanveer ni tampoco por Epi. Quizá sea por ella.

Quizá sea por nada. Llorar por llorar. Por hacer compañía. Lágrimas como goterones de pintura. Lágrimas de dibujos animados. Epi las interpreta como de amor. Y por ello si la chica se lo pide, no saltará. Ya ha demostrado que era un hombre: que podía hacer cualquier cosa. Pero ella sigue sin decir nada.

—Mío será tu último pensamiento antes de irte hoy a dormir... ¿Te acuerdas cuando me lo decías?

—Sí.

—Supongo que habrá otros tíos después de mí...

—No, no...

—Sí, sí, no mientas ahora... Ya da igual, pero cuando estés con ellos pregúntales qué serían capaces de hacer por ti... ¿Cuánto se ha de querer para hacer esto?... Matar por ti, matarse por ti. ¿Quién te va a querer más que yo?

—Nadie, nadie... yo...

—Tú... ¿qué?

Es cierto. Nadie la querrá nunca tanto. Esa certeza hizo que, de pronto, supiese que volvía a ser la cruel reina de los naipes, que de repente ha recuperado el poder, que es ella quien decide.

—Epi, no lo vas a hacer y tú lo sabes.

Él reconoce el cambio. Las palabras le han vuelto a debilitar: debería haber callado. No haber querido arrancar a la chica una última caricia o certeza. Tiffany ya no parece asustada. Vuelve a coger la correa y a restregarle el hocico por su mierda. Es idiota: la ha dejado volver a hacerlo.

—No lo harás porque no quieres hacerlo. Porque nunca has pensado en matarte. Sólo querías asustarme, ¿verdad?... A una

mujer y a un crío. Menuda hazaña. Bien, ya está. De puta madre. Ya eres todo un hombre, Epi, ya puedes volverte a casita.

Las palabras, el arrojito de las palabras de Tiffany, sorprenden a ambos. Epi supo que debía recuperar lo antes posible la iniciativa, robar, si aún estaba a tiempo, el poder de las manos de la mujer. Qué daría por conservar la bolsa de deporte. Por introducir la mano en ella y distinguir el mango de madera. Sacarlo de la bolsa y exhibirlo ante los ojos de aquella hija de perra, volver a convertirla en una niña asustada.

Cierra el puño como si agarrara el martillo. Simula notar su peso y consistencia. Va hacia la chica con el rostro descompuesto, el brazo alzado, la violencia en todos y cada uno de sus gestos y sonidos. Tiffany grita. Lo hace con todas sus fuerzas al tiempo que se agacha, cubriéndose la cabeza con las manos. Una de las puertas del armario se abre y Epi se ve reflejado en el espejo interior de la puerta. Otra vez un espejo antes de asesinar a alguien. Su imagen es nítida: él no ha de morir aún. Haga lo que haga no morirá. Cerrará los ojos y rebanará la cabeza a Medusa. Volverá a meter a Pandora en su maldita caja. Arrancará el corazón a Tiffany y se lo comerá.

Con furia, asesta un golpe a la puerta del armario que bate y le golpea en la espalda. Se siente ridículo. ¿Cómo lo hizo esta mañana? Rápido. El brazo tensado sólo tenía que arremeter con fuerza contra aquella cabeza y el mal ya no dolería. Se habría acabado el dolor, la herida dejaría de sangrar. Pero quizá la evidencia de que no sería así, de que los fantasmas se empecinan más en estar por aquí que los propios vivos. Que los padres desaparecidos, los cuentos de Apolo y Eurídice, Daniel y los leones, la cueva de los leprosos en la que estaba sentado Job, son muchos más reales que una madre siempre enferma que un día murió, los amigos que crecen, se casan y se marchan, los hermanos a los que nunca encuentras un momento para decirles por qué les quieres o les detestas. Tal vez sólo fue que el odio se sustentaba en la esperanza de una vida mejor, mientras que ahora el golpe mortal le

llevará a otro sitio más triste. Ya no hay suficiente fe en todo este enorme planeta que pueda llenarle las tripas, el pecho, la cabeza y convencerle de seguir. Epi baja el brazo, abre la mano y el martillo imaginario que tiene en la mano, al abrir ésta, desaparece como en un macabro juego de magia.

No esperará más. Sale del dormitorio. Abre la ventana. Retrocede dos pasos para tomar impulso. Aprieta el lazo alrededor de su cuello y, tras subirse al marco, salta. A su espalda, un gran estruendo le hace confundir el ruido del armario que se ha venido abajo con el de la puerta del piso, que ha sido abatida por Álex.

En el vacío no hay nubes y apenas aire que respirar. Un instante antes Epi quería morir y ahora quiere caer de pie, hacerse el menos daño posible. Un instante dura una eternidad pero, incomprensiblemente, y al mismo tiempo, una eternidad no dura apenas nada. Ya no vivirá. No verá nada más. No sabrá nada más de nada ni de nadie. Y su cabeza, aterrada por el dolor del impacto que está a punto de llegar, no recuerda nada suyo. También eso es mentira. Ningún recuerdo de niño ni especialmente emocional. No la imagen de Tiffany cuando le amaba, si alguna vez lo hizo. Nada de eso. A la mente le llega un recuerdo absurdo. Algo que su memoria ha conservado íntegro y en buen estado, hasta el menor detalle. Mientras cae, Epi recuerda a una niña a la que, por accidente, se le clavó un bolígrafo en el paladar. Tuvieron que llamar a una ambulancia y se la llevaron al dispensario, donde le pusieron tres puntos de sutura. El niño que había provocado el accidente al empujarla se llamaba Roger. La niña, Genoveva. En la clase decían que se gustaban. Roger lo desmentía. Genoveva callaba. Qué absurdo, ése era su último pensamiento antes de morir.

Álex entra en la habitación y cae de bruces sobre la puerta. Desde el suelo puede ver a su hermano saltar por la ventana. Intenta enderezarse e ir hacia él, pero el *mosso* se apoya sobre su hombro y le pasa por encima. Pep ha leído mejor el escenario y va hacia el extremo de la cuerda, en la otra habitación. El mayor de los Dalmau intenta levantarse y lo consigue. Piensa una tontería tras

otra a toda velocidad. Si coge la cuerda sólo conseguirá quemarse las manos, o ayudar a ahorcarse a su hermano. ¿Y si prueba a saltar también él y cogerlo en brazos en el aire y amortiguar el golpe con su cuerpo? ¿Y si...?

Llega a la ventana y ve como abajo el segundo *mosso* va hacia el cuerpo de su hermano que, colgado de la cuerda de escalada, está a punto de impactar contra el muro del edificio. Se le ha caído al policía la gorra de plato y marcha por en medio de la acera con los brazos tendidos como si alguien le hubiese tirado un paquete de ropa. Álex comprende que se harán daño los dos, su hermano y el policía, mucho daño, y en el pensamiento está implícita la sensación de que su hermano saldrá de ésta. Seguro.

Pep entra en la habitación y distingue a la chica en un rincón. Buena noticia: está viva. El armario se ha desplomado sobre el colchón como un gigante torpe de láminas de madera descuajaringadas. La cuerda sólo se sujeta en una de las patas. Pep se tira sobre el armario y mientras con su cuerpo hunde la parte posterior del mueble, consigue liberar la pata del lazo en el preciso momento en que Epi espera el golpe contra el hormigón o el estirón mortal que le romperá el cuello. Uno u otro.

La cuerda liberada corre como una exhalación por entre las piernas de Álex. Marcha por la ventana detrás del mismo destino que el de su dueño. El fardo de ropa cae torpe. Los brazos de Rubén y las piernas de Epi se quiebran casi al unísono en un dolor sordo. Epi y Rubén quedan sobre el suelo, inertes, doloridos y quejosos. La gente se acerca a auxiliarles. Álex lo mira todo desde lejos. Como siempre.

La noche pareció reventar en los oídos de Tanveer y Epi. El estruendo de aquel galope por las calles empinadas, sabedores ambos de que el refugio estaba abajo, abajo, algo más abajo, en el barrio cerca de un mar que se presentía, se olía o se suponía, pero que nunca se dejaba ver. Algún perro ladraba, pero enseguida se perdía el sonido a lo lejos. Eran dos máquinas perfectas. Todo funcionaba: brazos, piernas, cabeza, tal y como se le pedía. «Tan poca gente en estas casas enormes», pensó Tanveer Hussein la última noche antes de su muerte al internarse en un barrio rico de su ciudad. Pasado un buen rato, él miró hacia atrás. No les seguía nadie. Esta vez se habían librado por poco. Deberían ir y poner una denuncia en la comisaría más próxima para que constara que les habían robado la furgoneta. Si no había mucho movimiento, en unos días se dejarían caer por donde la puta y la untarían con algo de pasta para que se mantuviera calladita.

—Para, para, para...

Ya le parecía de locos ir a esa velocidad. También le daba la risa ver a Epi corriendo como un descosido, con los pelos como si le hubieran dado una descarga de amperios y esa pinta desaliñada, agarrándose a esa bolsa de deporte que iba de aquí para allá, fuera de control.

—¡Para, cabrón, que me meo!

Epi se detuvo unas zancadas más allá y regresó sobre sus pasos. El corazón se le salía por la boca, casi no podía hablar, pero aun así se sentía en buena forma. Mucho más que el moro. Le va a poder. Va a poder con él. Seguro.

—Tío, te miraba correr y me meaba. ¿Qué coño llevas ahí?

—¿Aquí? —dijo, mostrando la bolsa—. Los papeles de la furgo y herramientas del Quimet.

—Vámonos a mear.

Se acercaron a una de las paredes de aquellas mansiones que una vez fueron casas de verano y que se habían reconvertido en clínicas para viejos con hijos ricos. Sin decir nada, se bajaron las cremalleras y empezaron a mear. El líquido amarillento crujía sobre la pared. Epi, de reojo y como tantas otras veces, se la miró a Tanveer y pensó que eso se lo metía a Tiffany en la boca o entre las piernas. Le dio asco, rabia y una tristeza absoluta que siempre le cubría como si alguien hubiera dejado caer una manta desde las estrellas.

—Joder con la zorra esa, ¿eh?

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

—Que te pasas.

—¿Por qué me paso, *pringao*, por qué? —le decía Tanveer mientras con una de sus manos, que aún olía a orina, le cogía la cara hasta que los labios se le quedaban en forma de beso—. ¿Tú te crees que no les gusta?

—¡Déjame, tío!

Epi se deshizo de él lo mejor que pudo. Tanveer ya estaba por otra cosa. Buscó un paquete de cigarrillos y se puso a fumar, sentado en el bordillo de la acera, no muy lejos de donde habían meado. Epi estaba de pie en medio de la acera. La coca le impedía estarse quieto.

—Deberíamos irnos de aquí. Si la patrulla nos ve de solanas, nos va a parar.

—¿Qué pasa? ¿Que en tu puto país no existe la libertad de fumar tranquilamente en la calle o qué?

—También es tu país, Tanveer.

—¿Cualo país, loco? Si ni vosotros sabéis cómo se llama esto. *Sóc català. Visca el Barça*. De puta madre. Yo soy del País de Alá y os vamos a dar por saco a todos vosotros.

—Si nos detienen, yo llevo aquí todos los papeles de la furgo. Deberíamos ir a poner la denuncia.

—Deberías. Yo no he estado aquí. Además, yo a una comisaría ni me acerco. Ve tú. Nos vemos mañana.

—Vamos juntos. Quédate cerca y después miramos donde Carlos a ver si está abierto.

Tanveer sonrió, pero no dijo nada. Cuando acabó el cigarro, se levantó de un salto, fue hacia Epi y pasándole la mano por el hombro empezaron a caminar en dirección sur, hacia el barrio.

—Si no te quisiera el Tanveer tanto te iban a dar por culo de buena manera.

Atravesaron dos gloriets sin hablar. Epi recordaba que había una comisaría cerca de un hospital, y el hospital parecía ser ése al que se acercaban. A Tanveer le entró una de aquellos ataques de sueño que nadie parecía creerse del todo. Con toda la mierda que se había metido hoy y aún podía echar una cabezadita. Se quedó dentro de un cajero con un sintecho al que conocía de no sabe qué ni cuándo. El mendigo le abrió la puerta y le saludó.

Epi rellenó el formulario en comisaría. Indicó que se la habían robado por la tarde, casi doce horas antes. El policía no le preguntó qué había hecho desde entonces para presentarse a esas horas a hacer la denuncia.

Al salir, Epi tenía sus dudas sobre si iba a encontrar a Tanveer Hussein en el cajero. Pero allí estaba, y despierto.

—No esperaba que estuvieras.

—No he podido dormir *ná*. Cómo ronca el cabrón este. Anda, aparta.

—¿Dónde vamos?

—Donde Carlos, ¿no?

Carlos había arreglado una vieja cafetería de dos pisos y la había reconvertido en un antro de música brasileña, sin horario aparte de una persiana abierta, medio o tres cuartos cerrada. Los jueves salsa, los martes, daikiri gratis y tráfico de estupefacientes a

todas horas en el piso de arriba. Al llegar fueron recibidos con abrazos y dos copas que nadie supo de dónde habían salido.

—¿Qué mierda es esto? —preguntó Tanveer a Epi.

—Parece un cubata.

—¿Desde cuándo me ponen cubatas a mí?

—Nos han confundido con otros.

—No digas tonterías.

—Era broma.

—Ya lo sé.

—Los tendrían ya hechos.

El negro La La cantaba a pelo boleros desgarrados, pero no conocía a Bambino ni a los Chichos. El Maestro Malick engatusaba a una joven pareja de sudacas y la chilena Clara andaba bebida y loca, buscando hostias que nadie le daba. Su ex marido era policía y eso siempre intimidaba a la hora de soltarse un tanto. Unas pijas cincuentonas con implantes recién estrenados entraron con un viejo de coleta y aspecto de haber llegado tarde a todos sitios los últimos veinte años.

—Este bar es de locos. No sé qué hacemos aquí.

Epi no contestó. Tenía entre las piernas la bolsa de deporte con un martillo y contaba los minutos como lo que eran, una cuenta atrás. Se bebió en cuatro tragos el cubata y pidió un gin tonic de Tanqueray. Bueno, dos. Conocía a Tanveer y era de los que siempre pide lo que el otro ha pedido.

—Gracias, loco.

Estaban los dos sentados en los sillines, lejos de la barra, mirando la fauna de aquel bar, como si ellos no fueran parte de todo aquello.

—Bueno, ¿y tú qué? —le preguntó Tanveer.

—¿Qué de qué?

—No sé... ¿tienes novia o eres maricón? Nunca se te ve con nadie.

—Paso de las tías.

—O las tías pasan de ti.

Luego siguió el silencio. Pasó Carlos, que explicó algo sobre una bronca con alguien que, al parecer, debían conocer.

—Yo sé qué pasa.

—¿Qué me pasa?

—Que aún te gusta la Tiffany.

—No es verdad.

—Sí que lo es.

—No, aquello pasó y ya está.

—No me jodas, Satanás. Las cosas nunca pasan.

Epi se subió el vaso a los labios y dio un largo sorbo a su combinado. Si aquello era Tanqueray, él era el Papa. Su madre un día vio al anterior Papa en Roma. Tenía pruebas. Había una foto colgada en casa. Aunque a primera vista parecía que hubiera sido el Papa quien hubiera ido al Vaticano a visitar a la señora Dalmau. Qué curiosa era la vida. Allí estaban los dos como viejos amigos hablando de antiguas novias. Como en aquellos juegos de ordenador donde si desnudas a todos los personajes verás que nadie es quien dice ser. Mira la gente del bar. Mírate tú mismo. Con un martillo de casi medio kilo de peso metido en una bolsa de deporte invitando a ginebra a tu víctima.

—¿Por qué te gusta ir de putas?

—¡Qué dices, mamón! A mí no me gusta ir de putas. Es a ellas a quienes les gusta que yo vaya de putas. En el País de Alá no hay putas. Aquí lo son todas.

—¿Tiffany lo sabe?

—¿Tú estás tonto o qué? Pero a ellas les gusta que un hombre entre en otros coños. Créeme. —Siguió otro silencio. La La entonaba *La vida loca*—. Esta canción me gusta. ¿Te gustaría volver a follar con Tiffany? A ella sí.

—¿Qué dices?

—¿Te gustaría o no? Ella me lo ha dicho.

—Paso de ti.

—Pero tendrá que ser un trío. Yo por detrás, ella comiéndotela y todo eso.

En ese momento, Carlos se subió encima de la barra y rogó a la concurrencia que se fueran marchando. Una hermana suya venía mañana de Brasil y tenía que estar en el aeropuerto a las siete y media. Apenas tenía tiempo de recoger y cambiarse de ropa para llegar a tiempo. Luego, le rogó a La La que cantara la canción de despedida de la noche. Una de Rubén Blades de la que nadie, ni siquiera La La, conocía a ciencia cierta el título. Epi propuso ir al bar de Salva. Quedaba poco para que abriera. Afuera la noche era de los que duermen, de los niños y de los inocentes.



CARLOS ZANÓN (Barcelona, 1966) es poeta, novelista, guionista, articulista y crítico literario.

Publicó sus primeros poemas a principios de los ochenta y ha editado hasta la fecha cinco volúmenes elogiados por la crítica especializada: *El sabor de tu boca borracha* (1989), *Ilusiones y sueños de 10.000 maletas* (1996), *En el parque de los osos* (2001), *Algunas maneras de olvidar a Gengis Khan* (Premio Valencia de Poesía 2004) y *Tictac tictac* (2010), además de haber aparecido en varias antologías.

Como novelista, debutó en 2008 con la obra *Nadie ama un hombre bueno*, a la que siguió un año después *Tarde, mal y nunca* (Premio Brigada 21 a la Mejor Primera Novela Negra 2010). Es también colaborador habitual en varios medios de comunicación y letrista, destacando sus temas para «Alicia Golpea», grupo del cual fue integrante durante la primera mitad de los noventa.